Pierre André Taguieff

Conspiracionismo

Alianza editorial

Pierre André Taguieff

Conspiracionismo

Traducción de Lucía Alba Martínez

Alianza editorial

Índice

Introducción
1. El contexto mundial: ansiedad social y cultura de la sospecha
2. Éxito y usos de una expresión: «teoría de la conspiración»
3. Explicaciones alternativas o creencias paranoicas
4. Conspiracionistas y anticonspiracionistas: distinciones básicas
5. Relatos conspiracionistas de referencia: un breve repaso histórico
6. Las fuentes del imaginario conspiracionista de la Modernidad
7. Desmitificar para remitificar: la paradoja política moderna
8. Describir y explicar el conspiracionismo
9. Las cinco reglas del pensamiento conspiracionista
10. Conglobación y «milhojas argumentativo»
11. Funciones psicosociales de las narrativas conspiracionistas
12. Frente a los «farmacómanos»
Conclusión
Bibliografía
Créditos

Introducción

Es un hecho que las «teorías de la conspiración» *(conspiracy theories, Verschwörungstheorien)* tienen mala reputación. Son, por lo general, juzgadas como irracionales por los filósofos, los historiadores y los especialistas en ciencias sociales, que, hasta los años noventa, no las han analizado más que ocasionalmente. Se las relega al reino de lo falso y lo delirante, y, a este título, han sido durante mucho tiempo consideradas indignas de constituir un objeto de análisis en profundidad. También se las denuncia como peligrosas debido a sus presuntos efectos en el ámbito político: se las acusa de alimentar la desconfianza hacia las instituciones y los cargos electos, así como hacia la información científica y médica, y de obstaculizar así, por ejemplo, las necesarias campañas de vacunación. Algunos observadores ven en ellas, especialmente en el uso que les ha dado el presidente Trump, un desafío a la democracia liberal[1]. Pero todos los dirigentes de los regímenes autoritarios antiliberales recurren a ellas, desde Vladimir Putin y Viktor Orbán hasta Recep Tayyip Erdoğan[2]. También se acusa a las «teorías de la conspiración» de haber propiciado los atentados terroristas al haberles señalado a los extremistas objetivos demonizados: se ha podido establecer que han desempeñado un papel en las motivaciones de los yihadistas y supremacistas blancos que han pasado a la acción. En términos más generales, se ha denunciado a menudo que son el nuevo «opio del pueblo». Desde la década de 2010, son numerosos los analistas que afirman que hemos entrado en la «era de las teorías de la conspiración», lo cual no resulta nada tranquilizador. En cualquier caso, el conspiracionismo está a la orden del día.

La temática conspiracionista resulta atractiva: vende. Las «teorías de la conspiración» tienen sus emprendedores ideológicos, sus propagadores y sus consumidores. Los encontramos tanto en el discurso político como en el ámbito cultural. Su presencia masiva en las redes sociales demuestra que responden a una demanda social que traspasa las fronteras nacionales. Los relatos conspiracionistas son maniqueos: describen una lucha entre el Bien y el Mal, un gran enfrentamiento entre fuerzas luminosas y fuerzas tenebrosas, lo que los acerca a los textos ocultistas[3]. Designan a personas o grupos como enemigos, tratados como chivos expiatorios. Ahora bien, resulta que

estas características de las narrativas conspiracionistas, lejos de generar rechazo, como cabría imaginar, no son ajenas al éxito que cosechan. Les corresponde a los investigadores, en particular a los sociólogos, politólogos y psicólogos sociales, formular hipótesis explicativas sobre las razones de esta fiebre internacional que se viene observando desde los años noventa.

Los trabajos pioneros sobre las creencias conspiracionistas se situaban principalmente en el campo de la historia de las ideas y las abordaron como componentes de relatos míticos instrumentalizados políticamente[4]. De este modo, se asumió que no eran más que ideas muertas o sombrías, pertenecientes a un pasado desfasado. Se estudiaban como curiosidades o vestigios de una mentalidad prelógica. En este sentido, las cosas no han cambiado demasiado. La mayor parte de los intelectuales, periodistas y actores políticos las consideran hoy tan preocupantes como peligrosas, lo cual es razonable. Pero, en la medida en que las perciben como «simplistas» o «absurdas», las encuentran fácilmente refutables, hasta el punto de que no se toman la molestia de refutarlas. Por lo general, se conforman con denunciarlas y condenarlas. Es pertinente preguntarse por la eficacia de esta forma polémica de «responder» a los relatos conspiracionistas[5]. Para rebatirlos, hay que empezar por identificar los sesgos afectivos y cognitivos que ponen en juego, para después confrontarlos con los hechos que pretenden explicar.

Algunos especialistas en la materia siguen abordando la mentalidad conspiracionista desde una perspectiva psicopatológica, reduciéndola a una forma de paranoia o esquizotipia[6], obviando así los factores contextuales y, sobre todo, el hecho de que el conspiracionismo se inscribe en el pensamiento social ordinario. En este sentido, el problema metodológico que se plantea es el mismo que el que suscita el racismo, oscilando entre el simple pensamiento basado en estereotipos (que cae dentro del etnocentrismo banal) y la huida hacia delirios paranoicos con componente apocalíptico. Desde principios del siglo XXI, sin embargo, la situación parece estar empezando a cambiar: las «teorías de la conspiración», como antes los rumores[7], se han convertido en objetos de pleno derecho del trabajo científico y la reflexión filosófica[8].

Desde la década de los 2000, un número creciente de expertos e investigadores, principalmente anglosajones, se han aproximado a las «teorías de la conspiración» utilizando diversos enfoques procedentes de sus respectivas disciplinas científicas: la antropología, la sociología, la psicología social y cognitiva, la ciencia política, la lingüística y la teoría de la argumentación (o retórica). Sumándose a los trabajos

pioneros de filósofos (como Karl Popper), psicólogos sociales (como Serge Moscovici) e historiadores (como Norman Cohn, Léon Poliakov, Richard Hofstadter o Raoul Girardet), estas investigaciones recientes han contribuido enormemente al avance de los conocimientos sobre este tema, hasta ahora mal definido y poco estudiado[9]. Pero el gran público, que actualmente tiene acceso a Internet, se alimenta de creencias e historias conspirativas y de saberes alternativos dudosos sobre la cuestión, y no dispone de las herramientas intelectuales necesarias para sacar partido de los trabajos científicos disponibles sobre la cuestión.

Es conveniente reconocer el hiato existente entre la cultura popular globalizada, fuertemente imbuida de la fantasía conspirativa, y la investigación académica y multidisciplinar sobre el fenómeno conspiracionista. La cuestión es, por tanto, cómo tender puentes entre estos dos universos, que tienden respectivamente a cerrarse sobre sí mismos. ¿Es posible el debate entre los que creen y los que dudan y buscan? ¿Entre los que se adhieren a una visión del mundo y los que intentan analizarla y explicarla? ¿Entre los ciudadanos de a pie y los miembros de la comunidad académica? La apuesta de este libro es imaginar el posible diálogo entre todos los ciudadanos, a través de distintas formas de mediación. Esto equivale a confiar en el libre debate en el espacio público como condición para el ejercicio de la democracia.

---

[1] Merlan, 2019; Muirhead & Rosenblum, 2020; Uscinski, 2020.

[2] Yablokov, 2015; Borenstein, 2019; Haquet, 2018; Mabovitz, 2015.

[3] Cubbit, 1989, p. 13.

[4] Popper, 1945; Sperber, 1957; Hofstadter, 1965; Cohn, 1967; Bieberstein, 1976; Poliakov, 1980.

[5] Taguieff, 2016, pp. 143-160; Cassam, 2019, pp. 92-125; van Prooijen, 2019; COMPACT, 2020, pp. 11-16.

[6] Darwin, Neave & Holmes, 2011; Barron, Morgan *et alii,* 2014; van der Tempel & Alcock, 2015. Sobre estos trastornos de la cognición social derivados de la esquizotipia, véase Del Goleto & Kostova, 2016.

[7] Fine & Turner, 2001; Fine, Campion-Vincent & Heath, 2009.

[8] Goertzel, 1994; Taguieff, 2005; Coady, 2006; Wagner-Egger & Bangerter, 2007; Bratich, 2008; Danblon & Nicolas, 2010; Byford, 2011; Douglas & Sutton, 2011; Uscinski & Parent, 2014; Bilewicz, Cichocka & Soral, 2015; Brotherton, 2015; Prooijen, 2017 y 2018; Cassam, 2019; Uscinski, 2019; Butter & Knight, 2020.

[9] Taguieff, 2013, pp. 73-86; Butter & Knight, 2019.

1. El contexto mundial: ansiedad social y cultura de la sospecha

Antes de proceder a cualquier análisis, es importante caracterizar el contexto en el que las «teorías de la conspiración» circulan actualmente a gran velocidad y llegan a públicos extremadamente diversos. Este contexto es el de una globalización que, percibida como incontrolable y cargada de amenazas, es fuente de ansiedad[10]. La desconfianza y la sospecha hacia las autoridades tradicionales y las «verdades oficiales» se expresan masivamente en las redes sociales. A la incertidumbre se suman el desconcierto y el miedo, particularmente en tiempos de epidemias, que reactivan el imaginario del enemigo invisible, encarnado tanto por el virus como por las fuerzas ocultas acusadas de haberlo creado y propagado, y a las que metaforiza («el virus judío»). A raíz de esto algunos analistas han concluido que hemos entrado en la «era de la ansiedad». De ahí la fuerte demanda de explicaciones tranquilizadoras, cuyo efecto es una ampliación del campo de la credulidad[11]. Prueba de ello es la difusión en Internet de información falsa, engañosa o tendenciosa, conocida como *fake news* (o «bulos», en castellano), lo que sugiere que las sociedades contemporáneas han entrado en la era de la «posverdad»[12], que puede describirse como el reino del hiperrelativismo cognitivo, bajo el cual las apelaciones a la emoción y la expresión de creencias personales –por fantasiosas que sean– ejercen una mayor influencia que la referencia a los hechos objetivos.

Es en el espacio urbano, tal y como lo imaginó Baudelaire a mediados del siglo XIX, donde surge la pareja formada por el conspirador y el detective entregado a desenmascararlo. En 1938, Walter Benjamin, hablando del tipo literario del *flâneur* en el poeta, ve asomar en este la figura del conspirador y la del detective[13], cuyo «olfato criminológico» se despierta y afina en la gran ciudad: «En estos tiempos de terror, en los que todo el mundo tiene algo de conspirador, cualquiera puede de la misma manera verse conducido a jugar a ser detective». En el siglo XXI, habitando la comunidad virtual sin fronteras, el tipo híbrido del conspirador-detective está en su elemento.

«La verdad está en otra parte», «nos ocultan la verdad», «nos mienten»: estas fórmulas fijas se han convertido en los lugares

comunes del discurso conspiracionista contemporáneo y expresan un sentimiento complotista difuso que se ha instalado entre la opinión pública y no cesa de propagarse. ¿Hemos acaso entrado en la edad de oro de las «teorías de la conspiración»[14]? Las creencias y los relatos conspirativos proliferan en la cultura popular globalizada que se constituye en Internet desde los años noventa[15]. No se trata aquí de un hecho anecdótico, reducible por ejemplo a una moda cultural pasajera, ilustrada por el éxito mundial de la serie de televisión *The X-Files (Expediente X),* estrenada en 1993[16], o el de la novela de Dan Brown, *El código Da Vinci,* publicada en 2003[17], precedida por *Ángeles y demonios* (2000), del mismo autor (numerosos elementos, entre ellos la referencia a un imaginario «priorato de Sión», fueron tomados prestados por Dan Brown del superventas de 1982 *The Holy Blood and the Holy Grail,* traducido al español en 1983 bajo el título *El enigma sagrado*[18]). El terreno había sido preparado desde hacía tiempo por la serie de televisión *Los invasores,* estrenada en 1967, y la película *Los tres días del cóndor* (1975), seguidas por otras numerosas películas con tema conspirativo como *Todos los hombres del presidente* (1976), *De presidio a primera página* (1977), *JFK* (1992), *El Informe Pelícano* (1994), *Conspiración* (1997), *Lara Croft: Tomb Rider* (2001), etc. En cuanto a la película documental de Dylan Avery, *Loose Change,* cuya primera versión fue lanzada en abril de 2005 (seguida por otras tres hasta 2009), y presumiblemente «la película más vista de la historia de Internet»[19], contribuyó considerablemente a difundir las explicaciones conspiracionistas de los atentados del 11 de septiembre, atribuidos a una conspiración interna del gobierno estadounidense.

Hay que remontarse al conocido como caso Roswell (Nuevo México), que se inicia como un rumor el 8 de julio de 1947, cuando fue publicado el (dudoso) anuncio del hallazgo de los restos de un «platillo volante», a partir del cual se desarrollará una proliferante literatura ufológica de corte conspiracionista recogida por la extrema derecha a lo largo de los años setenta y ochenta. Esta literatura, antes de politizarse, se inscribía en el gusto por lo maravilloso, lo fantástico o la ciencia-ficción. Reactualizaba la vieja doctrina teosófica de los invasores extraterrestres[20], poniendo en tela de juicio al gobierno federal estadounidense (total o parcialmente), al ejército, ciertos círculos del FBI o la CIA (total o parcialmente). Esta base es sobre la que se elabora la tesis de la conspiración del «gobierno secreto» estadounidense (incluyendo a la CIA y a una parte del ejército), conspiración cuyo objetivo sería disimular presuntos acuerdos secretos realizados en el pasado con extraterrestres depredadores, pero más «avanzados» que los humanos en materia tecnológica, lo que

explicaría los éxitos de los Estados Unidos en el ámbito tecnocientífico[21].

La difusión de los temas relacionados con la ufología conspiracionista en la cultura popular globalizada de los años noventa y dos mil se produce principalmente de la mano de la serie de televisión *Expediente X,* que combina el complot extraterrestre y el «complot gubernamental» a la estadounidense. El lema «la verdad está ahí afuera» se añade al tópico «aquello que nos ocultan», heredado de la vieja retórica conspiracionista. Los aficionados entusiastas de «la cara oculta de…» (este u otro acontecimiento a la vez relevante e inquietante) se han multiplicado. Y la oferta ha seguido a la demanda, sobre todo en Internet, donde las redes sociales hacen circular rumores conspirativos sobre cualquier evento perturbador, cuya interpretación es objeto de controversias.

El protagonista de la película basada en la serie *Expediente X,* el agente Fox Mulder, define perfectamente la visión conspiracionista que inspira la ficción en la cual actúa:

> Soy el personaje clave de una maquinación gubernamental, un complot destinado a esconder la verdad en lo que respecta a la existencia de los extraterrestres. Una conspiración mundial, cuyos actores se encuentran en los más altos niveles de poder, y que tiene consecuencias en la vida de cada hombre, mujer y niño de este planeta.

Un examen de las encuestas realizadas en Estados Unidos durante la década de 1995 a 2005 muestra que entre el 50 % y el 80 % de los estadounidenses entrevistados creían que el gobierno federal había contactado con extraterrestres y que ocultaba a la ciudadanía la verdad sobre estos contactos.

Si el fenómeno conspiracionista puede observarse en la esfera cultural, incluso en la esfera intelectual académica, en particular en el ámbito de las ciencias sociales[22], resulta estar igual de presente en la esfera política, donde el recurso a las creencias conspiracionistas juega a menudo el papel de un indicador de extremismo[23]. Algunos especialistas sostienen la tesis de que las «teorías de la conspiración» son «fundamentalmente una forma de propaganda política[24]» y que son intrínsecamente «nocivas»[25]. De ello deducen que se les debe dar respuesta en el registro de la argumentación política[26].

El sociólogo Raymond Boudon, crítico riguroso de lo que denominó «sociologismo», fue uno de los primeros académicos en comprender y analizar la dependencia de las ciencias sociales de modelos conspiracionistas. La visión en la que se apoya el sociologismo es la siguiente: «Puesto que el individuo es el juguete de las estructuras y las instituciones, la única pregunta interesante y pertinente es *a quién*

benefician esas estructuras e instituciones»[27]. Algunos responden: la clase dominante (la burguesía, los capitalistas), o «las grandes finanzas», la «casta», el «sistema». Otros contestan: los representantes del sexo dominante (los machos humanos, o «solamente» los hombres heterosexuales) que se benefician del «sistema patriarcal». Otros tantos responden: los miembros de la raza dominante (los blancos), beneficiarios del «racismo sistémico». Con el sociologismo, no solamente «las respuestas siempre se conocen de antemano», sino que nos vemos llevados a utilizar el «esquema explicativo familiar al que Popper llama la "teoría de la conspiración"» *(ibid.)* El postulado «sociologista», que funda la «sociología crítica», y más generalmente las ciencias sociales que se inspiran en el marxismo, es que los dominantes conspiran contra los dominados –de forma activa o de forma pasiva–, a no ser que tomen claramente partido por estos últimos. Con el sociologismo, la función crítica prevalece sobre la función cognitiva[28], y empuja a remplazar la explicación de los fenómenos sociales enigmáticos por una crítica social con finalidad política (cuyo objetivo sería contribuir a «emancipar» a los «dominados», que deriva con frecuencia en pseudo-explicaciones conspiracionistas).

En términos generales, desde el momento en que hay poder, se observan conspiraciones reales y relatos conspiracionistas relativos a conspiraciones ficticias. A veces, en efecto, los gobernantes organizan conspiraciones y acusan a sus adversarios de fomentar conspiraciones. De forma más sofisticada, los gobernantes conspiran a menudo para hacernos creer en conspiraciones inexistentes con el fin de justificar sus fracasos o su impotencia, así como la eliminación de sus oponentes, tratados como chivos expiatorios. Nada ilustra mejor estas prácticas que los juicios de Moscú (1936-1938), en los que prevalecieron las acusaciones de conspiración contra Stalin y la Unión Soviética, de espionaje y traición, y que se saldaron con ejecuciones y deportaciones masivas[29].

Todo acontecimiento no previsto, que provoque estupor, indignación, angustia o terror, es susceptible de ser interpretado como el producto de una conspiración organizada por este o aquel servicio secreto: la muerte por sobredosis o suicidio de Marlyn Monroe (descubierta el 5 de agosto de 1962[30]), las pandemias (desde el sida a la Covid-19), la muerte accidental de la princesa Diana la noche del 30 al 31 de agosto de 1997, los atentados anti-estadounidenses del 11 de septiembre de 2001, el tsunami del 26 de diciembre del 2004 en el océano Índico, las «revueltas urbanas» en Francia entre el 27 de octubre hasta mediados de noviembre de 2005 o el atentado del 7 de

enero de 2015 contra *Charlie hebdo*.

Los discursos gubernamentales o mayoritarios, al igual que los discursos opositores o minoritarios, basan gran parte de sus temas y argumentos en las creencias conspiracionistas. Hoy tanto como ayer, desde luego. Pero la entrada en la era de Internet ha debilitado considerablemente la capacidad de distinguir lo verdadero de lo falso, y por ende ha facilitado la propagación de «bulos» y *fake news*. En un contexto marcado por la banalización de la retórica de la desconfianza y la sospecha, en Europa tanto como en las dos Américas, todas las formas contemporáneas de demagogia se alimentan ya de «teorías de la conspiración» más o menos creíbles. Conviene por tanto someterlas a un análisis crítico y trazar su genealogía, sin dejar de tener en cuenta sus efectos proteicos en la vida social y política.

---

[10] West & Sanders, 2003.

[11] Bronner, 2013.

[12] Keyes, 2004; Uscinski, 2020, pp. 35-41.

[13] Walter Benjamin, *Charles Baudelaire. Un poète lyrique à l'apogée du capitalisme,* trad. J. Lacoste, Paris, Payot, «Petite Bibliothèque», 2002, p. 65.

[14] Harambam, 2020.

[15] Barkun, 2003; Aistrope, 2020.

[16] Knight, 2000, pp. 27-28, 48-54, 216-223; Kellner, 2002.

[17] Taguieff, 2005, pp. 48-60, y 2006, pp. 83-94.

[18] Johnson, 2005.

[19] Cazeaux, 2014, p. 182, nota 4.

[20] Stoczkowski, 1999.

[21] Lagrange, 1996; Rothstein, 1997; Dean, 1998; Goldberg, 2001, pp. 189-231; Barkun, 2003, pp. 79-157; Zeller, 2014.

[22] Parish & Parker, 2001.

[23] Davis, 1971; Billig, 1978 y 1989; Hofstadter 1996; Pipes, 1997; Robins & Post, 1997; Goldberg, 2001; Bale, 2007; Bratich, 2008; Crichlow, Korasick & Sherman, 2008; Bartlett & Miller, 2010; Taïeb, 2010 y 2015; Taguieff, 2005 y 2013; Butter, 2013; van Prooijen, Krouwel *et alii,* 2015.

[24] Cassam, 2019, p. VII

[25] *Ibid.,* p. 125

[26] *Ibid.,* pp. 92-125.

[27] Boudon, 1983, p. 11.

[28] Boudon, 2002.

[29] Werth, 2006.

[30] Wolfe, 1998, p. 15-128, 503-516; Girard, 2003; Vankin & Whalen, 2007, pp. 25-36.

2. Éxito y usos de una expresión: «teoría de la conspiración»

Desde mediados de los años 2000, el término *théorie du complot* (teoría de la conspiración en castellano) ha pasado a formar parte del francés corriente, pero no por ello deja de ser criticable, sobre todo en la medida en que parece otorgar a meros rumores, hipótesis fantasiosas o construcciones dudosas el rigor o la seriedad que se espera de una «teoría». La expresión *conspiracy theory of society,* introducida en 1945 por Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos,* no constituía una «teoría» en el sentido estricto de la palabra, sino una forma de creencia u opinión que el filósofo consideraba una pseudoexplicación de los fenómenos sociales, basada en la primacía de las intenciones e intereses de determinadas categorías de actores: «Según la teoría de la conspiración, todo lo que sucede ha sido querido por quienes se benefician de ello»[31]. La palabra «teoría» significa aquí «explicación», o más exactamente, una forma de explicar los acontecimientos.

Cabe señalar, no obstante, que mucho antes de la conceptualización popperiana, la noción de «teoría de la conspiración» *(conspiracy theory)* se había venido utilizando en algunos textos académicos en lengua inglesa desde, al menos, 1870[32]. Los autores anglosajones también hablaban de *plot theories,* utilizando la palabra *plot* para referirse a complots, intrigas y proyectos que presuponen reuniones más o menos discretas y acuerdos más o menos secretos[33]. Empleado para designar la creencia en una conspiración cuya existencia se considera dudosa, incluso quimérica, la expresión *théorie du complot,* en francés, apareció a principios del siglo XX bajo diversas formas[34], en referencia a conspiraciones particulares: «la teoría del complot policial» (1905), «la teoría del complot judeo-masónico» (1912), «la teoría del complot judío» (1924), la «teoría del complot masónico» (1926). Unos años más tarde, la expresión aparece sin atributo: «la teoría del complot» (1932). Pero es sobre todo a partir de los años 80 cuando se empieza a hablar de «la teoría del complot» o de «teorías del complot».

Cuando los acontecimientos son considerados asombrosos o terroríficos, gracias a la pregunta mágica: «¿A quién beneficia el crimen?», se integran en un orden mundial que no contradice este axioma. *Is fecit cui prodest* («Aquel a quien aprovecha el crimen es

quien lo ha cometido»). En *La causalidad diabólica,* Leon Poliakov[35] vio en este viejo dicho jurídico un resumen perfecto de la «concepción policial de la historia»[36]. La pregunta heurística se convierte en: «¿Quién está detrás de...?» o «¿Qué se esconde tras las apariencias?». Pues las supuestas intenciones de los conspiradores son necesariamente secretas[37]. Por consiguiente, hay que reconstruirlas a partir de sus verdaderos intereses, que están ocultos y, por lo tanto, deben ser revelados. Partiendo del hecho de que los judíos debían su emancipación a la Revolución Francesa, y por tanto se habían beneficiado del acontecimiento revolucionario, los antisemitas, a finales del siglo XIX, llegaron a la conclusión de que los judíos habían querido y preparado –e incluso dirigido secretamente– la Revolución. Este es el razonamiento conspiracionista elemental, en el que se puede reconocer fácilmente un sofisma. Lo encontramos principalmente en el ámbito político[38].

Creer en una conspiración juzgada como amenazante es al mismo tiempo querer desmantelarla y creer que está justificada la creación de una contra-conspiración. Así, Adolf Hitler, que creía en la existencia de un gran complot organizado por los «Sabios de Sion» para dominar el mundo y esclavizar al resto de pueblos –empezando por los «arios»–, puso en práctica un programa de eliminación de los judíos de Europa, elaborado en el máximo secreto, que constituía un contra-complot criminal[39]. En cuanto al quimérico «complot de los médicos», la última de las grandes conspiraciones inventadas y denunciadas por Stalin, sirvió de justificación para la organización de una conspiración del Estado contra los judíos soviéticos. Esta supuesta conspiración contra la Unión Soviética ponía en escena a médicos judíos acusados de asesinatos o proyectos criminales, reactivando así un conjunto de estereotipos: los del judío cruel, homicida y envenenador. En realidad, el «expediente de los médicos» denunciado por el gobierno soviético era el producto de un verdadero y «gigantesco complot fomentado por el Estado, al servicio de las ambiciones políticas de Stalin[40]». A través de esta caza de brujas dirigida contra los judíos soviéticos, estigmatizados en tanto que «sionistas» y «cosmopolitas apátridas» y denunciados como traidores y asesinos, se reinventaba el tipo del «criminal nato» sobre bases étnicas, como si, debido a sus orígenes y a sus connivencias, los Judíos estuvieran abocados a traicionar, conspirar y cometer asesinatos.

Por lo tanto, es preciso distinguir el conspiracionismo instrumental de los estrategas cínicos o «maquiavélicos» del conspiracionismo de los creyentes ordinarios. La diferencia entre «hacer-creer» y «creer» es aquí fundamental.

Actualmente es habitual hablar de la adhesión a una determinada «teoría de la conspiración», que es, por tanto, objeto de una creencia. Analizar las «teorías de la conspiración» o las creencias conspiracionistas *(conspiracy beliefs)* significa analizar creencias o conjuntos de creencias que, expresadas en proposiciones, forman una narrativa que ofrece una explicación de acontecimientos ansiógenos. Se trata de creencias colectivas consideradas falsas, dudosas, inverosímiles o delirantes por quienes las analizan desde una perspectiva científica. Como nos recuerda Raymond Boudon[41], «creer en una proposición o en un conjunto de proposiciones es tener por verdadera dicha proposición o dicho conjunto de proposiciones». Los que creen en una «teoría de la conspiración» la consideran verdadera y de ella deducen ciertas consecuencias, que pueden ser prácticas.

Como observaron los primeros analistas de las narrativas conspiracionistas, la hipertrofia de la intención es uno de los principales rasgos que comparten las diversas «teorías de la conspiración». Los conspiracionistas se identifican por el hecho de que parecen incapaces de distinguir las causas naturales (o accidentales) de las intencionales: cuando se enfrentan a sucesos ambiguos, tienden a atribuirlos a intenciones[42]. El sesgo de agencia o intencionalidad consiste en relacionar los acontecimientos con causas intencionales antes que con causas no intencionales[43]. Hay que señalar, sin embargo, que este sesgo cognitivo, central en las creencias conspiracionistas, también se encuentra en el pensamiento social ordinario[44]. La visión intencionalista de los acontecimientos resulta tranquilizadora: el mal está en todas partes, pero todo está bajo control[45]. La paradoja del efecto «preocupante-tranquilizador» constituye el núcleo del fenómeno conspiracionista.

Lo que se conoce como el «Estado profundo» *(Deep State),* pero también como la «alta administración», la «casta» o la «oligarquía», expresa en primer lugar una realidad psicosocial puesta de relieve por numerosos sondeos de opinión en las democracias occidentales: la desconfianza hacia el poder político. Pero la noción también se refiere al hecho de que, en las democracias, el poder político encuentra trabas u obstáculos de diversa índole. No hay nada conspiracionista en esta constatación. Si bien la expresión «Estado profundo» ha sido recientemente capturada por los círculos conspiracionistas, estos últimos no pueden detentar el monopolio de sus usos. El sociólogo Gérald Bronner plantea así el problema:

> El Estado profundo designa un poder institucional que sobrevive a las alternancias políticas y que, presumiblemente, se mantiene de forma coherente. La evidencia histórica demuestra que ciertos grupos de poder se mantienen al

margen de los momentos electorales: este es el enfoque realista del Estado profundo. Está claro que en democracia hay otras fuentes de poder además de los individuos elegidos legalmente: existen los lobbies, el poder académico, el poder mediático, distintas formas de poder que no están sujetas al ritmo de la democracia[46].

Quienes están embargados por la sospecha están dispuestos a creer en la existencia de un poder real oculto tras el poder aparente, que se revela impotente. De ahí que la retórica populista se haya apoderado de la expresión. Los populistas contestatarios aspiran a la transparencia en las relaciones sociales y se indignan por su ausencia, acusando a diversas categorías de responsables, todos ellos pertenecientes al mundo de las élites[47]. Pero todo gobernante que se enfrenta a dificultades siente la tentación de denunciar a las fuerzas oscuras que supuestamente le impiden gobernar bien con el fin de eludir responsabilidades y sustraerse a las críticas. «Es culpa del Estado profundo»: desde 2015, en las estrategias de externalización de las causas de los fracasos utilizadas por los gobiernos en su discurso, esta fórmula (bajo diversas variantes) ha empezado a circular, empleada, en diferentes sentidos, tanto por Donald Trump como por Emmanuel Macron. Pero fue sobre todo el presidente Trump quien la terminó de impulsar en el primer año de su mandato, desde una perspectiva conspiracionista[48]. Hay que subrayar, sin embargo, que la noción de Estado profundo puede ser abordada, definida y utilizada independientemente de cualquier interpretación conspiracionista para categorizar todas las formas de contrapoder a las que se enfrentan los gobernantes en democracia, empezando por la administración superior, los lobbies o los medios de comunicación. Las interpretaciones ingenuas o demagógicas del Estado profundo consisten en postular, combinando una lectura monocausal con una visión basada en la causalidad diabólica, que «estos contrapoderes van todos en la misma dirección, que están confabulados»[49]. En esta interpretación conspiracionista nos encontramos con el sesgo de intencionalidad, que consiste en este caso en atribuir un proyecto común a grupos que se suponen secretamente vinculados sobre la base de intereses compartidos o complementarios.

No somos dueños del vocabulario, pero podemos formular algunas propuestas reformistas en esta materia. Aunque ha pasado a formar parte del vocabulario general, el término *conspiracy theory* sigue siendo fuente de malentendidos y no ha dejado de suscitar debates entre los especialistas[50]. En vez de hablar de «la teoría de la conspiración», cuyo singular implica su unicidad y unidad, sería preferible hablar de visión o mentalidad conspiracionista o

complotista[51], o de pensamiento conspiracionista o ideación complotista, postulando la existencia de un sistema monológico de creencias[52]. Y en lugar de «teorías de la conspiración» (en plural), convendría hablar de creencias o narrativas conspiracionistas o complotistas. Estas creencias y narrativas conspiracionistas se encuentran en el mundo moderno desde la Revolución Francesa, tanto en la derecha como en la izquierda, entre conservadores y reaccionarios lo mismo que entre liberales, socialistas y anarquistas, sin olvidar a nacionalistas y fascistas. Sin embargo, en la medida en que la expresión «teoría de la conspiración» ha pasado a ser de uso común, con sus connotaciones peyorativas[53], resulta difícil evitarla, al menos en algunos casos, y siempre rigurosamente entrecomillada. No se trata, por supuesto, de una «teoría» elaborada según el modelo de las teorías científicas, sino de creencias y razonamientos que se enmarcan en una forma de pensar o una mentalidad que presenta ciertos rasgos de paranoia. Quienes critican o denuncian una «teoría de la conspiración» la atribuyen a un sujeto (individual o colectivo) al que quieren, de esta forma, descalificar. Lo que se percibe como una narrativa conspiracionista se presenta como una interpretación dudosa, falsa o engañosa de un acontecimiento traumático, inaceptable o que es fuente de ansiedad. Es el caso de las revoluciones, las catástrofes y las pandemias.

La identificación del virus del sida (VIH) en 1983-1984 generó un gran temor a escala mundial que alimentó muchas narrativas conspiracionistas, que postulaban que el VIH se había creado deliberadamente para lograr determinados objetivos[54]. Desde el comienzo de la epidemia del sida se formó un relato acusatorio estándar que ha seguido circulando globalmente. Se trata de una forma de «explicación» de los orígenes de la epidemia claramente basada en la «causalidad diabólica»: para muchos abanderados del conspiracionismo, todo se explicaría por una conspiración estadounidense cuyos iniciadores, inevitablemente vinculados a la CIA, habrían organizado la fabricación del virus del sida en un laboratorio, mediante manipulación genética, con el fin de diezmar a los países pobres y dar así una respuesta eficaz al preocupante asunto de la superpoblación en el mundo. Otros autores conspiracionistas denuncian el SIDA como un «arma genética o étnica», diseñada para matar selectivamente y en masa a determinadas categorías de seres humanos. Hay, pues, una versión «gay» y «antihomófoba» del complot del sida: el virus diabólico habría sido fabricado para eliminar a los homosexuales. También existe una versión «antirracista»: el líder del movimiento islamista afroamericano *The Nation of Islam,* Louis

Farrakhan, un demagogo racista (antiblanco), antisemita y conspiracionista[55], retoma a su manera la acusación de manipulación, denunciando un complot de la América blanca contra los Negros, o incluso la puesta en marcha de un programa criminal con el objetivo de llevar a cabo un «holocausto negro». En todas estas narrativas acusatorias, es a Estados Unidos a quien se criminaliza de diversas maneras.

La gran novedad, desde hace ya más de dos décadas, es la difusión a gran velocidad de los relatos «alternativos» y conspiracionistas gracias a Internet, que los ha vuelto más visibles y más fácilmente accesibles. Cabe plantear la hipótesis de que esta circulación por Internet ha provocado un aumento global de la adhesión a las creencias conspiracionistas. En Twitter, que limita el número de caracteres de un mensaje, las narrativas conspiracionistas se han reducido y simplificado, dejando paso a los rumores de conspiración. Estos rumores engañosos que expresan y despiertan grandes temores, especialmente en torno a las pandemias –desde la gripe A (H1N1) y el virus Zika hasta la Covid-19–, se propagan mucho más rápidamente por todo el mundo que las correcciones fácticas que intentan descalificarlos[56]. Los rumores conspiracionistas más extendidos son todos variaciones sobre el mismo tema: las responsables de la pandemia serían las grandes empresas farmacéuticas deseosas de liquidar sus existencias o de satisfacer la demanda mundial urgente de vacunas que ellas mismas habrían provocado para su propio beneficio, con o sin la complicidad de algunos Estados. ¿Estamos asistiendo a la aparición de creencias conspiracionistas sin teorización, a una proliferación de complots imaginarios desprovistos de explicaciones o justificaciones elaboradas? ¿Se reducirán las nuevas «teorías de la conspiración» a meras acusaciones criminalizadoras que ni siquiera se preocupan por aportar pruebas (dudosas) ni razonamientos (falaces)?

Sin embargo, las sofisticadas interpretaciones o explicaciones conspiracionistas de la Revolución Francesa o la Revolución de Octubre, del asesinato del Presidente Kennedy, del origen del SIDA, del 11-S o de la pandemia de la Covid-19, entre otras muchas surgidas en torno a acontecimientos destacados, no han desaparecido: han pasado a formar parte del acervo de «teorías de la conspiración» disponibles en la cultura popular globalizada. En paralelo, se observa otro fenómeno que viene a complicar el panorama: al mismo tiempo que el conspiracionismo se extiende y responde a una demanda social, también lo hace un discurso anticonspiracionista simplista que, a su vez, y debido a su carácter militante, sus análisis sumarios y su tono polémico, suscita reacciones anticonspiracionistas en los estudios

académicos, que a veces parecen salir al rescate de ciertas «teorías» conspiracionistas.

---

[31] Popper, 1966, t. II, p. 96.

[32] Reichstadt, 2019, p. 30.

[33] Poliakov, 1980, p. 9.

[34] Reichstadt, 2019, pp. 29-30.

[35] Poliakov, 1980, p. 27.

[36] Sperber, 1957.

[37] Mandik, 2007.

[38] Taguieff, 2005; Pelkmans & Machold, 2011; Taïeb, 2015.

[39] Popper, 1985, p. 188; Cohn, 1967, pp. 192-213; Brayard, 2012, pp. 365-421; Taguieff, 2020b.

[40] Brent & Naumov, 2006, p. 15.

[41] Boudon, 2007, p. 11.

[42] Brotherton & French, 2015.

[43] Heider & Simmel, 1944; McClure, Hilton & Sutton, 2007; Taguieff, 2013, p. 17.

[44] Rosset, 2008; Bègue *et alii,* 2010.

[45] Brotherton, 2015, p. 69-73.

[46] Bronner, 2020b.

[47] West & Sanders, 2003.

[48] Merlan, 2019, pp. 219-239.

[49] Bronner, 2020b.

[50] Knight, 2000, pp. 1-22; Bratich, 2008, pp. 1-6; Byford, 2011, pp. 20-37; deHaven-Smith, 2013, pp. 26-52; Brotherton, 2015, pp. 61-98; Uscinski, 2020, pp. 21-46.

[51] Moscovici, 1987.

[52] Goertzel, 1994.

[53] Uscinski & Parent, 2014, p. 31.

[54] Cantwell, 1993; Pipes, 1997, pp. 3-6; Knight, 2000, pp. 193-203; Fine & Turner, 2001, pp. 157-166; Taguieff, 2006, pp. 21-30; Bratich, 2008, pp.

97-121, 172-173.

[55] Gardell, 1996; Singh, 1997; Knight, 2000, p. 162-165.

[56] Wood, 2018.

3. Explicaciones alternativas o creencias paranoicas

El término «teoría de la conspiración» comenzó su recorrido público en Estados Unidos en los años sesenta –marcado por el ensayo del historiador Richard Hofstadter sobre el «estilo paranoico en la política estadounidense» (1964)– antes de importarse tardíamente a Francia, en su sentido peyorativo. Desde entonces, funciona ordinariamente como etiqueta descalificadora aplicada a creencias percibidas no solo como «ingenuas», sino también como patológicas[57]. Hasta los años noventa, la mayoría de los enfoques contemporáneos sobre la adhesión a las «teorías de la conspiración» se basaban en el modelo interpretativo esbozado por Hofstadter; desde entonces, este modelo se ha debatido y replanteado en profundidad[58]. Bajo esta perspectiva, se considera que las creencias conspiracionistas se basan en prejuicios o sesgos cognitivos y derivan de una «epistemología enferma»[59] inherente a todo extremismo político[60].

No obstante, es posible ir más allá y reducir estas supuestas «teorías» a rumores que circulan ampliamente por Internet, pero cuyo grado de incoherencia desalienta cualquier crítica: «El hombre nunca ha pisado la Luna», «Al Qaeda no tiene nada que ver con el 11-S», «Existe una conspiración sionista mundial», «El virus del sida fue creado por laboratorios y probado en la población africana antes de extenderse por el mundo para exterminar a las minorías», «La princesa Diana sigue viva en alguna parte» (rumor que contradice aquel según el cual fue asesinada por los servicios especiales británicos), «La Tierra no es redonda, es plana», «Existe una gran conspiración de reptilianos extraterrestres con forma humana (Jesús, Hitler, Obama, Merkel, etc.) para sembrar el desorden entre los seres humanos», «La masacre de Sandy Hook (14 de diciembre de 2012) fue un montaje en el que participaron actores que interpretaron el papel de padres desconsolados», «El atentado contra Charlie Hebdo (7 de enero de 2015) fue una operación de falsa bandera», «Los grupos terroristas yihadistas como Al Qaeda o Daesh están en realidad manipulados por los servicios secretos occidentales», «El cambio climático, cuyos únicos responsables [...] son los capitalistas, es su arma definitiva para eliminar a la parte más pobre de la humanidad, que se ha vuelto inútil en la era de los robots y la automatización generalizada» (declaración de los sociólogos comunistas Monique Pinçon-Charlot y Michel

Pinçon, 27 de diciembre de 2019), «El Ministerio de Sanidad y los laboratorios farmacéuticos están confabulados para ocultar al gran público la realidad sobre la nocividad de las vacunas». Tales rumores conspiracionistas se inscriben en el registro del *bullshit*[61] –es decir, del arte de «decir gilipolleces»– en la era de la «posverdad»[62]. Estas conspiraciones quiméricas, construidas a partir de algunos modelos[63], no dejan de multiplicarse. El estatus epistemológico de las «teorías de la conspiración» no puede someterse a un debate científico: cuando no se reducen a simples mentiras, delirios paranoicos o calumnias, surgen de un programa de investigación «degenerado»[64], en el sentido de que no pueden refutarse ni confirmarse. Por tanto, pueden considerarse pseudoteorías.

No es de extrañar que entre quienes suscriben estas «teorías de la conspiración» se encuentren numerosos individuos de escasa inteligencia, cuando no, según Reichstadt, un buen número de imbéciles[65]. Pero si bien todos son crédulos, no todos son estúpidos. Basta con dar un paso más en el reduccionismo para presumir que todo conspiracionista padece trastornos mentales, siendo además percibido como un extremista en potencia, abocado a la «radicalización». Y hay que admitir que algunos conspiracionistas encajan en esa caracterización. Las creencias conspiracionistas aparecen de esta manera como interpretaciones paranoicas de todo lo que ocurre en el mundo, interpretaciones que adoptan una forma narrativa, transmitidas como leyendas o rumores, y a las que se atribuye un valor explicativo. La postura de la sospecha, cuando se convierte en hábito, engendra algo así como una «paranoia convertida en rutina»[66]. Pero debemos cuidarnos de tomar la sugerente analogía de la «paranoia» como una conceptualización satisfactoria.

Este enfoque patologizante, muy extendido en la literatura anticonspiracionista, olvida tomar seriamente en consideración el hecho de que las narrativas conspiracionistas responden ante todo a la necesidad individual y colectiva de comprender acontecimientos desconcertantes y escapar así a la incertidumbre[67]. Pueden definirse de forma no polémica, respetando el principio de caridad –que incita a suponer que la estupidez del interlocutor y la irracionalidad de sus opiniones son menos probables que su inteligencia y la racionalidad de sus afirmaciones[68]– como «alegaciones no verificadas de complot» sobre hechos que se consideran a la vez sorprendentes e importantes[69]. En este sentido, obedecen a la regla de formación de las narraciones o historias contadas, a saber, «una dialéctica entre lo que esperamos y lo que realmente ocurre», como señala Jerome Bruner:

> Para que haya una historia, debe producirse un acontecimiento imprevisto. De lo contrario, no hay «historia». La historia es extremadamente sensible a todo lo que contradice nuestro sentido de lo «normal». Por tanto, más que resolver problemas, los detecta. [...] Las historias destinadas a advertir son más frecuentes que las destinadas a instruir[70].

Por tanto, no se puede dar por sentado que todos los que creen en conspiraciones son extremistas con trastornos mentales, aquejados en particular de paranoia. Aunque no es posible definir algo así como una «personalidad conspiracionista», sí es posible identificar rasgos de personalidad que son estadísticamente más pronunciados en los individuos que creen en «teorías de la conspiración» que en los que se muestran escépticos al respecto. Es el caso de la falta de confianza en las élites dirigentes y las instituciones políticas[71]. Esta desconfianza puede extenderse a toda la sociedad, percibida como peligrosa y hostil[72], y combinarse con un sentimiento de marginación e impotencia, pero también con una autoestima excesiva[73], ya que estas tendencias narcisistas expresan la necesidad de sentirse único[74].

Se trata, pues, de combinar un enfoque crítico de las tesis conspiracionista, preocupado por distinguir lo verdadero de lo falso, y un estudio antropológico axiológicamente neutro de las creencias conspiracionista, según el modelo de una antropología de las creencias religiosas, los mitos o las leyendas, con el objetivo de identificar las distintas funciones de estas creencias o sistemas de creencias. Si las «teorías de la conspiración» pueden atribuirse a una «mentalidad cuasi religiosa»[75], entonces entrarían en el ámbito de la investigación multidisciplinar sobre las creencias religiosas y pararreligiosas.

La debilidad del enfoque patologizador constituye uno de los principales argumentos empleados por los académicos anticonspiracionistas, cuyo número ha ido en aumento desde mediados de los noventa[76]. Algunos de ellos despachan el problema de la falsedad de las teorías conspiracionistas poniendo al mismo nivel los relatos conspiracionista y los estudios críticos que los toman como objeto (tratados como contrarrelatos que serían a su vez de corte conspiracionista). Este enfoque relativista, inspirado por el pensamiento posmoderno, equivale a legitimar ciertas teorías conspiracionistas. Por este motivo, la crítica del conspiracionismo debe desmarcarse claramente de la vulgata anticonspiracionista, de este «anticonspiracionismo mágico»[77] actualmente de moda y por lo tanto reducible, a los ojos de los anti-anticonspiracionistas, a un elemento de la ideología dominante, lo que basta para descalificar cualquier forma de anticonspiracionismo. El mismo problema se ha planteado con el antirracismo, el antifascismo y el antipopulismo, a

los que se acusa de entregarse a encantamientos ineficaces y demonizaciones contraproducentes.

En sus usos polémicos o crítico-desmitificadores, dominantes incluso en los enfoques académicos, el término «teorías de la conspiración» se refiere a conjuntos de representaciones y creencias organizadas en narrativas, asumidas como explicaciones falsas o incluso delirantes de sucesos o series de sucesos que se perciben como asombrosos, inquietantes o aterradores, y que se atribuyen a conspiradores que actúan en secreto en beneficio propio y contra el bien común[78]. Descritas de la forma más neutral posible como hechos psicosociales, estas explicaciones se caracterizan simplemente por ser contrarias a las ideas preconcebidas y por tener mala reputación. Por esta razón, entre sus partidarios son escasos aquellos los que se declaran seguidores de una determinada «teoría de la conspiración», término de por sí estigmatizante y deslegitimador[79]. Hoy ocurre lo mismo con el conspiracionismo que con el racismo desde 1945 y el negacionismo desde finales de los años ochenta. Nadie se llama a sí mismo «racista», «negacionista» o «conspiranoico». Solo se puede ser tachado por los demás de «racista», «negacionista» o «conspiranoico».

Estas explicaciones, llamadas «conspiracionistas» o «complotistas» por aquellos que las critican o condenan, implican a la vez una crítica de las explicaciones recibidas u «oficiales» que se rechazan en tanto que falsas o engañosas, un acervo de indicios a los que se les otorga valor de prueba, y unos razonamientos destinados a convencer al auditorio de la veracidad de las explicaciones dadas. Estas últimas, presentadas por sus propagadores como «alternativas» en las redes sociales, son generalmente consideradas como marginales, desviadas o delirantes, y como tales, estigmatizadas o condenadas por la mayor parte de los intelectuales, periodistas profesionales y responsables políticos. Más concretamente, si las explicaciones conspiracionistas constituyen una forma de «conocimiento estigmatizado»[80], es porque se las considera falsas, engañosas, irracionales y tóxicas, como de hecho son en su mayoría. Sin embargo, muchas de ellas son populares, incluso muy populares[81], como las relativas al asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy el 22 de noviembre de 1963 en Dallas o a los atentados del 11 de septiembre; explicaciones que, a veces, además, son defendidas mediante argumentos muy sofisticados y, por tanto, intimidantes. Esto es lo que justifica que sean objeto de trabajos académicos, que se han multiplicado durante las dos últimas décadas. Sin embargo, estos trabajos raramente problematizan el desfase entre el objeto (el fenómeno llamado «conspiracionista») y la relación con el objeto (las connotaciones negativas de la expresión «teoría de la

conspiración», que orientan los estudios académicos). La etiqueta negativa de la expresión, vinculada a sus usos políticos, debería tenerse en cuenta en los análisis especializados, que se verían así empujados a dar ellos mismos una definición no peyorativa de las «teorías de la conspiración»[82], antes de someter su exactitud o pertinencia a un examen crítico.

El ejemplo del asesinato del presidente Kennedy es un caso de manual a este respecto: este asesinato puede haber sido el resultado de una conspiración real, siendo al mismo tiempo objeto de explicaciones conspiracionistas que son en sí mismas más o menos verosímiles, y que van desde la hipótesis discutible a las interpretaciones delirantes. Lo mismo puede decirse del asesinato del reverendo Martin Luther King el 4 de abril de 1968 en Memphis. Hay que señalar, por tanto, el caso de complots plausibles o verosímiles pero que no han sido probados ni dilucidados, como la sospechosa muerte de Atila en el año 453. La frontera entre las explicaciones racionales y las lecturas fabuladoras de un mismo hecho enigmático es a veces muy difícil de trazar.

Entre los argumentos falaces esgrimidos por quienes arremeten contra los críticos de la teoría de la conspiración, el más habitual es que estos niegan la realidad de las conspiraciones. Ahora bien, tomar como objeto de estudio el imaginario del complot o las conspiraciones imaginarias y someterlas a un análisis crítico no implica en modo alguno negar la existencia de conspiraciones, en particular de conspiraciones criminales, cuya realidad histórica está bien establecida por la labor historiográfica. La historia ofrece numerosos ejemplos de conspiraciones reales –también llamadas «conjuras», «conjuraciones», «maquinaciones»[83] o incluso «cábalas»– que han triunfado o fracasado. Recordemos algunas de las más famosas, cuya existencia ningún anti-conspiracionista se atrevería a negar la: el asesinato de Filipo II de Macedonia (336 a.C.), la conjuración de Catilina (63 a.C.), el asesinato de César por Bruto y sus cómplices (15 de marzo del 44 a.C.), el de Calígula (24 de enero del 41), la detención y masacre de los templarios (octubre de 1307), el asesinato de Étienne Marcel (31 de julio de 1358), la conspiración de los Pazzi contra los Médicis (abril de 1478), la conjura de Amboise (marzo de 1560), la conspiración fallida de María Estuardo contra Isabel I (1587), el asesinato de Enrique III (2 de agosto de 1589), la conspiración de la pólvora contra Jacobo I Estuardo (octubre-noviembre de 1605), el asesinato de Enrique IV (14 de mayo de 1610), la conspiración de Cinq-Mars contra Richelieu (1642), la conspiración de los Iguales (1796), los complots contra Napoleón, el

asesinato de Abraham Lincoln (14 de abril de 1865), el atentado de Sarajevo (28 de junio de 1914), el asesinato de Rasputín (16/30 de diciembre de 1916), el asesinato de Walther Rathenau por la organización Cónsul (24 de junio de 1922), la conspiración de la Cagoule (1936-1937), el asesinato de León Trotski (21 de agosto de 1940), el complot del 20 de julio de 1944 contra Hitler, el complot de Stalin contra los judíos soviéticos, revertido como «complot de los médicos» (1952-1953), el atentado de Petit-Clamart contra el General de Gaulle (22 de agosto de 1962), el asesinato del Presidente Mohamed Anwar al Sadat (6 de octubre de 1981), el asesinato del Primer Ministro libanés Rafiq Hariri (14 de febrero de 2005).

Pensar de forma conspiracionista, en el sentido estricto del término, no es creer que las conspiraciones existan, ya que nunca han dejado de existir[84], sino privilegiar sistemáticamente la hipótesis de la conspiración, hasta el punto de ver conspiraciones por todas partes y creer que explican todo o casi todo en el funcionamiento del mundo, siendo las conspiraciones denunciadas en su mayor parte imaginarias (pues ocurre que incluso los conspiracionistas denuncian conspiraciones reales, no sin explicarlas de forma más o menos delirante). Esto es lo que el propio Hofstadter señaló en 1964, teniendo en mente la forma más mítica y dogmática del pensamiento conspiracionista: «El rasgo distintivo del estilo paranoico no es que sus representantes vean conspiraciones o complots aquí y allá en el curso de la historia, sino que a sus ojos una “vasta” y “gigantesca” conspiración constituye *la fuerza motriz* de los acontecimientos históricos». Desde esta perspectiva, «la historia *es* una conspiración, urdida por fuerzas demoníacas dotadas de un poder casi trascendente»[85]. Pero esta tesis de la realidad y unicidad de la gran conspiración transhistórica dista mucho de ser compartida por todos los adeptos de las visiones conspiracionistas.

El pensamiento conspiracionista consiste ante todo en atribuir intenciones conscientes, intereses reales y estrategias secretas a los sujetos que supuestamente conspiran, con el fin de explicar ciertos acontecimientos inquietantes, que bien pueden ser totalmente inventados, al igual que los sujetos colectivos acusados de conspirar (por ejemplo, los «Illuminati», quimera donde las haya). Pensar los acontecimientos históricos perturbadores bajo el esquema de la conspiración es concebirlos como realizaciones observables de intenciones conscientes o de proyectos elaborados, pero ocultos. Como señaló Popper, el pensamiento conspiracionista se basa en la falsa creencia según la cual «todo acontecimiento malo debe atribuirse a la voluntad maligna de un poder maléfico»[86]. La lógica del razonamiento

conspiracionista incluye el sesgo de la proporción[87], que lleva al sujeto a creer que unas consecuencias «grandes» y terribles (una crisis económica mundial, una pandemia, una decadencia, imaginada como el fin de una era o el fin de una civilización) solo pueden ser provocadas por causas «grandes» y terribles (el Judío, el Capital, el Diablo). Así, la muerte de la princesa Diana en 1997 a consecuencia de un accidente de coche se explicó mediante una conspiración criminal con objetivos políticos[88]. Pero este sesgo no permite especificar la «ideación conspiracionista», ya que se encuentra tanto entre los seguidores de las «teorías de la conspiración» como entre los escépticos[89].

Los productores, propagadores y consumidores de narrativas conspiracionistas se caracterizan por ciertos rasgos: la pasión por el desvelamiento (de secretos, maquinaciones o conspiraciones)[90], el gusto por las revelaciones, el placer por difundir informaciones que expresan una forma de transgresión o marcan distancia con el discurso político o cultural «normal», que suponen mentiroso, la pasión por la postura disidente o hipercrítica en nombre de un saber alternativo («los expertos oficiales mienten»), la pasión por la denuncia de los poderes ocultos (conspiradores por definición), la pasión o el hábito de la acusación indignada y la condena moral de los dominantes (supuestamente conspiradores). Su postura común es la del disidente, el insumiso, el rebelde, que se atreve a arrojar luz sobre el lado oculto de los acontecimientos perturbadores, ya sean reales o quiméricos, lo que no implica que todos los rebeldes sean conspiranoicos. Pretenden ser transgresores o, por utilizar el término de moda, «disruptivos». Esta es la fuente de su poder de seducción.

En este sentido, a nivel cognitivo, los autores y promotores de conspiraciones, al cuestionar a los expertos oficiales, desempeñan el papel de expertos alternativos o anti-expertos, lo que les hace existir en la Web y, de paso, alimenta su narcisismo o vanidad. Se presentan como espíritus críticos inconformistas y buscadores de la verdad, o incluso mensajeros de «la verdad», frente a una masa de «borregos» alimentados con mentiras (las «verdades oficiales») y, por tanto, manipulados[91]. Así pueden convertirse, para su público cautivo, en héroes y profetas. También se distinguen por su pasión por la acusación, la denuncia y la condena moral de sus oponentes, a los que reducen a cómplices de los grupos supuestamente conspiradores, lo que les permite asumir el papel de jueces y justicieros en el ejercicio de su deber cívico. Se arrogan así un estatus moral cercano al de los «alertadores».

Cuando ellos mismos son denunciados como impostores, los

conspiracionistas profesionales se presentan como mártires de la libertad de expresión, como Dieudonné o Alain Soral. Hay que señalar, no obstante, que no son sus creencias conspiracionistas las que son objeto de sanción, sino sus declaraciones antisemitas o racistas y, más generalmente, sus llamamientos al odio o a la violencia. Lo que puede considerarse tóxico o peligroso en las producciones conspiracionistas no son tanto las historias contadas, que son del orden de las narraciones fantásticas o esotéricas, como los discursos que se asocian o se entretejen con ellas, marcados por el extremismo, ya sea de extrema derecha, de extrema izquierda o islamista, todos los cuales señalan chivos expiatorios y llaman al odio, o incluso a la acción más o menos violenta contra los mismos.

---

[57] Robbins & Post, 1997; Pipes, 1997.

[58] Fenster, 1999, pp. 10-21; Bratich, 2008, pp. 30-50; Byford, 2011, pp. 120-129; Brotherton, 2015, pp. 101-108; Appelrouth, 2017; Melley, 2011 y 2020.

[59] Sunstein & Vermeule, 2009.

[60] Hardin, 2002.

[61] Frankfurt, 2017.

[62] Dieguez, 2018, pp. 255-298.

[63] Davis, 1971; Knight, 2003; Goldwag, 2009, pp. 107-214; Butter, 2013.

[64] Lakatos, 1968-69, pp. 164-165, y 1994.

[65] Reichstadt, 2019.

[66] Knight, 2000, p. 73.

[67] Van Prooijen & Jostmann, 2013; Butter & Knight, 2015, p. 27.

[68] Bonnay & Cozic, 2009.

[69] Brotherton, 2013.

[70] Bruner, 2010, p. 17.

[71] Goertzel, 1994; Abalakina-Paap *et alii,* 1999.

[72] Wagner-Egger & Bangerter, 2007.

[73] Cichocka *et alii,* 2016.

[74] Lantian, Muller *et alii,* 2017; Lantian, 2018, pp. 37-38.

[75] Franks *et alii,* 2013.

[76] Pigden, 1995 y 2012; Keeley, 1999; deHaven-Smith, 2013; Dentith, 2016.

[77] Reichstadt, 2019, p. 159.

[78] Uscinski, 2019, p. 48.

[79] Keeley, 1999; Bratich, 2008; Butter & Knight, 2015, pp. 30-31.

[80] Barkun, 2013, pp. 33-38, y 2005.

[81] Cassam, 2019, pp. 32-62; Uscinski, 2020, pp. 47-64.

[82] Keeley, 1999; Pelkmans & Machold, 2011; Coady, 2012; Dentith, 2014, 2016 y 2018; Urbanski, 2020.

[83] Definición de la palabra «maquinación» proporcionada por el diccionario *Nouveau Petit Robert,* en su edición de 2002: «Conjunto de actividades secretas, más o menos desleales».

[84] Bercé & Guarini, 1996; Thomazo, 2011 y 2012; Marie, 1993; Monier, 2003; Tardy, 2015.

[85] Hofstadter, 2012, p. 74.

[86] Popper, 1985, pp. 24-25.

[87] LeBoeuf & Norton, 2012.

[88] Douglas & Sutton, 2008.

[89] Leman & Cinnirella, 2007.

[90] Bronner, 2013, p. 99; Taguieff, 2013, pp. 38-39; Bessi *et alii,* 2015.

[91] Franks, Bangerter, Bauer, Hall & Noort, 2017.

4. Conspiracionistas y anticonspiracionistas: distinciones básicas

Para evitar los falsos debates en los que con demasiada frecuencia se enzarzan quienes analizan las «teorías de la conspiración», es necesario empezar por establecer una clara distinción entre las definiciones anticonspiracionistas y las definiciones neutrales de dichas «teorías», que a veces son presentadas por sus propagadores como hipótesis explicativas. Las definiciones anticonspiracionistas de las «teorías de la conspiración» parten del supuesto de que las conspiraciones denunciadas por los conspiracionistas son siempre imaginarias y que las tesis que sostienen son falsas, absurdas o incluso engañosas. Desde esta perspectiva, la cuestión principal consiste en saber cómo piensan o razonan los conspiracionistas, lo que implica que existe un pensamiento o mentalidad conspiracionista, caracterizado por su irracionalidad, que, en consecuencia, debe someterse a un examen crítico. Por definición, toda «teoría de la conspiración» es falsa. Por consiguiente, el análisis de los hechos se considera secundario, cuando no inútil.

Otra perspectiva, adoptada por algunos antropólogos y sociólogos interesados principalmente en la descripción y la comprensión, se esfuerza por dar una definición neutra del fenómeno, que resulta ser mucho más amplia. Consiste en plantear que una «teoría de la conspiración» se basa en la afirmación de que existe una conspiración, y que esta afirmación puede ser verdadera o falsa[92]. Si una conspiración implica que dos o más personas cooperan intencionadamente para engañar a una o más personas, entonces cualquier «teoría de la conspiración» consiste en explicar uno o más sucesos a partir de una conspiración real que actúa como causa. De ello se deduce que algunas «teorías de la conspiración» son verdaderas y otras falsas, aunque en ocasiones es difícil establecerlo: en esos casos, la conclusión es que la «teoría» es más o menos verosímil. Para que una «teoría de la conspiración» sea cierta, la presunta conspiración debe existir (tal y como ha sido descrita) y debe establecerse su función causal, es decir, la conspiración debe tener valor explicativo. Por lo tanto, el examen de los hechos es fundamental en este caso. Esto nos lleva a reconocer que puede haber hechos históricos que se expliquen mediante complots y que, por

cuestionables que sean, no tengan nada que ver con las creencias denominadas «conspiracionistas» por los anticonspiracionistas. Pero esto es tomar la expresión «teoría de la conspiración» en un sentido no peyorativo, en contra del uso común. Se puede reprochar a esta opción teórica su relativismo, en la medida en que parece poner al mismo nivel las hipótesis explicativas referidas a conspiraciones reales y los relatos que versan sobre conspiraciones ficticias. También se puede acusar a sus promotores de «hacerles el juego» a los conspiracionistas profesionales. Esta discusión, de orden epistemológico, es legítima.

Si es cierto que la paranoia conspiracionista consiste en ver los acontecimientos destacados o inquietantes como meros efectos de conspiraciones, también existe una tendencia un tanto paranoica entre algunos anticonspiracionistas, consistente en ver conspiracionistas y conspiraciones imaginarias en todas partes y, por tanto, no ver conspiraciones reales en ninguna parte. Este tipo de negación también se da entre los anticonspiracionistas ocasionales y «aficionados», que se hacen los duros, «a los que no se la juegan». Así se defienden los dirigentes políticos acusados de manipular a individuos o grupos, o incluso de haber organizado golpes de Estado en el extranjero. Los conspiracionistas de a pie toman las conspiraciones imaginarias que denuncian por conspiraciones reales, mientras que los anticonspiracionistas «aficionados» tienden a reducir las conspiraciones reales a fantasías, quimeras, leyendas o mentiras propagandísticas, excesos que dan lugar a la aparición de anti-anticonspiracionistas expertos que reconocen la legitimidad de ciertas explicaciones llamadas «conspiracionistas» por las autoridades políticas o por los grandes medios de comunicación[93].

Sin postular una simetría entre los delirios conspiracionistas y las derivas anticonspiracionistas, cuyas consecuencias no pueden compararse, debemos cuidarnos de caer en ambas trampas, que son fuente de ilusiones, para dar cabida a un análisis frío de los datos. Como señala el filósofo Mathias Girel, «una teoría de la conspiración, en el sentido en que nos preocupa, no es condenable porque presuponga complots o acuerdos secretos e interesados, sino porque es una mala teoría, infundada, mal fundamentada o que revela sesgos evidentes[94]».

La existencia de las conspiraciones imaginarias no debe hacer que se olvide la existencia de conspiraciones reales, que pueden ser denunciadas incluso por individuos catalogados como conspiranoicos. Al igual que es cierto que los propios paranoicos a veces tienen enemigos reales[95], no es menos cierto que algunos conspiracionistas

–hay que reconocer que muy escasos– son susceptibles de sacar a la luz manipulaciones o conspiraciones existentes. El asunto WikiLeaks, que está impregnado de representaciones conspiracionistas, es ejemplar en este sentido[96]. En los escritos y declaraciones públicas de Julian Assange (nacido en 1971), el ya célebre cibermilitante australiano, encontramos los elementos de una doctrina política que consta de dos vertientes: por un lado, una teoría del poder como conspiración y, por otro, una teoría estratégica y una práctica del contrapoder como contraconspiración. Assange es, pues, un teórico de la conspiración que se presenta y asume como tal, y, al mismo tiempo, un estratega del tipo de contracomplot que consiste en poner en práctica la estrategia del desvelamiento. El desvelamiento de proyectos conspirativos o redes de conspiradores se presenta como un acto político necesario al tiempo que se erige como acción moral. El objetivo de Assange es el siguiente: «Engañar o cegar las conspiraciones». Es en esta capacidad que WikiLeaks puede caracterizarse como una «agencia de inteligencia del pueblo», según la fórmula propuesta por Assange. Esta «agencia» funciona no solo como un contraservicio secreto, el servicio secreto del pueblo, sino también como un instrumento de propaganda al servicio del pueblo; una empresa de delación justificada por su tipo de destinatario, sacralizado en las sociedades democráticas modernas: «el pueblo».

La estrategia del «desvelamiento» de las conspiraciones gubernamentales o interestatales es la pieza clave de la visión conspiracionista militante de Julian Assange. Él mismo la teorizó en su «manifiesto», *Conspiracy as Governance,* publicado online el 3 de diciembre de 2006. La justificación de la denuncia contraconspirativa es que hace posible una acción, una «resistencia» de los dominados frente a los dominantes. En tanto que fuerza de los «débiles» (o supuestos débiles), constituye un equivalente simbólico del terrorismo. Los enemigos designados siguen siendo los «amos del mundo», pero se les puede debilitar, obstaculizar o restringir en sus actuaciones culpables. De ahí que este terrorismo digital, que aspira a seducir al público mundial, sea un terrorismo «antiglobalización». Pero el conspiracionista Assange es también un valiente alertador que, entre otras cosas, reveló el intolerable comportamiento de algunos soldados estadounidenses durante la invasión de Irak. En 2010, cuando WikiLeaks publicó documentos clasificados estadounidenses sobre las guerras de Irak y Afganistán, revelando los crímenes de guerra de Estados Unidos y sus aliados, Assange fue acusado de espionaje. Se enfrenta a una pena de hasta 175 años de prisión en Estados Unidos.

Podemos encontrar otro ejemplo de esta estrategia

contraconspirativa en la revelación efectuada en junio de 2013, a partir de documentos facilitados por Edward Snowden, de la amplia conspiración de intervención telefónica extrajudicial a ciudadanos y gobiernos por parte de la NSA[97].

Tomar en consideración las acciones de Assange y Snowden implica disociar su imaginario conspiracionista de su trabajo de documentación, investigación y desvelamiento, que puede considerarse saludable en nombre de la transparencia democrática. Los anticonspiracionistas deben tener cuidado de no condenar globalmente a estos «alertadores» con base en su visión conspiracionista, por muy criticable que esta sea. Esta es la primera regla que debería seguir cualquier crítico de las creencias conspiracionistas, si es intelectualmente honesto: una regla de autolimitación de la mirada suspicaz.

A los teóricos de la conspiración, comprometidos con una denuncia sistemática de los relatos oficiales, se les critica con razón su práctica automática y ciega de la sospecha y la crítica con fines desmitificadores. Pero también ocurre que anticonspiracionistas apresurados, llevados por su afán de desenmascarar y desmitificar las narrativas conspiracionistas, acaban abusando de la sospecha y la crítica, hasta el punto de ser ingenuos frente a manipulaciones o maquinaciones reales. Estos anticonspiracionistas hacen un flaco favor a la causa que pretenden defender. No se trata de enfrentar a conspiracionistas y anticonspiracionistas, sino de señalar algunas derivas de estos últimos. El riesgo es, en efecto, ver perfilarse un paisaje en el que unos y otros, en su búsqueda obsesiva de intereses ocultos y de intenciones profundas, descuidarían la tarea esencial, que es separar la parte que hay de verdadero y de falso en lo que se dice o se escribe sobre los acontecimientos. Se estarían enfrentando entonces en el mundo de la posverdad.

---

[92] Urbanski, 2020.

[93] Pelkmans & Machold, 2011; Pigden, 2012.

[94] Girel, 2017.

[95] Berke *et alii,* 1998.

[96] Taguieff, 2016, pp. 123-127.

[97] Dentith, 2016, pp. 583; Urbanski, 2020; Puybareau, 2020.

5. Relatos conspiracionistas de referencia: un breve repaso histórico

La mentalidad conspiracionista no es en absoluto un invento reciente: las «teorías de la conspiración» pueden encontrarse en las sociedades tradicionales tanto como en las modernas[98]. Los relatos conspiracionistas adoptan la forma de imputaciones y acusaciones que cumplen funciones políticas. Como señala la historiadora Arlette Jouanna:

La acusación de conjura y conspiración es un arma clásica de los gobernantes que se enfrentan a intentos violentos de toma del poder. Pero ellos mismos pueden ser acusados de conjura contra el Estado por los insurgentes, que hacen así que sus acciones aparezcan como legítimas[99].

> Por lo demás, sería arriesgado ponerle fecha a la aparición de complots imaginarios o de relatos conspiracionistas que pretenden desvelar un plan secreto para la dominación del mundo. Con todo, daremos algunas referencias, centrándonos en los tres grandes relatos que han sido tradición en la historia europea: la conspiración judía, la conspiración jesuita y la conspiración masónica[100], siendo la conspiración judía susceptible de formar síntesis con las otras dos (si bien la conspiración judeo-jesuita[101] dista mucho de haber alcanzado la notoriedad y longevidad de la conspiración judeo-masónica[102]).

El tema de la conspiración judía mundial es esbozado en la Inglaterra de mediados del siglo XII por el monje benedictino Thomas de Monmouth, quien afirma que el asesinato del joven William (12 años), cuyo cuerpo horriblemente mutilado fue encontrado en Thorpe Wood, cerca de Norwich, el 25 de marzo de 1144, habría sido cometido por judíos locales de modo ritual, con el fin de escenificar la crucifixión de Jesús el Viernes Santo. El monje pretende desvelar el trasfondo de este caso de asesinato ritual, enmarcándolo en una vasta conspiración anticristiana organizada por el «pueblo deicida».

> Así, los más nobles de los judíos residentes en España se reúnen en Narbona, sede de su realeza, donde se les tiene en mayor honor; y echan a suertes entre todas las naciones donde viven judíos. Los judíos de la capital del país elegido, a su vez, proceden igualmente al sorteo, y la comunidad así designada debe cumplir la tarea que le ha sido asignada. En el año en que William fue asesinado, la suerte había caído en Norwich.

El relato del caso del asesinato ritual lo sitúa en un marco universal: la idea de un centro de decisión internacional, situado en Narbona, presupone la existencia de un poder judío dotado de ubicuidad[103]. Estamos ciertamente en presencia de un premodelo del mito de la conspiración judía mundial, de origen cristiano, atestiguado a mediados del siglo XII[104]. Será reelaborado durante el siglo XIX, desde la carta de Simonini (1806) hasta los *Protocolos de los Sabios de Sión,* pasando por el «Discurso del Rabino» difundido en los años setenta del siglo XIX.

El motivo de la conspiración judía contra la sociedad cristiana toma una forma más explícita en torno a la acusación de envenenamiento de fuentes y pozos, que surge en 1321 en Aquitania bajo la ficción de un complot fomentado contra los cristianos y que se atribuye, según las versiones, solo a los leprosos, a los leprosos y a los judíos, o a los leprosos empujados por los judíos a instigación del rey musulmán de Granada. En el invierno de 1321, esta acusación de complot condujo a la masacre de los leprosos con la aprobación del rey de Francia, Felipe V el Largo. La crónica del monasterio de Sainte-Catherine (Mont-Saint-Aignan) informa de los hechos y, basándose en las confesiones de los leprosos, caracteriza los dos temas de la acusación contra ellos: si conspiraban, era tanto para matar a los no leprosos como para dominar el mundo[105]. Unos años más tarde, los judíos son acusados de haber conspirado para causar la epidemia de «peste negra» (1347-1348). En el contexto del gran temor desencadenado por la terrible epidemia, esta acusación lleva a que sean masacrados en numerosas localidades, como si su muerte fuera susceptible de detener la propagación de la peste[106]. Acusados de conspiradores y criminales, los judíos son así construidos como «enemigos de la humanidad», un viejo estereotipo antijudío aparecido en la Antigüedad y retomado en el antijudaísmo cristiano[107].

En cuanto a la creencia en la gran conspiración jesuita, esta aparece a principios del siglo XVII y ha conservado defensores en ciertos círculos anticlericales. Los *Monita Secreta Societatis Jesu,* o *Instrucciones secretas de la Compañía de Jesús,* son una falsificación antijesuita elaborada en 1612 o 1613 por un sacerdote que será expulsado de la Orden en 1614, un tal Hieronim Zahorowski. La falsificación se presentaba como una correspondencia privada supuestamente interceptada, hecha pública porque venía a revelar los motivos ocultos de los dirigentes de la Compañía de Jesús. Esta correspondencia supuestamente desvelaba las instrucciones secretas dadas por el quinto Superior General de los jesuitas, Claudio Acquaviva, para asegurar el dominio universal de la Compañía e incrementar su fortuna por todos

los medios, justificando así toda artimaña y violencia. La publicación de estos «secretos» se presentaba como la prueba finalmente administrada de la existencia de un complot jesuita[108]. La falsificación se publicó por primera vez en latín y de forma anónima en Cracovia en 1614.

No obstante, como ha señalado Leon Poliaekov, es «en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, en el momento en que París servía de laboratorio mundial para las teorías de la conspiración, cuando la jesuitofobia alcanzó su punto álgido»[109]. Los *Monita secreta* se reeditan allí varias veces a partir de 1824[110]. En octubre de 1933, el militante y periodista libertario André Lorulot vuelve a publicar los *Monita secreta* en su revista trimestral, *La Documentation antireligieuse,* con un largo prefacio en el que no oculta sus obsesiones:

> La lectura de los *Monita secreta* permite observar las causas del poder de los jesuitas. [...] Los jesuitas siempre se han ocultado. [...] Su único objetivo es la dominación universal. [...] *Se les siente por doquier, no se les encuentra en ninguna parte*. ¿Cómo golpearlos? Son escurridizos. ¿Cómo defendernos de sus intrigas? Siempre permanecen en la oscuridad. ¿Cómo frustrar sus planes?

Esta «farsa», que es a los jesuitas lo que los *Protocolos de los Sabios de Sión* son a los judíos, fue constantemente reeditada hasta finales del siglo XX, particularmente en Francia, por ciertos círculos del ateísmo militante.

Hay que recordar que a veces pueden fomentarse conspiraciones reales con el fin de dar mayor credibilidad a conspiraciones imaginarias para llevar a cabo objetivos políticos. Este fue el caso de «Popish Plot», o el falso complot papista de 1678, inventado y difundido por el fanático anglicano Titus Oates. El objetivo de este supuesto complot católico era matar a Carlos II de Inglaterra para sustituirlo por su hermano católico Jacobo. En realidad, se trataba de una treta destinada a acusar a los católicos de una conspiración contra la monarquía inglesa, que se tradujo en un estallido de persecuciones a gran escala, la promulgación de leyes represivas y cambios diplomáticos[111].

La tesis de la conspiración masónica o masónico-filosófica para explicar la Revolución Francesa es esencialmente una invención del abad Lefranc, en 1791-1792, retomada y desarrollada por el abad Barruel en 1797-1799 en sus *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*. Su tesis central es que la Revolución Francesa fue preparada por una conspiración en la que participaron los Enciclopedistas, los Francmasones y los Iluminados de Baviera, asumiendo que los Francmasones, herederos de los Templarios, habían sido los «instrumentos inconscientes de la conspiración urdida por los

Templarios»[112]. De ahí la leyenda conspiracionista que no cesa de resurgir: la de los «Illuminati», encarnaciones de la causalidad diabólica, cuyas reinterpretaciones serán numerosísimas en el siglo XX, ya sea inscritas en una lectura esotérico-religiosa de la historia –de la que se pueden encontrar ecos contemporáneos en el fenómeno de la «conspiritualidad»[113]–, que postula la realización de un «plan luciferino» –como en los escritos de Jan Udo Holey[114]–, ya sea inspiradas en rumores y leyendas sobre los invasores extraterrestres o los «reptilianos», como en los *best seller* de David Icke[115].

En el transcurso del siglo XIX, la conspiración judía contra el mundo cristiano se transforma en una conspiración internacional, teorizada y actualizada, bajo la forma de una refundición de la conspiración masónica denunciada por los teóricos contrarrevolucionarios (de ahí la invención de la «conspiración judeo-masónica»), o bajo la forma de la conspiración plutocrática o capitalista ilustrada por la figura de los Rothschild, que dará lugar a la «conspiración judeo-capitalista». En ambos casos, «el Judío» es la encarnación de la modernidad, percibida como una edad oscura.

En el siglo XX, la visión de la gran conspiración mundial encuentra su principal vector en la famosa falsificación conocida como los *Protocolos de los Sabios de Sión,* un *best seller* y *long seller* de la literatura conspiracionista y antijudía publicado por primera vez en Rusia en 1903[116]. En sus usos durante el periodo de entreguerras, especialmente en la Alemania nazi, los *Protocolos* contribuyeron en gran medida a vincular la visión conspiracionista con el sentimiento apocalíptico de la proximidad del fin del mundo, que coincidiría con la dominación mundial de los Judíos[117]. Es especialmente tras la creación del Estado de Israel, en mayo de 1948, cuando la «conspiración judía universal» se reformulará para transformarse en la «conspiración sionista global», convertida en el relato de megaconspiración más extendido desde que se integró en la propaganda islamista[118].

El artículo 22 de la «Carta de Alá» adoptada por Hamás –el «Movimiento de Resistencia Islámica»–, hecha pública el 18 de agosto de 1988, atestigua esta retraducción islamista y «antisionista» del mito de la conspiración judía mundial, adaptada a la guerra total contra Israel. Según los redactores de este movimiento nacional-islamista palestino, toda la historia moderna se explica por una serie de conspiraciones judías criminales:

> Durante mucho tiempo los enemigos han estado planeando, hábilmente y con precisión, para lograr sus objetivos. (…) Con su dinero tomaron el control de los medios de comunicación del mundo entero: la prensa, las empresas editoriales,

las emisoras de radio, etc... Con su dinero atizaron revoluciones en distintas partes del mundo para alcanzar sus fines y cosechar sus frutos. Estuvieron detrás de la Revolución Francesa, de la revolución comunista y de todas las revoluciones de las que hemos oído hablar. Con su dinero formaron sociedades secretas a través del mundo, para sabotear las sociedades y servir a los intereses sionistas. Estas organizaciones son: los francmasones, el Rotary Club, el Lions Club, el B'nai B'rith, etc… Con su dinero lograron controlar los países imperialistas y los instigaron a colonizar numerosos países para explotar sus recursos y propagar en ellos la corrupción. (…) Ellos estuvieron detrás de la Primera Guerra Mundial, cuando abolieron el Califato islámico (…). Ellos consiguieron la Declaración Balfour, formaron la Sociedad de Naciones para dirigir el mundo. Ellos estuvieron detrás de la Segunda Guerra Mundial (…). Fueron ellos los que instigaron la abolición de la Sociedad de Naciones y su sustitución por las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad, para gobernar el mundo a través de estas dos organizaciones. No existe ninguna guerra que se libre en ninguna parte del mundo de la cual no sean los instigadores.

En el artículo 32, se mencionan los Protocolos como prueba del «proyecto» criminal de los «sionistas»:

> La conspiración sionista no tiene límites. Después de Palestina, los sionistas quieren acaparar la tierra, desde el Nilo hasta el Éufrates. Una vez digerida la región conquistada, aspirarán a nuevas conquistas. Su plan está enunciado en los *Protocolos de los Sabios de Sión,* y su conducta en la actualidad es la mejor prueba de ello.

El conocimiento conspiracionista tiene sus ventajas. Saber de la existencia de la conspiración global es ser capaz de ver más allá de las apariencias, estar «entre los bastidores de la historia», convertirse en una especie de iniciado o visionario. La referencia a la imagen de los «bastidores» evoca la célebre frase atribuida al «Judío Sidonia» por Disraeli en su novela *Coningsby* (1844), citada como prueba de la conspiración judía mundial por la mayoría de los divulgadores y glosadores de *Los Protocolos de los Sabios de Sión:* «Podéis ver, mi querido Coningsby, que el mundo está gobernado por personajes muy distintos a los que se imaginan aquellos que no están entre bastidores»[119].

En su «diálogo» con Adolf Hitler, publicado en marzo de 1924 bajo el título *El bolchevismo de Moisés a Lenin,* Dietrich Eckart, mentor del futuro Führer entre 1919 y 1923, presta a su interlocutor estas palabras sobre el verdadero motor de la historia, desconocido por los historiadores ordinarios dedicados a escudriñar la historia visible:

> ¿Qué hace el historiador? Explica lo que está fuera de lo común refiriéndose al grupo, invoca la naturaleza excepcional de ciertos hombres de Estado. Pero que pueda haber una fuerza oculta en alguna parte que dirija hábilmente el curso de los acontecimientos en una dirección determinada, eso ni siquiera se le pasa por la cabeza. Sin embargo, esa fuerza está sin duda ahí. Conoces su nombre: el

Judío.

El joven Hitler se atribuye así la capacidad de distinguir, detrás de la escena histórica visible, la causa motriz del curso de los acontecimientos desde la Antigüedad. Afirma tener acceso a un saber inaccesible para los historiadores profanos, ciegos ante lo que se oculta tras las apariencias. La «fuerza oculta» denunciada por Hitler está detrás de todas las conspiraciones que mueven la historia. Él la llama «el Judío». En resumen, la revelación de la gran conspiración y de su principio motor posee un significado místico-esotérico, así como una fuerza movilizadora tal que alienta al compromiso con un gran combate redentor ineluctable[120].

La propagación del mito de la «Internacional judeo-bolchevique», vehiculado por los comentarios a los *Protocolos,* comienza con la traducción de la famosa falsificación en Alemania ya en enero de 1920, y al inglés al mes siguiente. Estos comentarios reactivan la «leyenda iluminista» y la genealogía ficticia que supuestamente conduce de los «Illuminati» de Adam Weishaupt («Espartaco») a los bolcheviques de Lenin (llamado el «medio judío») y Trotsky («el Judío Bronstein»). En febrero de 1920, cuando los *Protocolos* acababan de ser traducidos al inglés, Winston Churchill, ministro de la Guerra, retomó por su cuenta, en una revista de gran tirada, la visión conspiracionista de la revolución bolchevique difundida en Europa por los emigrados rusos antisemitas, antimasónicos y antibolcheviques:

> Este movimiento entre los Judíos no es nuevo. Desde la época de Espartaco-Weishaupt, pasando por la de Karl Marx, hasta la de Trotsky (Rusia), Bela Kuhn (Hungría), Rosa Luxemburgo (Alemania) y Emma Goldman (EE.UU.), esta conspiración mundial para aniquilar la civilización y reconstruir la sociedad sobre la base del desarrollo detenido, la maldad envidiosa y la igualdad imposible no ha dejado de expandirse. Desempeñó [...] un papel perfectamente identificable en la tragedia de la Revolución Francesa. Fue el resorte principal de todos los movimientos subversivos durante el siglo XIX, y finalmente, hoy, esta banda de individuos extraordinarios que han surgido de los bajos fondos de las grandes metrópolis de Europa y Norteamérica tienen ahora cogido por los pelos al pueblo de Rusia, y se han convertido en los amos prácticamente indisputados de este enorme imperio[121].

Esta visión catastrofista de la gran conspiración organizada por el «Judío internacional» de doble cara, plutocrático y revolucionario, será teorizada en 1921 por la historiadora británica Nesta H. Webster en su libro conspiracionista titulado *World Revolution: The Plot Against Civilization,* que se convertirá inmediatamente en el breviario de los círculos complotistas, antijudíos, antimasones y anticomunistas[122]. Entre 1918 y 1920, los «Iluminados» de Baviera se convirtieron así en

los «Sabios de Sión», es decir, en «judeo-masones» de semblante «judeo-bolchevique».

La nueva retórica conspiracionista se ha desarrollado, desde principios de los años noventa, sobre la base de dos temas fundamentales: la denuncia del «Nuevo Orden mundial»[123] y la del «Gobierno de Ocupación Sionista» (ZOG: acrónimo de «Zionist Occupation Government»). El polemista francés Alain Soral expuso su visión antiglobalista en 2011 en *Comprendre l'empire,* subtitulado *Demain la gouvernance globale ou la révolte des nations?* («Comprender el Imperio. ¿Mañana, la gobernanza global o la revuelta de las naciones?»). Podemos encontrar en él todos los clichés de la literatura conspiracionista producida en Francia desde principios de los años cincuenta. El principal enemigo que señala es el «globalismo», el «gobierno mundial» o el proyecto de un «Nuevo Orden Mundial»:

> Construido en torno al núcleo de la ONU [...], el CFR, la Comisión Trilateral y el Grupo Bilderberg, pero también el FMI [...], la OMC [....], la OCDE, los lobbies militar-industriales, energéticos, agroalimentarios y farmaco-químicos (servidos por la OMS), así como clubes más esotéricos como Skull and Bones y el Bohemian Club, a los que hay que añadir otros enlaces franceses como Le Siècle y el club de las Cordelières... Todas estas redes de poder, que trabajan codo con codo por razones de intereses financieros y de solidaridad de casta, constituyen esta red de redes que es, de hecho, la estructura de combate del Imperio. Un Imperio al servicio del Nuevo Orden Mundial.

En esta nueva gran narrativa, el antiglobalismo va de la mano del antisionismo radical y de un antiamericanismo rabioso que implica la demonización de los «banqueros internacionales», de los que se asume que la mayoría son judíos. La demonización de las «finanzas internacionales» sigue siendo el *topos* principal de la nueva retórica conspiracionista, que se ha adaptado al anticapitalismo y al antiglobalismo, posiciones ideológicas ampliamente presentes en el campo de la opinión pública. Un panfleto conspiracionista reeditado en octubre de 2020, *Ces invisibles qui nous gouvernent,* subtitulado *Par qui sommes-nous réellement dirigés?* («Esos invisibles que nos gobiernan. ¿Quién nos dirige realmente?»), firmado por Hakam Guedira, se presenta así: «El lector descubrirá que todas las organizaciones internacionales (ONU, FMI, OTAN, Banco Mundial, TPI, BCE, OCDE, OMC...) son en realidad monstruosas máquinas trituradoras al servicio de una oligarquía financiera internacional».

Esta configuración repulsiva se encuentra en particular entre los denunciantes contemporáneos de los «Illuminati», personajes quiméricos erigidos en representantes de la «élite mundial» o de la «hiperclase mundial», nuevos nombres para los «amos secretos del

mundo», poderes anónimos a los que los *Protocolos de los Sabios de Sión* han dotado de identidad étnica. Esto queda ilustrado en el panfleto firmado por el doctor Claude Nancy, *La Pieuvre mondialiste attestée par les Protocoles des Sages de Sion* (2019) («El pulpo globalista atestiguado por los *Protocolos de los Sabios de Sión»),* o en la colección de artículos delirantes de Fritz Springmeier (nacido en 1955), traducidos al francés en enero de 2020*: Los planes ocultos del Nuevo Orden Mundial. Proyecto MK Ultra, Bases Secretas Subterráneas, Rituales Satánicos Illuminati y 11 de septiembre 2001* (…). Springmeier sostiene que «durante siglos, los *Illuminati* [...] han intentado controlarlo todo en nuestra sociedad» y que «los hilos de las marionetas que tenemos como líderes son visibles si uno los mira de cerca». Dado que los ideólogos conspiracionistas comparten con muchos de sus contemporáneos estas evidencias propias del sentido común de la época, son capaces de influir en ellos ofreciéndoles relatos atractivos. En este sentido, actúan como espejos de la época, así como profetas o gurús, capaces de movilizar a comunidades de creyentes.

Desde los años noventa, pero sobre todo después del 11 de septiembre, la denuncia de acciones terroristas de falsa bandera *(false flag)* atribuidas a «judíos» o «sionistas» se ha convertido en un reflejo ideológico. Así, por ejemplo, en un comentario publicado el 11 de septiembre de 2019 en la red social rusa V-Kontakte, el polemista Alain Soral afirmaba que «todo es judío en el 11-S». En cuanto al jeque hutí Ibrahim al Ubeidi, en un sermón emitido el viernes 14 de agosto de 2020 en el canal de televisión Al-Eman (Yemen), acusó a los «judíos sionistas» de ser los organizadores de los atentados del 11 de septiembre, de la explosión del puerto de Beirut y de las explosiones en Irak, Argelia, Francia y otros lugares, no sin atribuir la creación de Al-Qaeda y Daesh al «sionismo mundial».

La adhesión a este gran relato conspiracionista dista mucho de ser insignificante en la opinión pública francesa actual. En una encuesta realizada por el Ifop en septiembre de 2014, el 16 % de los encuestados se mostraba de acuerdo con la tesis de Dieudonné sobre la existencia de una «conspiración sionista mundial», lo cual constituye el núcleo duro de la mitología «antisionista». En una encuesta del Ifop de diciembre de 2018, según la cual el 21 % de los encuestados era muy receptivo a las teorías de la conspiración, el 22 % estaba de acuerdo con esa misma tesis y, según una encuesta de Ifop realizada los días 18 y 19 de febrero de 2019, el 18 % de los encuestados creía que el sionismo es «una organización internacional que pretende influir en el mundo y en la sociedad en beneficio de los judíos»[124].

[98] West & Sanders, 2003.

[99] Jouanna, 1996, p. 475.

[100] Défourneaux, 1965; Girardet, 1986, pp. 25-62; Taguieff, 2005 y 2006; Kreis, 2009; Nicolas, 2015; Simonsen, 2020; Oberhauser, 2020.

[101] Poliakov, 1980, pp. 78-85.

[102] Taguieff, 2013, pp. 237-430.

[103] Baron, 1961, p. 153.

[104] Heil, 2012.

[105] Ginzburg, 1992, pp. 43-69.

[106] Ibid., pp. 70-77.

[107] Taguieff, 2020a.

[108] Leroy, 1992.

[109] Poliakov, 1980, p. 61.

[110] Cubitt, 1993.

[111] Hibbard, 1983.

[112] Le Forestier, 2001.

[113] Ward & Voas, 2011; Dyrendal, 2013; Asprem & Dyrendal, 2015. (Del inglés *conspirituality,* término compuesto por *conspiracism* –conspiracionismo– y *spirituality* –espiritualidad–, acuñado por Charlotte Ward y David Voas en su artículo científico «The Emergence of Conspirituality»). *(N. de la T.)*.

[114] Taguieff, 2005, pp. 64-66, 486-500.

[115] Barkun, 2003, pp. 103-109; Taguieff, 2005, pp. 68-69, 501-509; Robertson, 2013 y 2016, pp. 139-157.

[116] Taguieff, 2004; Hagemeister, 2008 y 2017.

[117] Taguieff, 2020b.

[118] Pipes, 1996; Webman, 2011; Landes & Katz, 2012.

[119] Benjamin Disraeli, *Coningsby, or the New Generation* (1844), Elibron Classics, 2000, p. 300. Véase Taguieff, 2005, p. 151 *sq*.

[120] Taguieff, 2020b, pp. 11-12, 32-34, 160.

[121] Winston Churchill, «Zionism *versus* Bolshevism», *Illustrated Sunday Herald,* 8 de febrero de 1920, p. 5.

[122] Gilman, 1982.

[123] Goldberg, 2001, p. 47 *sq.;* Spark, 2003, pp. 536-539; Barkun, 2003, pp. 39-78; Byford, 2011, pp. 77-78, 148-149.

[124] Reichstadt, 2018 y 2019.

6. Las fuentes del imaginario conspiracionista de la Modernidad

Fue durante el periodo revolucionario cuando en Francia, más que en otros lugares de Europa, se formó una visión conspiracionista de la historia, basada en una intelectualización e ideologización de las creencias populares acerca del papel causal de las sociedades secretas o los grupos de conspiradores.

El historiador François Furet, en su obra sobre la Revolución francesa, subraya el hecho de que el pensamiento conspiracionista presenta ciertas analogías con el pensamiento mítico: al igual que este, puebla el mundo de buenas y malas intenciones, de demonios y dioses, «inviste el universo objetivo de voluntades subjetivas, es decir, según se prefiera, de responsables o chivos expiatorios»[125], y así imagina explicar el origen y la persistencia del mal, que se manifiesta mediante terribles acontecimientos visibles. La idea de conspiración «opera esta perversión del esquema causal por la cual todo hecho histórico es reducible a una intención y a una voluntad subjetiva»[126]. Con la Revolución francesa, la dimensión política del imaginario conspiracionista adquiere una importancia inédita: «Si la idea de conspiración está cortada por el mismo patrón que la conciencia revolucionaria, es porque forma parte esencial de lo que constituye la base misma de esta conciencia: un discurso imaginario sobre el poder». En esta perspectiva, el poder (del pueblo) está «amenazado por un contrapoder que es casi más poderoso que el poder, y que es el del complot». A partir de ahí, «la conspiración recompone [...] la idea de un poder absoluto, abandonado por el poder democrático». La conspiración aparece como un «delirio sobre el poder»[127].

Las dos fuentes modernas de la mentalidad conspiracionista se sitúan en los dos extremos del espacio político tal y como empieza a constituirse en la época revolucionaria. Por un lado, los ideólogos y líderes revolucionarios denuncian a los conspiradores –monárquicos, aristócratas, agentes extranjeros– cuyas actividades secretas amenazan supuestamente a la Revolución, la «patria», los «patriotas» y la «libertad». Los ideólogos revolucionarios llaman a organizar una acción preventiva contra el «complot aristocrático». Muchos de los discursos de Robespierre o Saint-Just están estructurados por la oposición maniquea entre los «corruptos» y los «incorruptos», los

«traidores» y los «virtuosos». Encarnación de la política de la sospecha[128], Marat ve «traidores» y conspiradores por todas partes. Robespierre se convirtió en el denunciante de la conspiración permanente contra la «libertad», como nos recuerda Furet: «Como la Revolución misma, Robespierre no conoce más que buenos y malos, patriotas y culpables, la palabra pública de la vigilancia y el complot oculto de los ministros»[129].

El historiador Norman Hampson señala acertadamente que, en el bando revolucionario, «la creencia en una Contrarrevolución existió desde el principio», al igual que «la manía de vincular cualquier tipo de oposición a un complot contrarrevolucionario» en gran medida «mítico»[130]. Esta es una característica de la mentalidad revolucionaria, que consiste en atribuir cualquier forma de oposición a las malas intenciones de los actores políticos así demonizados, y en explicar cualquier fracaso u obstáculo encontrado por la acción clandestina de los conspiradores antirrevolucionarios o contrarrevolucionarios. Esta operación permite demonizar a los detractores y adversarios, transformándolos en enemigos absolutos, absolutamente odiosos y temibles.

El espíritu conspiracionista se desarrolla y fortalece en los círculos contrarrevolucionarios en respuesta a las acusaciones de conspiración de las cuales eran objeto. A partir de entonces, a la «conspiración aristocrática» o «conspiración contrarrevolucionaria» denunciada por los jacobinos se enfrenta la «conspiración jacobina» denunciada por los contrarrevolucionarios: en la sala de espejos de la conspiración, todos conspiran contra todos. El principio según el cual «todo compromiso es un compromiso *contra*» nunca estuvo mejor ilustrado que durante el momento revolucionario. Preparada por la propaganda antimasónica de la Iglesia, la idea de un gran complot subversivo contra el orden establecido y la religión cristiana apareció bajo una forma elaborada en la época de la Revolución francesa[131]. El mito político-religioso del «complot masónico» surge, en un contexto apocalíptico, para explicar el acontecimiento aparentemente inexplicable que es esta revolución, a la vez ruptura y conmoción total. En el pensamiento conspiracionista de obediencia católica, la francmasonería ha sido polémicamente construida como el opuesto simétrico de la Iglesia. A la buena catolicidad de la Iglesia se oponía la perturbadora existencia de la mala universalidad de la Contra-Iglesia que parecía ser la francmasonería, un actor colectivo que se presentaba como rival satánico de la Iglesia.

En el escenario del catastrofismo conspiracionista, el papel principal lo desempeñó, como hemos señalado, Barruel, quien, en sus

Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme, expuso la tesis según la cual la Revolución Francesa fue esencialmente el resultado de una conspiración masónica, o más exactamente jacobino-masónica, en la que los «Filósofos» y los Iluminados de Baviera desempeñaron un papel determinante[132]. En sus *Mémoires,* Barruel da la formulación canónica de la lectura conspiracionista del curso de la historia moderna, afirmando que esta debía desembocar en la Revolución Francesa, efecto y prueba del «complot masónico».

> En esta Revolución Francesa, todo, hasta sus fechorías más espantosas, fue planeado, meditado, combinado, resuelto, decidido: todo fue efecto de la más profunda villanía, pues todo fue preparado, llevado a cabo por hombres que tenían, ellos y nadie más que ellos, el hilo de tantas conspiraciones largamente urdidas en sociedades secretas, y que supieron elegir y apresurar los momentos propicios a los complots.

Esta visión conspiracionista de la Revolución francesa ha desempeñado el papel de paradigma, fundador de una historiografía alternativa. Su gesto inaugural consiste en eliminar cualquier rastro de azar en la historia. En Inglaterra, John Robison dio una versión llamativa de ello en su libro *Proofs of a Conspiracy Against all the Religions and Governments of Europe* («Pruebas de una conspiración contra todas las religiones y gobiernos de Europa»), publicado en 1797 y traducido al francés en 1799[133]. Para los autores contrarrevolucionarios que se inscriben en la tradición barrueliana, todo puede explicarse mediante conspiraciones y megaconspiraciones[134]. Este saber alternativo confiere a su poseedor la convicción de que el funcionamiento del mundo es inteligible y de que puede controlarlo en cierta medida. Como señalan los psicólogos Whitson y Galinsky, la sensación de falta de control conduce a una «necesidad visceral de orden, aunque sea imaginario»[135]. A esto se asocia el sesgo de detección –o «reflejo pareidólico»–, un tipo de ilusión que nos hace percibir estructuras con sentido incluso en producciones aleatorias[136]. El control imaginario que otorgan las creencias conspiracionistas responde a esta necesidad irreprimible de orden.

A los ojos de todo católico intransigente, el mundo moderno, producto de una gran conspiración, funciona en sí mismo como una amplia conspiración permanente contra Dios y la Iglesia. Por eso se puede reconocer en él la presencia activa de Satanás. Un conspiracionista consecuente no puede sino creer en la existencia del diablo y entregarse al desciframiento de los signos de su presencia en la historia. El pensamiento contrarrevolucionario –excepto en Joseph de Maistre, que mantiene una visión providencialista de la historia, y

en los partidarios del *fatum* o la «fuerza de las cosas», como Mallet du Pan– implica una visión conspiracionista de la modernidad. La explicación conspiracionista da sentido al acontecimiento incomprensible y proporciona consuelo. Se baña así en el elemento del mito, que pretende explicar el curso del mundo reencantándolo negativamente[137]. Se trata del paradójico regreso del diablo en un momento en que el triunfante optimismo histórico parecía haberlo expulsado.

---

[125] Furet, 1978, p. 43.

[126] *Ibid.,* p. 78.

[127] *Ibid.,* p. 79.

[128] Rolland, 1989.

[129] Furet, 1978, p. 96.

[130] Hampson, 1987, p. 467.

[131] Bieberstein, 2008.

[132] Roberts, 1979, pp. 187-200; Le Forestier, 2001.

[133] Taguieff, 2005, pp. 138-139.

[134] Berlet, 2004 y 2012.

[135] Whitson & Galinsky, 2008.

[136] *Voss et alii,* 2012; Brotherton & French, 2015

[137] Taguieff, 2005, 2006 y 2013.

7. Desmitificar para remitificar: la paradoja política moderna

El advenimiento de las sociedades democráticas agudizó el gusto por el desenmascaramiento, frente a un poder convertido en enigmático, el del pueblo. Muchos teóricos sociales, revolucionarios o contrarrevolucionarios, fueron presa del «demonio de la sospecha»[138], y se mostraron obsesionados con preguntas como «¿Qué hay detrás?» o «¿Qué se esconde bajo la superficie?». No podían creer que la democracia fuera lo que parecía ser. Y esa duda era una fuente de ansiedad. Se preguntaban qué podían estar escondiendo las apariencias del poder democrático, sosteniendo que lo más importante estaba detrás del escenario visible y del decorado, es decir, entre bastidores. Formularon la hipótesis de que tras el poder aparente del pueblo se escondía el poder real de grupos que actuaban en secreto. Detrás de la soberanía del pueblo, reducida a una fórmula engañosa, discernían la existencia de poderes ocultos que ejercían realmente el poder: sociedades secretas imaginadas según el modelo de la francmasonería y que en la fantasía se construían como «judeo-masónicas», capitalistas o financieros cosmopolitas (a menudo asimilados a los judíos), etc. La ansiedad de los desmitificadores se tiñó a partir de entonces de indignación y rabia. Una versión de este modo de desencriptar el poder político, ampliamente difundida en la izquierda, se puede encontrar en la vulgata marxista, que incita al desvelamiento de los intereses y los cálculos estratégicos de clase velados por la ideología dominante, llamada «burguesa».

El miedo a las conspiraciones imaginarias queda fijado ya sea en las conspiraciones subversivas, ya sea en las conspiraciones o contra-conspiraciones defensivas y represivas. En la cultura conspiracionista moderna, el modelo de la conspiración desde abajo –la de los desviados, las minorías rebeldes, las sociedades secretas, el modelo de la conspiración subversiva– fue dominante durante mucho tiempo, hasta que, a partir de los años 50, se impuso gradualmente el modelo de la conspiración desde arriba, la de las élites dirigentes acusadas de «globalismo» y, más concretamente, de querer establecer un «gobierno mundial» de carácter totalitario[139]. Pero los profesionales del conspiracionismo –especialmente los orquestadores de las cazas de bruja, en Estados Unidos en particular– seguirán fabricando

combinaciones de conspiraciones elitistas y revolucionarias. Su motor pasional es el miedo a la «infiltración» de enemigos invisibles en los niveles más altos del Estado. Así, a principios de los años cincuenta, encontramos en el discurso macartista una extraña mezcla de conspiración de las élites gobernantes y de conspiración subversiva (los conspiradores «comunistas» son al mismo tiempo «agentes extranjeros»), como muestra este fragmento de un discurso pronunciado por el senador Joseph R. McCarthy el 14 de junio de 1951 sobre la política exterior estadounidense:

> ¿Cómo podemos explicar nuestra situación actual a menos que creamos que hay hombres en las altas esferas del gobierno conspirando para llevarnos al desastre? Esto debe ser el resultado de una gran conspiración, una conspiración a tan gran escala que hace que todas las empresas similares llevadas a cabo anteriormente en la historia de la humanidad parezcan insignificantes. Una conspiración de una infamia tan ignominiosa que, cuando finalmente se desvele, sus principales protagonistas serán maldecidos para siempre por todas las personas decentes[140].

En esta gnosis conspiracionista, que se inscribe en la cruzada anticomunista de la época, la tesis de la conspiración interna se confunde con la del complot internacional. El miedo al caos, alimentado por el demagogo, se conjura así con la afirmación de la «gran conspiración».

Mientras que la mayoría de los estudios críticos sobre las «teorías de la conspiración» se centran en su irracionalidad o en la ausencia de método que muestran sus creadores y seguidores, el psicólogo Sebastián Diéguez ha llamado la atención sobre un «aspecto muy llamativo del conspiracionismo contemporáneo: su *pobreza imaginativa*»[141]. La falta de inventiva de los artífices de conspiraciones imaginarias se evidencia en el hecho de que las «teorías de la conspiración» son «más o menos siempre las mismas, siguiendo el mismo patrón conformista y servil que se digiere, recicla y regurgita constantemente». El punto de partida es siempre el mismo y responde a un acto reflejo:

> Ocurre algo, un atentado, una catástrofe natural, unas elecciones, una pandemia, una frasecilla cualquiera. ¿Cómo debe interpretarse? Para un conspiracionista, es sencillo: haya ocurrido lo que haya ocurrido, en cualquier caso, no es lo que se cree que es... Es otra cosa. ¿Qué es, entonces? Bueno, en realidad no lo sabemos muy bien. Pero es otra cosa, potencialmente cualquier cosa, pero muy probablemente un engaño retorcido, con un propósito inconfesable, que es beneficiar a los malos que han fomentado la cosa mientras te hacen creer que no es tal cosa.

Así pues, la explicación alternativa es, como tal, la única aceptable.

Pero quienes se adhieren sistemáticamente a los relatos alternativos no destacan por su capacidad para formular hipótesis novedosas. Se contentan con aplicar modelos interpretativos codificados a los acontecimientos que pretenden explicar, como demuestra en la literatura conspiracionista el recurso recurrente a los *Protocolos de los Sabios de Sión:*

> Si el conspiracionismo se distinguiera por su creatividad y originalidad, probablemente hace tiempo que habríamos pasado a otra cosa que no fuera la insistencia machacona en los *Protocolos de los Sabios de Sión,* por ejemplo. Pero no, resulta que esta patética y transparente estafa sigue estando muy de moda y, al parecer, se cuela alegremente en todas las demás narrativas conspiracionistas.

Si existe un placer específico ligado al efecto sorpresa, no se debe desdeñar el placer suscitado por la repetición y la reiteración, que resulta del reconocimiento de lo que ya se conoce. El acontecimiento perturbador se reinscribe así en una imagen ordenada del mundo. El consumo de relatos conspiracionistas tranquiliza a buen precio a los ansiosos y a los intranquilos, a condición de que al mismo tiempo estén predispuestos al conformismo. Aquí encontramos la paradoja de la moda tal y como la analizó Georg Simmel: distinguirse demostrando conformidad[142]. Se trata de una ilusión banal: buscar diferenciarse a través de la imitación. De este modo puede analizarse la formación de comunidades de opinión conspiracionistas.

---

[138] Gauchet, 2006.

[139] Taguieff, 2006, pp. 34, 48-51.

[140] Citado por Hofstadter, 1966, p. 7.

[141] Dieguez, 2020.

[142] Simmel, 2013.

8. Describir y explicar el conspiracionismo

Desde finales de los años noventa, los intentos de explicar el fenómeno conspiracionista se han multiplicado, movilizando a todas las ciencias sociales, así como a la historia y la filosofía[143]. Sin embargo, no existe una teoría general que genere consenso. No obstante, es posible dar una definición general de las creencias y narrativas conspiracionistas. Generalmente, se entiende por «teorías de la conspiración» una serie de explicaciones ingenuas –o supuestas explicaciones– que suelen ir en contra, por lo general, de las teorías sostenidas oficialmente, y que describen a uno o varios grupos que actúan en la sombra o en secreto para llevar a cabo un proyecto de dominación, explotación o exterminio. Se acusa a los conspiradores imaginarios de ser los causantes de acontecimientos negativos, perturbadores, inquietantes o traumáticos dotados de trascendencia social. La pasión que mueve a quienes creen en complots ficticios es el miedo[144], que puede convertirse en angustia ante los signos que anuncian la catástrofe[145], lo que confiere a la visión conspiracionista un horizonte apocalíptico[146].

El principio de la visión conspiracionista consiste en atribuir la responsabilidad de todas las desgracias que afligen a los seres humanos a enemigos imaginarios del género humano, tanto más inquietantes cuanto que se presume que están ocultos, siendo el secreto una de las condiciones de posibilidad de su poder. Popper resume su modelo de inteligibilidad de la siguiente manera:

> Ya no creemos en las maquinaciones de las divinidades homéricas, a las que se atribuían las peripecias de la guerra de Troya. Ahora son los Sabios de Sión, los monopolios, los capitalistas o los imperialistas quienes han ocupado el lugar de los dioses del Olimpo homérico[147].

Estas son, en la cultura de la Europa cristiana, las figuras del diablo, a las que resulta tentador atribuir el caótico curso de la historia. Estos poderes ocultos y malévolos se construyen como enemigos absolutos para los que el fin (dominar, explotar, exterminar) justifica todos los medios. Estas figuras demonizadas no son numerosas: jesuitas, masones, «plutócratas», «judeo-masones», «judeo-capitalistas» o «judeo-bolcheviques» en el mundo de ayer, «financieros internacionales», «imperialistas», «capitalistas», «neoliberales»,

«nuevos amos del mundo», «judeo-cruzados» o «americano-sionistas» en el mundo de hoy. Para comprender el odio abstracto que se fija en estas entidades, es necesario traer a colación el concepto de «resentimiento», desarrollado por Nietzsche y replanteado por Max Scheler. El papel del resentimiento en la adhesión a las tesis conspiracionistas ha sido destacado por Hofstadter[148]. La mezcla de impotencia y odio que representa el resentimiento constituye un factor poderoso en la intensificación de las percepciones paranoicas[149]. Si la «era de la ansiedad» es también una «era de la ira»[150], se debe en parte a que las promesas incumplidas de la modernidad han generado un fuerte resentimiento en todo el mundo.

Toda interpretación o explicación de estilo conspiracionista se compone de tres operaciones correlativas. En primer lugar, un *desvelamiento* que implica la atribución del fenómeno considerado –natural o social– a intenciones encubiertas o influencias ocultas que le dan sentido. En segundo lugar, una *acusación* dirigida a los miembros del grupo conspirador desvelado («la culpa es de ellos»: el gesto del hombre resentido). En tercer lugar, una *condena moral* que estigmatiza a los «responsables» o «culpables» así designados y desenmascarados, en tanto que portadores de malas intenciones, que supuestamente operan entre bastidores de la escena histórica. Cabe formular la hipótesis de que los relatos de «revelación» o «desvelamiento», lejos de ser productos de la modernidad, son expresiones de una invariante antropológica[151].

La narrativa conspiracionista puede ser más o menos elaborada y su campo de aplicación más o menos vasto: se pasa así del simple *temor* a una conspiración (o manipulación) o de un rumor de conspiración a la *hipótesis* de una conspiración ante un acontecimiento enigmático o escandaloso, más adelante de una *ideología* de la conspiración, que supuestamente explica la evolución de un sistema social, y finalmente a una *mitología* del complot, que postula que la conspiración, o más precisamente la cadena de conspiraciones, es el motor de la historia. Los productores y seguidores de las visiones conspiracionistas se mueven entre estos cuatro niveles de expresión de la tesis de la conspiración[152].

En el universo conspiracionista, en su dimensión cognitiva, es preciso distinguir entre los que saben y los que ignoran o, más exactamente, entre los que se les supone el saber y los demás. Los primeros, que son minoría, no son otros que los profesionales del conspiracionismo, los «cognícratas»[153], los autoproclamados expertos en materia de conspiraciones, que afirman conocer lo que se trama entre los bastidores del escenario mundial y se jactan de desvelar las

maquinaciones y manipulaciones más diversas. Se atribuyen la capacidad de acceder a la verdad sobre el curso de la historia y, dándose de lúcidos y valerosos, se erigen en iniciados y héroes en la lucha contra las fuerzas oscuras[154]. Los segundos, los ignorantes, son la mayoría: los «cogniproles»[155] que, al no tener acceso al conocimiento conspiracionista y estar por tanto condenados a no entender nada del funcionamiento del mundo, constituyen las masas ciegas, crédulas y manipuladas por los «amos del mundo» y sus agentes de influencia. Pueden, sin embargo, si siguen diligentemente las lecciones de los «cognícratas», convertirse en iniciados. En esta distinción encontramos el esquema tradicional de una jerarquía entre las élites del conocimiento y la masa ignorantes.

Sería inútil buscar rasgos comunes en el contenido de las narrativas conspiracionistas, que pueden versar sobre cualquier suceso o serie de sucesos. Debemos ante todo identificar las formas elementales de la argumentación conspiracionista, analizar la retórica de los conspiracionistas e inventariar los lugares comunes utilizados. A continuación, debemos examinar a los *productores* de conspiraciones, que a menudo son también sus *prescriptores* o *propagadores,* y preguntarnos qué beneficios cognitivos, emocionales, culturales y sociales extraen de sus actividades en la Web. Y, por supuesto, conviene analizar, correlativamente, las expectativas o demandas de los consumidores de conspiraciones, ávidos de «secretos» revelados o de «verdades» congruentes con sus propias creencias.

El motor de los razonamientos conspiracionistas es la profunda insatisfacción experimentada ante al mundo tal y como es, o tal y como ha llegado a ser, así como la decepción o contrariedad ante las explicaciones «oficiales» de los sucesos que generan rechazo, tal y como se encuentran en los medios de comunicación o en los comunicados gubernamentales. De esta insatisfacción cognitiva cargada de sospecha deriva el *topos* principal del discurso conspiracionista contemporáneo, que hace hincapié en la duda: «Tenemos derecho a hacernos preguntas». Y esta duda inscribe a quien la asume en una especie de aristocracia del pensamiento, que refuerza o restaura su autoestima. El hecho de sentirse único parece constituir un factor de adhesión a las visiones conspiracionistas[156]: al enorgullecerse por saber lo que los demás no saben, el sujeto conspiracionista es capaz de distinguirse del rebaño que cree ingenuamente en las explicaciones oficiales[157]. La duda no solo es un elemento de distinción, sino que sitúa al sujeto en una élite del conocimiento. Así, la duda resulta no ser más que una distracción, unida a una coartada, para llegar a convicciones absolutas, que a

menudo no son más que convicciones previas. El escepticismo exhibido acaba produciendo afirmaciones dogmáticas.

No hay pensamiento conspiracionista sin acontecimientos desencadenantes que, percibidos a la vez como importantes y ambiguos, chocantes e incomprensibles, reclaman ser investigados por parte de periodistas, de «buscadores de la verdad» *(truthers)* o ciudadanos-investigadores, dando lugar a la aparición de verdaderas comunidades interpretativas. Desde los años noventa, estas comunidades han tomado la forma de sitios web y blogs más o menos especializados, en los que se observa el fenómeno de «polarización de grupo», es decir, la adopción de posiciones extremas, o radicalización, de las opiniones compartidas por los miembros del grupo, que tienden a formar una comunidad sectaria[158].

El argumento de la acción terrorista de falsa bandera forma parte del arsenal retórico de los conspiracionistas profesionales, como Alex Jones, cuyo sitio, InfoWars, se especializa en cuestionar las «versiones oficiales» de los hechos y difunde constantemente los relatos alternativos más delirantes[159]. Tomemos, como ejemplo, la masacre del 14 de diciembre de 2012, perpetrada por un lobo solitario en la escuela primaria Sandy Hook de Newton, Colorado: la matanza dejó 26 muertos, entre ellos 20 niños de entre 6 y 7 años. Una de las explicaciones conspiracionistas del suceso, esgrimida sobre todo por Alex Jones, consiste en acusar a Barack Obama de planear y organizar en secreto asesinatos en masa, entre ellos el de la escuela Sandy, con el fin de preparar a la opinión pública para que aceptara la abolición de la Segunda Enmienda de la Constitución, que garantiza a todo ciudadano estadounidense el derecho a portar armas libremente, lo que supondría, también según Jones, la destrucción de la nación norteamericana. Esta explicación es coherente con la visión de la gran conspiración organizada por los dirigentes y agentes secretos del «Nuevo Orden Mundial», los «globalistas», cuyo plan criminal incluiría la abolición de las naciones.

Como señala Marc Angenot, la «Conspiración» es menos un «tema» o una «idea» que una *«lógica,* un dispositivo cognitivo y hermenéutico, una manera, excluyente de otras, de descifrar el mundo[160]». Esto es lo que define la retórica conspiracionista, que pretende «demostrar que toda una serie de acontecimientos aparentemente inconexos, pero todos más o menos desafortunados, tienen una única causa oculta»[161]. Es esta característica esencial de las «teorías de la conspiración» –la reducción a una causa única– la que Leon Poliakov analizó en su obra sobre la «causalidad diabólica»[162], una causalidad atribuida a agentes cuyas intenciones son malas[163] y cuyas acciones clandestinas

obedecen a un proyecto secreto de dominación mundial[164]. Podría resultar fructífera una hipótesis explicativa: consiste en suponer que las narrativas conspiracionistas responden a la necesidad psicológica de orden o estructura estable en la percepción de series de acontecimientos[165], en la que el imperativo es escapar a toda costa de la ansiedad ligada a la percepción del caótico funcionamiento del mundo. A este respecto, el aumento de la demanda y el consumo de narrativas conspiracionistas constituye un síntoma de la ansiedad cultural de las masas alimentada por la información en tiempo real[166].

El hecho psicosocial primario es la distorsión entre el deseo de transparencia exacerbado por la cultura democrática que predica la franqueza, la proximidad y la inmediatez, y la percepción de un curso oscuro de los acontecimientos que, en la era de la globalización y de las reacciones identitarias, parece escapar a una lectura racional. El pensamiento conspiracionista arraiga en la brecha entre el deseo de transparencia y la percepción de una realidad opaca o irracional. Las explicaciones que propone son respuestas oportunistas a las demandas de ciudadanos angustiados y desorientados ante un mundo cuya creciente complejidad perciben (efecto de la multiplicación de interacciones polimorfas). Más allá de reducir mágicamente la disonancia cognitiva entre las convicciones establecidas y la información proporcionada por los medios de comunicación o los poderes establecidos, estas respuestas obtienen gran parte de su credibilidad, e incluso de su atractivo, del hecho de que difieren o se oponen expresamente a las explicaciones oficiales de los acontecimientos proporcionadas por las autoridades políticas o mediáticas. Pues estas explicaciones se consideran insatisfactorias y se rechazan por dudosas, falsas o engañosas. Algunos investigadores han puesto a prueba la hipótesis según la cual, para los individuos que han adoptado una visión conspiracionista del mundo, los particulares de una «teoría de la conspiración» son menos importantes que el mero hecho de plantearla y oponerse a una explicación oficial[167].

Esta dimensión antielitista de las posiciones adoptadas por los seguidores de la «teoría de la conspiración» permite identificarlos como «populistas», un término que debe utilizarse sin embargo con cautela, dados sus contradictorios[168] usos polémicos. Las respuestas conspiracionistas se alimentan de la cultura de la sospecha, que refuerza la desconfianza hacia las autoridades y los poderes establecidos[169], acusados de estar motivados únicamente por sus intereses de casta, opuestos a los de los ciudadanos de a pie[170]. En este sentido, la visión conspiracionista puede entenderse como una teoría populista del poder[171]. Si el régimen democrático se basa en la

soberanía del pueblo, se convierte en una pseudodemocracia a los ojos de quienes perciben a los gobernantes como ajenos y hostiles a los gobernados. El «estilo paranoico» de la denuncia de «los de arriba» se une así al estilo populista de la celebración de «los de abajo», que forman «el pueblo» incitado a rebelarse contra las élites de turno, que supuestamente conspiran constantemente contra él y, por tanto, lo traicionan. La tesis de la traición del pueblo por las élites constituye el dogma central de todo populismo. Los enfrentamientos políticos se reducen de esta manera a la lucha entre los dominantes y los dominados, los que engañan y los engañados, los esbirros del mal y las encarnaciones del bien. Esta simplificación del campo de los conflictos políticos va de la mano de una demonización de los gobernantes, que instala una visión maniquea de la competencia política[172]. Este maniqueísmo conspiracionista suele atribuirse de forma apresurada solo a los movimientos populistas de extrema derecha de orientación nacionalista[173]. En otras palabras, las respuestas conspiracionistas forman parte del imaginario populista de las sociedades democráticas modernas, un imaginario que va mucho más allá del ámbito de las corrientes políticas etiquetadas como «populistas», ya sean de izquierdas o de derechas. El populismo social se alimenta de la cultura de la desconfianza que irriga el campo de las creencias conspiracionistas.

Entre los objetivos favoritos de los adeptos contemporáneos del conspiracionismo encontramos un pequeño número de figuras mundialmente famosas a las que se acusa de abusar de su poder basado en la riqueza, entre las que destacan los filántropos multimillonarios George Soros y Bill Gates. Acusados de utilizar sus respectivas fortunas para influir en la política mundial o financiar operaciones criminales, tienden a sustituir en este papel a Rothschild y Rockefeller, encarnaciones del poder financiero. Así, por ejemplo, el fundador de Microsoft ha sido acusado en las redes sociales de ser el responsable de la pandemia de la Covid-19, de haber financiado campañas de vacunación contra la malaria y la meningitis que habrían matado o paralizado a decenas de miles de niños en todo el mundo, o de haber utilizado a seres humanos como conejillos de indias para probar medicamentos y vacunas[174]. Este aluvión de calumnias le ha llevado a ser acusado de «crimen contra la humanidad» en el seno de la esfera conspiracionista. En cuanto al financiero George Soros, conocido por su apoyo a las fuerzas democráticas que se oponen a los regímenes autoritarios, encarna a los ojos de los conspiracionistas al judío plutócrata que sostiene económicamente a todos los movimientos destinados a destruir los Estados-nación para instaurar

un «gobierno mundial». La tesis fundamental del antiglobalismo conspiracionista es que el sistema financiero internacional ha confiscado y vaciado de sentido la democracia. Las expresiones de la soberanía popular y nacional quedarían reducidas a simulacros, mientras que el poder real sería ejercido por los bancos centrales. Esta sería la realidad del «Nuevo Orden Mundial».

---

143 Fenster, 1999; Goldberg, 2001; Taguieff, 2005; Coady, 2006; Bratich, 2008; Byford, 2011; Brotherton, 2015; Butter, 2015; Campion-Vincent & Renard, 2015; Dentith, 2014 y 2018.

144 Davis, 1971; Wagner-Egger & Bangerter, 2007.

145 Grzesiak-Feldman, 2013.

146 Barkun, 2003.

147 Popper, 1985, p. 498.

148 Hofstadter, 2012, p. 86.

149 Taguieff, 2005, pp. 102-105; Angenot, 2008, pp. 343-350.

150 Mishra, 2019.

151 Caumanns & Niendorf, 2001; Taïeb, 2010, p. 275.

152 Pfahl-Traughber, 2002; Taguieff, 2005, pp. 17-23.

153 Mason, 2002, pp. 46-47.

154 Pipes, 1997, pp. 30-36.

155 Mason, 2002, pp. 46-47.

156 Lantian *et alii,* 2017.

157 Wagner-Egger & Delouvée, 2019, pp. 167-168.

158 Sunstein & Vermeule, 2009; Sunstein, 2012, pp. 71-85, y 2014.

159 Gayte, 2018.

160 Angenot, 2010, p. 28.

161 *Ibid.,* p. 34.

162 Poliakov, 1980.

163 Bale, 2007.

164 Taguieff, 2006.

[165] Whitson & Galinsky, 2008.

[166] Parish & Parker, 2001; Melley, 2015.

[167] Wood & Douglas, 2013.

[168] Hertzke, 1993; Taguieff, 2007, pp. 199-202; Jamin, 2009, pp. 43 *sq.,* 153-159.

[169] Van Prooijen, 2018, pp. 73-76.

[170] Swami, Coles, Stieger *et alii,* 2011.

[171] Fenster, 1999, pp. 52-74, 217-219; Yablokov, 2015.

[172] Oliver & Wood, 2014.

[173] Bergmann, 2018.

[174] Moullot, 2020.

9. Las cinco reglas del pensamiento conspiracionista

Las narrativas conspiracionistas acusatorias se estructuran según cinco principios o reglas de interpretación de los acontecimientos. De estas reglas y de un cierto número de sesgos cognitivos derivan las representaciones y creencias que conforman el imaginario conspiracionista. Algunas de ellas ya han sido identificadas por diversos autores[175]. Este conjunto de reglas constituye un modelo de inteligibilidad del pensamiento conspiracionista como forma de pensamiento social, tal como lo he presentado en mi obra reciente[176]. Enumerémoslas.

1) *Nada ocurre por accidente.* Nada, en la serie de acontecimientos que provocan sorpresa y ansiedad, es accidental o carece de sentido, lo que implica una negación del azar, la contingencia y las coincidencias fortuitas. Conocemos la fórmula: «No es casualidad que...». Para los seguidores del gran relato conspiracionista, todo puede explicarse mediante complots y megacomplots. Este saber alternativo confiere a quienes lo poseen la convicción de que el funcionamiento del mundo es inteligible y de que pueden controlarlo en cierta medida. Este control imaginario que otorgan las creencias conspiracionistas responde a una necesidad de orden, a la vez cognitivo y afectivo-imaginario.

2) *Todo lo que sucede es el resultado de intenciones o voluntades ocultas*. Se trata, más concretamente, de intenciones malignas o voluntades malintencionadas –las únicas que interesan a las mentes conspiracionistas– que propician acontecimientos desafortunados y preocupantes: crisis, catástrofes, atentados terroristas, asesinatos políticos. Estos acontecimientos se explican respondiendo a la pregunta mágica: «¿A quién beneficia el crimen?». Y de ahí la pregunta: «¿Quién está detrás?».

3) *Nada es lo que parece*. Todo ocurre «entre bastidores» o en los «pasadizos» de la historia. Por tanto, las apariencias son siempre engañosas, se reducen a una puesta en escena. La verdad histórica está en la «cara oculta» de los fenómenos. La verdad solo puede estar «en otra parte» y su descubrimiento implica desbaratar las trampas tendidas por los manipuladores, los expertos en «hacer creer». El

axioma aquí es: «Nos manipulan». En la perspectiva conspiracionista, el historiador se convierte en contrahistoriador, el experto en contraexperto o poseedor de un saber alternativo, especialista en las causas invisibles de los acontecimientos visibles. Hace del desenmascaramiento su principal operación cognitiva. A partir de entonces, la historia «oficial» solo puede ser una historia superficial. La verdadera historia es la historia secreta. A los conspiracionistas «clásicos» –por ejemplo, Julius Evola, que exhorta a «buscar las causas secretas de la Historia»– les gusta referirse a este pasaje de *Las ilusiones perdidas* de Balzac. «Hay dos Historias: la Historia oficial, engañosa, la que se enseña, la Historia *ad usum Delphini*[177]; y luego la Historia secreta, donde se encuentran las verdaderas causas de los acontecimientos, una Historia vergonzosa».

4) *Todo está vinculado o conectado, pero de forma oculta.* «Todo encaja», dice el conspiracionista, asumiendo la postura del iniciado[178], encarnando a la vez al contraexperto, al alter-experto y al super-experto, susceptible de desempeñar el papel del vidente, del visionario o del profeta. Aquí nos encontramos con el sesgo de conjunción, muy extendido en el pensamiento social o en el saber popular, que consiste en percibir la probabilidad de la conjunción de dos acontecimientos. Los conspiracionistas parecen cometer este tipo de error con más frecuencia que la media de la población[179].

5) *Todo lo que oficialmente se tiene por verdadero debe someterse a un despiadado examen crítico,* destinado a reducirlo a falsas creencias o mentiras. Esta es la regla de la crítica derivada de la sospecha sistemática, o más exactamente, la regla de la hipercrítica aplicada a todo discurso oficial. Si «todo debe ser sometido a un minucioso escrutinio»[180], la aplicación de esta regla suele conducir al desvelamiento de la verdad oculta o de la realidad escondida, para terminar con el siguiente enunciado: «Al principio no me lo creía, pero tuve que rendirme ante la evidencia». Aquí aparece un simulacro de la alegría de descubrir una verdad hasta entonces oculta, que se une a los que circulan en la «comploesfera», sirviendo de alimento psíquico para los adictos a las redes sociales.

Hay que subrayar que, según una sugerencia del psicólogo social Pascal Wagner-Egger, para los conspiracionistas no todo tiene que ser examinado críticamente, sino solo la versión «oficial», percibida como tal, que se da del acontecimiento. Existe, por tanto, una sorprendente «asimetría cognitiva» entre los conspiracionistas que, especialmente desde el 11-S, se muestran extremadamente críticos con la versión

«oficial» de cualquier acontecimiento y, al mismo tiempo, extremadamente crédulos con respecto a las «teorías de la conspiración» que se presentan como explicaciones «alternativas»[181].

La quinta regla de interpretación es, por tanto, la de la hipercrítica del saber «oficial», tal y como es reconocido por el poder estatal y el sistema mediático (que, junto con el poder financiero, forman «el Sistema», como dicen actualmente la mayoría de los ideólogos conspiracionistas). Se trata de una regla interpretativa que caracteriza en particular a la retórica neoconspiracionista desarrollada tras el 11-S, y que puede definirse como «escéptico-dogmática», oxímoron que subraya la manera en que el espíritu analítico y el sentido crítico son fagocitados por las tendencias paranoicas que instauran un dogmatismo de segundo grado. El nuevo conspiracionista recopila detalles «inquietantes» que supuestamente conducen a una verdad oculta, que a su vez destapa la pregunta mágica: «¿A quién beneficia el crimen?» Si la postura dubitativa se escenifica al principio del razonamiento neoconspiracionista, es para desembocar en creencias dogmáticas. Los acontecimientos perturbadores se integran así en un orden mundial que no contradice las creencias dogmáticas ni las expectativas fundamentales de los sujetos, cuya visión del mundo se depura de todos los elementos que podrían contradecirla.

---

175 Johnson, 1983, pp. 23-25; Robins & Post, 1997, pp. 39-40; Pipes, 1997, pp. 21-26, 38-48; Barkun, 2003, pp. 3-4; Taguieff, 2005, pp. 128-130; Campion-Vincent, 2005, pp. 11-12.

176 Taguieff, 2013, pp. 87-93, y 2016, pp. 35-43.

177 Una historia «para uso del delfín», es decir, edulcorada.

178 Knight, 2000, pp. 204-241.

179 Brotherton & French, 2014; Wagner-Egger & Delouvée, 2019, p. 172.

180 Danblon & Nicolas, 2012.

181 Taguieff, 2013, pp. 92-93; Wagner-Egger, 2020, p. 164.

10. Conglobación y «milhojas argumentativo»

La mayoría de los autores conspiracionistas recurren a un tipo de argumentación sofística bien conocido, que consiste en multiplicar las referencias o las «pruebas» supuestamente convergentes, por dispares que sean, para paralizar la capacidad de examen crítico del lector. Apenas este pone en evidencia un error de hecho, una imputación errónea, una amalgama polémica o un razonamiento falaz, se ve asaltado por nuevas «pruebas» dudosas –indicios, testimonios, confesiones, rumores, etc.– que debe analizar.

El proceso es interminable. El tiempo requerido para el examen crítico es generalmente más largo que el tiempo necesario para lanzar una nueva «prueba». Como resultado, el espíritu crítico suele estar rezagado en el propagador de afirmaciones falsas y argumentos dudosos, rumores o leyendas. Así es como los conspiracionistas acaban ganando batallas, agotando o cansando a sus adversarios, que dimiten y les dejan el camino libre. Este bombardeo argumentativo ilustra la técnica de la *conglobación,* clasificada como figura retórica o de pensamiento en la retórica clásica. Consiste, según Littré, en «reunir varios argumentos, varias razones, para demostrar una misma cosa», en acumular varias «pruebas» para desmontar una misma proposición. Utilizado a menudo en panfletos, alegatos y acusaciones, la conglobación consiste en acumular argumentos –por inconsistentes que sean– en un texto o discurso, generalmente polémico, para producir, mediante su acumulación incesante, un efecto de prueba o demostración, con el objetivo de intimidar al auditorio para conducirle a admitir la tesis defendida.

La famosa antología antijudía *La clé du mystère* («La clave del misterio») (1937), que utiliza una acumulación de nombres, referencias y citas para «probar» la existencia del megacomplot judío, constituye una perfecta ilustración textual del uso de la conglobación. Nada ilustra mejor la noción de causalidad diabólica que la portada de la edición francesa (1938) de *La clé du mystère,* uno de los *best sellers* de la literatura conspiracionista occidental, en la que se lee: «Casi de repente, el mundo en general se ha sumido en un verdadero infierno. La humanidad está abrumada... ¿Quién es el causante?». La respuesta se encuentra en esta antología de textos y documentos que pretenden proporcionar la «clave del misterio»: la causa subterránea del infierno

en la Tierra es «el Judío». Esta es la verdad oculta que pretende desvelar o revelar el panfleto antijudío confeccionado en 1937 por el líder fascista canadiense Adrien Arcand. En 1935, otro panfleto de similar factura, publicado por la fundación ultraderechista Solidarité Française y firmado «E. Tast», se publicó con el título: *Ce que l'on vous cache. Documents troublants!* («Lo que os están ocultando. ¡Documentos perturbadores!»).

La causa oculta tras «el Judío» es, en el fondo, el diablo. Para los seguidores de la antimasonería barrueliana, los verdaderos amos de la francmasonería no se encontraban en las logias conocidas sino en las secretas, entidades quiméricas inventadas para explicar lo inexplicable, a saber, la Revolución Francesa. Para los adeptos del antisemitismo apocalíptico surgido como reacción a la revolución bolchevique, había que buscar tras los «bolcheviques judíos», figuras del Anticristo, al verdadero culpable de la catástrofe revolucionaria, es decir, a Satán[182]. Esta acusación, que postula la existencia de un «plan luciferino», fue retomada en un libro póstumo del ensayista antijudío William Guy Carr, *Satan, Prince of this World* (1966).

Este tipo de textos, que desempeñan el papel de catecismos conspiracionistas en los que se inspiran los autores de panfletos –como las *Bagatelles pour un massacre* («Bagatelas para una masacre») (1937) de Céline– presentan varias características. En primer lugar, son producidos por pequeños grupos muy organizados compuestos por individuos motivados y dotados de fuertes convicciones. En segundo lugar, están estructurados por la acumulación y repetición, con pequeñas diferencias, de las mismas tesis o argumentos, atribuidos a diferentes autores, todos los cuales se presentan como testigos directos y creíbles, haciendo surgir así un «milhojas argumentativo»[183]. En tercer lugar, se dirigen a un público formado por creyentes que buscan espontáneamente información susceptible de confirmar sus creencias (prejuicios, estereotipos, rumores, leyendas, etc.), lo que tiene como efecto reforzarlas: en este caso nos encontramos con el sesgo de confirmación de hipótesis[184], un sesgo cognitivo que explica la persistencia de las creencias y cuya inculcación y banalización se ve favorecida por Internet. En cuarto lugar, su eficacia simbólica está ligada a la existencia de periodistas, activistas y, hoy en día, sobre todo, blogueros que se dedican a retransmitir los temas vehiculados por estos escritos propagandísticos, garantizando así su difusión y legitimidad más allá del público especializado.

Aunque Internet no es el origen de la reciente ola conspiracionista, lo cierto es que ha trivializado, amplificado y acelerado el fenómeno. Las redes sociales contribuyen a borrar las fronteras entre el campo

del conocimiento (datos confirmados, teorías científicas) y el de las opiniones y creencias (rumores, fábulas, leyendas, mitos). Valéry ya nos lo advirtió: «La mezcla de lo verdadero y lo falso es más falsa que lo falso». Si bien no conviene subestimar el papel que desempeñan las redes sociales, tampoco hay que sobrevalorarlas, como nos incitan a hacer quienes creen poder explicarlo todo a través de la evolución de las tecnologías de la información y la comunicación. Las redes sociales contribuyen poderosamente a la propagación de las teorías de la conspiración, pero en contextos en los que estas satisfacen demandas sociales que no han generado. Estas demandas derivan principalmente de necesidades cognitivas, que son las necesidades de orden, inteligibilidad y sentido. Ahora bien, las respuestas encontradas y seleccionadas están marcadas por diferentes sesgos cognitivos: confirmación de hipótesis, de intencionalidad, de disponibilidad, etc. Pueden verse como formas de reducir la disonancia cognitiva provocada por la coexistencia de representaciones contradictorias de los acontecimientos.

Internet se ha convertido en el vasto territorio del relativismo cognitivo, alimentando un nuevo oscurantismo, el de la era digital. Los optimistas infatigables creen ver surgir en él una democracia sin fronteras, fundada sobre la práctica de la libre discusión de todos con todos. Miran el caos en la discusión con ojos de enamorado. Y apartan la mirada de la «cultura de la cancelación», que difunde el espíritu de censura en las redes sociales, mientras que la cultura de la conspiración banaliza el demonio de la sospecha.

---

[182] Bärsch, 1995; Bieberstein, 2002b; Taguieff, 2020b, pp. 32-33, 164-165.

[183] Bronner, 2012, y 2015, pp. 15-18.

[184] Ross & Lepper, 1980.

11. Funciones psicosociales de las narrativas conspiracionistas

Hacia mediados del siglo XIX, la retórica conspiracionista parece haber quedado fijada de una vez por todas: el desvelamiento y la denuncia de la gran conspiración se producen en los mismos términos independientemente del grupo conspirador al que se dirija (conspiraciones jesuíticas, masónicas o judías, a las que más tarde se unieron las conspiraciones plutocráticas y bolcheviques). Esta homología funcional sugiere que todos estos megacomplots ficticios tienen una gramática común subyacente. La demonización, además de ilustrar la explicación monocausal hasta la caricatura, es un método para reducir el enemigo a uno solo, que de este modo es señalado públicamente. En el imaginario social surge una nueva clave de la historia. El desvelamiento del enemigo absoluto funciona como un arma en la guerra político-intelectual.

Diversos estudios han demostrado que las personas que creen en una «teoría de la conspiración» son más susceptibles de creer también en otras «teorías de la conspiración»[185], y que la creencia en las narrativas conspiracionistas está significativamente correlacionada con la anomia (especialmente con el sentimiento de alienación), la falta de confianza interpersonal y la inseguridad laboral[186]. Otros estudios han concluido que las «teorías de la conspiración» tienen más probabilidades de ser creídas por individuos que están ellos mismos dispuestos a conspirar o participar en conspiraciones[187]. Por tanto, estas personas proyectan en los demás sus propios deseos de conspirar. Dicho de otro modo, cuando un individuo piensa «Están conspirando», es en especial, y frecuentemente, porque piensa «Yo conspiraría» (en su lugar). El mecanismo de proyección permite entender por qué el maquiavelismo (explotar o instrumentalizar cínicamente a los demás en beneficio propio) y la ausencia de sentido moral (rechazar toda acción altruista) son factores complementarios en la adhesión a las teorías de la conspiración.

Un estudio de psicología social publicado a mediados de enero de 2015, basado en encuestas realizadas en Estados Unidos y los Países Bajos, concluyó que «el extremismo político predice la creencia en las teorías de la conspiración»[188]. Los autores de este estudio afirman que «las ideologías políticas extremistas, a ambos lados del espectro

político, se asocian positivamente con una fuerte tendencia a creer en teorías de la conspiración». Los extremistas de derecha e izquierda se diferencian de los moderados de ambos bandos por su fuerte adhesión a la tesis conspiracionista, formulada de la siguiente manera: «La crisis financiera es el resultado de una conspiración organizada por los banqueros y políticos corruptos».

Los coautores del estudio también muestran que las creencias conspiracionistas, tanto en la extrema derecha como en la extrema izquierda, implican la «creencia de que los problemas sociales pueden tener soluciones políticas sencillas», basadas en un «pequeño número de ideas claras sobre el mundo». Se trata de un criterio que permite distinguir a los moderados de los extremistas en política. Concluyen que «el extremismo político y las creencias conspiracionistas están fuertemente asociadas, debido a un estilo de pensamiento altamente estructurado que pretende dar sentido a los acontecimientos sociales».

Otras investigaciones de psicología social han establecido la existencia de una relación entre la identidad social de los individuos –definida por su pertenencia a grupos– y la adhesión a las «teorías de la conspiración»: no solo una determinada identidad comunitaria predispone a una determinada creencia conspiracionista, sino que la intensidad de la implicación comunitaria es proporcional a la intensidad de las creencias conspiracionistas. Por ejemplo, en la comunidad musulmana de Indonesia, una fuerte identidad comunitaria va asociada a una adhesión superior a la media a las «teorías de la conspiración» que acusan a Estados Unidos de conspirar a escala mundial contra los musulmanes[189]. En general, los islamistas –Hermanos Musulmanes, salafistas, yihadistas– son más proclives a las creencias conspiracionistas que los llamados musulmanes «moderados».

Las investigaciones sobre el conspiracionismo realizadas por psicólogos y politólogos, los primeros con grupos experimentales, los segundos a partir de sondeos de opinión, se ven sin embargo limitadas por el hecho de que «a menudo apoyan en una muestra muy homogénea procedente de una población occidental, educada, industrializada, rica y democrática»[190], el llamado fenómeno «WEIRD»[191]. Por lo tanto, las generalizaciones basadas en los resultados de este tipo de investigaciones deben tratarse con cautela.

Entre las funciones psicosociales que cumplen los relatos conspiracionistas, las principales son las relacionadas con la necesidad de saber, es decir, de explicar y comprender, y las relacionadas con la necesidad de defenderse de la amenaza[192]. Por un lado, se trata de explicar, o más bien de creer que es posible explicar el oscuro

funcionamiento del mundo simplificándolo mediante la identificación de poderes ocultos que encarnan enemigos implacables, la mayoría de las veces reducidos a un único enemigo, como el Judío, que es a la vez francmasón, bolchevique, demócrata, capitalista, globalista y sionista. Esto supone la absolutización del enemigo, desde una perspectiva maniquea, creyendo poseer la clave de la historia, que permite suprimir una de las grandes fuentes de ansiedad: el sentimiento de que los acontecimientos son inexplicables. Por otra parte, se trata de defenderse de la amenaza, o más bien de creer que es posible hacerlo, revelando los secretos de los enemigos ocultos. Publicar o difundir los *Protocolos de los Sabios de Sión* (o textos sobre el «gobierno mundial oculto», los «Illuminati», los «reptilianos», los «linajes satánicos», etc.) es revelar la que uno cree que es la verdadera naturaleza del enemigo, arrancarle sus máscaras, desvelar sus planes y estrategias. Así pues, la fuerza de las creencias conspiracionistas proviene del hecho de que producen dos ilusiones tranquilizadoras: explicar lo inexplicable y controlar lo incontrolable[193].

Cuando la denuncia de una conspiración ficticia no se reduce a una operación táctica llevada a cabo por un poder político para justificar la represión de una oposición, ilustra la reacción de los vencidos de la Historia que recurren a construcciones imaginarias para dar el sentido que les conviene a este o aquel acontecimiento imprevisto y considerado intolerable. A partir de ahí, el conspiracionismo aparece como la tentación permanente y el refugio psíquico de los «perdedores»[194], cuyo doble sentimiento de revuelta y de impotencia expresa a la vez que los reconforta. Se trata de, al mismo tiempo, interpretar y conjurar el curso negativo de los acontecimientos, como si se tratara de un acto de magia defensiva. Los revolucionarios se consuelan así del hecho de que sus sueños se hayan hecho añicos contra el duro suelo de la realidad, mientras que los conservadores imaginan que pueden explicar por qué sus ideales y apegos están en contradicción con el presente. Marginados en las sociedades democráticas occidentales, los movimientos de extrema derecha resultan ser grandes consumidores de narrativas conspiracionistas[195].

El conspiracionismo no constituye, sin embargo, una presunción ni del pensamiento contrarrevolucionario ni del conservador. Pero para ambos representa una tentación: la de atribuir las fuerzas de las que derivan los cambios y trastornos percibidos como negativos a la acción oculta de grupos de conspiradores. Del mismo modo, en el campo de los «progresistas» y los «revolucionarios», existe la tentación permanente de imputar los fracasos de las políticas progresistas o de los proyectos de transformación social a misteriosas fuerzas

«reaccionarias» o «conservadoras» –o incluso «liberales» o «neoliberales»–, encarnadas por minorías omnipotentes. La secularización no ha conducido en absoluto a una desmitificación del imaginario político.

Existen otros problemas interpretativos además de los que plantean las falsas creencias, en particular los problemas relacionados con el sesgo cognitivo conocido como «efecto Dunning-Kruger» o «efecto de exceso de confianza», por el que las personas menos cualificadas, inconscientes de su incompetencia, sobrestiman su competencia[196]. Podemos encontrar una formulación parcial de este fenómeno en Charles Darwin cuando, en *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871), señala: «La ignorancia engendra confianza con más frecuencia que el conocimiento»[197]. El fenómeno es el de la metaignorancia, es decir, la ignorancia de la ignorancia, que produce confianza en uno mismo e incluso arrogancia. La dificultad para reconocer la propia incompetencia se explica por una inteligencia escasa y por la insuficiencia de conocimientos. Con todo, muchos promotores y creyentes en conspiraciones son ignorantes, intelectualmente mediocres y seguros de sí mismos. No tienen la más mínima duda sobre sus capacidades cognitivas y sus conocimientos, lo que les hace impermeables a la crítica e inmunes al ridículo.

Esto es particularmente cierto en el caso de aquellos que, activos en las redes sociales, creen que la Tierra no es redonda sino plana, los «terraplanistas», que están convencidos de poseer la verdad oculta sobre el asunto, en contraste con la abrumadora mayoría de los humanos que, engañados por las imágenes de satélite manipuladas por la NASA durante la misión Apolo a la Luna, creen que la Tierra es redonda. Los «terraplanistas» están convencidos de que existe una conspiración global de las grandes potencias para ocultar la verdad a la humanidad. Esta visión conspiracionista es ciertamente grotesca. En algunos países, sin embargo, los seguidores del «terraplanismo» no son una minoría desdeñable: en otoño de 2019, el 16 % de los estadounidenses (el 34 % de los jóvenes de 18 a 24 años) y el 7 % de los brasileños creían que la Tierra es plana, y el 9 % de los franceses (el 18 % de los jóvenes de 18 a 24 años) que es posible que lo sea[198]. El rechazo global de la ciencia moderna va implicado en el «terraplanismo». Esto se evidencia, por ejemplo, en el hecho de que, en el catecismo «terraplanista» se nombre a tres «mistificadores»: Copérnico, Newton y Darwin.

Como han establecido numerosos estudios, las tesis conspiracionistas antivacunación se han extendido enormemente entre la opinión pública occidental, trivializando la idea de que la eficacia y

la inocuidad de las vacunas no están aseguradas. El alto nivel de apoyo a estas teorías les ha otorgado el estatus de corriente ideológica con diversas vertientes políticas, tanto de derechas como de izquierdas, todas ellas convergentes en el refuerzo de la desconfianza y la sospecha hacia las élites dirigentes. Estas narrativas conspiracionistas se basan en la idea de que los gobiernos y las empresas farmacéuticas confabulan en secreto para maximizar sus beneficios a expensas de los ciudadanos de a pie. Como resultado, están dispuestos a negarse a ser vacunados, o incluso a participar en campañas antivacunas. Las vacunas se perciben, por tanto, como una amenaza para la salud de las personas, visión oscurantista donde las haya[199]. Según un estudio del Ifop realizado en diciembre de 2017, el 55 % de los franceses suscribe la tesis conspiracionista según la cual «el Ministerio de Sanidad está compinchado con la industria farmacéutica para ocultar al gran público la realidad de la nocividad de las vacunas». La aceptación de esta teoría conspiracionista iba en cabeza, por delante de la teoría de que «la CIA estuvo implicada en el asesinato del presidente John F. Kennedy» (54 %). También hay que señalar que su notoriedad es especialmente destacable: el 66 % de los franceses ha oído hablar de ella. Solo la supera en notoriedad la tesis, más antigua, del complot de la CIA contra JFK (75 %).

Según una encuesta realizada por el Ifop en diciembre de 2018, el 34,4 % de los «chalecos amarillos», frente al 17,2 % de sus simpatizantes y el 6,4 % de los que no lo son, se muestran «completamente» de acuerdo con la tesis de que «el Ministerio de Sanidad está compinchado con la industria farmacéutica para ocultar al gran público la realidad de la nocividad de las vacunas». Sin embargo, el apoyo a esta teoría de la conspiración está mucho más extendido entre los partidarios del Rassemblement national («bastante de acuerdo» y «totalmente de acuerdo»: 61 %) y entre los votantes de Marine Le Pen (57 %). En este caso, suponen que las élites gobernantes están supeditadas a los intereses de las multinacionales y, por tanto, son corruptas. Este es el fundamento de la postura «antisistema».

Para restar apoyo a la tesis antivacunas, se puede señalar en primer lugar el hecho de que gran parte de la investigación sobre las vacunas ha sido llevada a cabo por científicos independientes y financiados por los Estados, demostrando así que las acusaciones conspiracionistas contra la industria farmacéutica carecen de fundamento empírico y se derivan de rumores malintencionados, fantasías o mentiras propagandísticas. A continuación, cabría recordar que, gracias a las vacunas, la mayoría de las enfermedades infecciosas han sido

erradicadas y que, hoy en día, las vacunas salvan cada año más vidas de las que podría haber salvado la paz mundial a lo largo del siglo XX[200]. Lo cierto es que las campañas de vacunación han mejorado la salud en todo el mundo. Al poner de manifiesto la falsedad de las teorías conspiracionistas antivacunación, es posible descalificarlas y reducir enormemente su capacidad de atracción[201].

Recién llegados a la galaxia del conspiracionismo, los seguidores del movimiento llamado «QAnon», creado en Internet en 2017 por admiradores del presidente Trump, celebran a este último por su supuesta lucha contra el «Estado profundo» *(Deep State),* una imaginaria red secreta de criminales que, vinculados a Hillary Clinton, Bill Gates y George Soros, serían los organizadores de una trama pedófila (una reelaboración de la «teoría de la conspiración» difundida en Internet en noviembre de 2016, el «Pizzagate», en la que se acusaba a John Podesta, exjefe de campaña de Hillary Clinton, de ser el líder de esta red de pedofilia utilizando un código secreto). El denominado «Estado profundo» estaría dirigiendo Estados Unidos con el objetivo de someterlo a una élite global satánica. Variando sobre el eslogan del Nuevo Orden Mundial, el delirante discurso de «QAnon», de inspiración evangélica, es a la vez conspiracionista y apocalíptico[202].

---

185 Goertzel, 1994; Wagner-Egger & Bangerter 2007; Swami *et alii,* 2010; Wood, Douglas & Sutton, 2012; Lantian, 2018, pp. 22-23.

186 Goertzel, 1994.

187 Douglas & Sutton, 2011.

188 van Prooijen, Krouwel & Pollet, 2015; Prooijen & Krouwel, 2015.

189 Mashuri & Zaduqisti, 2015; Wagner-Egger & Delouvée, 2019, p. 170.

190 Butter & Knight, 2015, p. 31.

191 Acrónimo de «Western, Educated, Industrialised, Rich & Democratic».

192 Rokeach, 1960, pp. 70 y 400.

193 Taguieff, 2005 y 2013.

194 Uscinski, Parent & Torres, 2011; Uscinski & Parent, 2014, pp. 130-153.

195 Billig, 1978 y 1989; Berlet & Lyons, 2000; Bartlett & Miller, 2010; Berger, 2018; Lee, 2020.

196 Dunning & Kruger, 1999; Dunning, 2011.

197 Darwin, 1999, introducción, p. 82.

[198] Ifop, diciembre de 2017; Reichstadt, 2018.

[199] Krivine, 2010.

[200] Lomborg, 2014.

[201] Schmid & Betsch, 2019.

[202] LaFrance, 2020.

12. Frente a los «farmacómanos»

Al interrogarse sobre el terrorismo, el filósofo Ronald M. Hare sostiene que es imposible razonar con un «verdadero fanático»: «No hay nada que el filósofo pueda decir para promover un debate con semejantes personas; porque él mismo solo puede razonar, y ellos se niegan a hacerlo»[203]. No todos los conspiracionistas son fanáticos, pero muchos de ellos se comportan como fanáticos, aferrándose incondicionalmente a sus creencias dogmáticas, aunque sin llegar, salvo notables excepciones, a matar y morir para defenderlas o hacerlas triunfar. Asimismo, un análisis de los textos ideológicos producidos por terroristas –ya sean extremistas de izquierdas o de derechas o islamistas– muestra que las «teorías de la conspiración» ocupan un lugar central en ellos. Algunos especialistas deducen que las creencias conspiracionistas facilitan las acciones terroristas[204]. Pero el examen de las consecuencias políticas del conspiracionismo se encuentra todavía en la fase de hipótesis[205].

Estos conspiracionistas «empedernidos» no solo no saben que creen, sino que creen que saben. Y el conocimiento que se arrogan les permite señalar a sus enemigos con certeza. Por eso son impermeables a la argumentación racional. Su mecanismo de defensa consiste en recurrir espontáneamente a argumentos *ad hominem,* por ejemplo, replicando a quienes les critican o denuncian que son los portavoces o defensores, conscientes o no, del «sistema», la «oligarquía», etc., es decir, de los grupos imaginados que perciben como sus enemigos.

Los conspiracionistas radicales, que sostienen que los poderosos –supuestos conspiradores– son capaces de borrar todas las pruebas de sus conspiraciones, encuentran una ilustración perfecta de ello en el hecho de que no pueden presentar pruebas empíricas de las grandes conspiraciones que denuncian. Las conspiraciones exitosas implican el borrado de todas las pistas que podrían servir de prueba. El modelo con el que se fantasea es en este caso el del crimen perfecto. Por lo tanto, «la ausencia de pruebas no es la prueba de la ausencia de la conspiración: es *la prueba definitiva de la conspiración*»[206]. Esto equivale a instalarse en un discurso cerrado, ajeno a la lógica de la investigación científica: todos los hechos confirman la tesis de la conspiración, también, y especialmente, aquellos que parecen invalidarla. Es por ello que se dice que las teorías de la conspiración

están «selladas»: «Las personas que creen firmemente en las teorías de la conspiración interpretan muy a menudo cualquier intento de aportar pruebas contrarias como pruebas *a favor* de la conspiración»[207]. Las creencias conspiracionistas escapan así a los procedimientos de verificación y falsificación que sustentan el trabajo científico, sobre el que arrojan sospechas[208]. De este modo, los conspiracionistas se vuelven impermeables a la crítica, a riesgo de convertirse en mitólogos o incluso en mitómanos.

El pensamiento conspiracionista puede aprehenderse como una forma de pensamiento rígido o dogmático, a menudo paradójico en la medida en que se erige en representante del examen crítico, que hace las veces de una fuente de legitimación. Cuando se repite, la creencia tiende a convertirse en convicción absoluta. También puede decirse que la opinión se ha convertido en dogma, o que se ha «asentado» definitivamente. El dogma se protege contra la crítica mediante un flujo permanente de argumentos sofistas que forman constantemente nuevas barreras de defensa. Este es el aspecto retórico del sesgo de confirmación de hipótesis. Las creencias conspiracionistas producen una auténtica «dependencia cognitiva» que se traduce, notablemente, en una «adicción al odio», un odio centrado exclusivamente en conspiraciones y conspiradores quiméricos.

La cuestión consiste en saber cómo individuos cuyos juicios están predeterminados por esquemas mentales rígidos pueden adquirir la capacidad de cambiar de opinión. De acuerdo con el neurofisiólogo Alain Berthoz, la capacidad de tener varios puntos de vista y de cambiarlos hunde sus raíces en la infancia. El sentido de pluralidad de puntos de vista y la «flexibilidad» en los juicios deben adquirirse al mismo tiempo que el hábito de discutir sin odio con los adversarios y el gusto por el examen crítico de las tesis que parecen mejor fundamentadas y más sólidas[209]. De este modo, se puede evitar la «polarización de grupo»[210], que endurece y radicaliza las opiniones «comunitarizando» el conformismo. Esta pedagogía, ajena a dogmatismos y sectarismos, prepara para la vida de ciudadano libre en una democracia pluralista.

¿Cómo combatir las narrativas conspiracionistas evitando al mismo tiempo posturas susceptibles de generar efectos perversos? La pregunta se plantea en la medida en que los anticonspiracionistas en ocasiones se limitan a ridiculizar a los conspiracionistas, a ponerse agresivos con ellos o a mostrarles su desprecio, por ejemplo llamándoles paranoicos o negándoles la más mínima capacidad de racionalidad. Ese tipo de estrategias anticonspiracionistas, que juegan con lo emocional, corren el riesgo, o bien de ser ineficaces, o bien de

reforzar las creencias conspiracionistas[211]. El método más eficaz es la fría crítica desmitificadora, que consiste en refutar las teorías conspiracionistas sin ensañarse con los conspiracionistas[212]. Se pueden utilizar dos estrategias o técnicas de refutación, dependiendo de si se apunta a la coherencia del discurso conspiracionista o al valor de verdad de las proposiciones que contiene. Por un lado, se pueden evidenciar los errores de razonamiento cometidos por los conspiracionistas o las técnicas de persuasión que utilizan para engañar a su público. Así, por ejemplo, en los relatos conspiracionistas aparecen afirmaciones contradictorias: la demostración de la incoherencia lógica puede ser eficaz[213]. Por otra parte, las afirmaciones falsas o engañosas pueden corregirse estableciendo hechos y aportando pruebas[214].

Según una encuesta del Ifop sobre el conspiracionismo realizada en diciembre de 2017, el 8 % de los franceses se mostró de acuerdo con la tesis según la cual «ni siquiera estamos todavía seguros de que el clima se esté calentando», y el 4 % estuvo de acuerdo con la afirmación de que «el calentamiento global no existe» y que se trata de una «tesis defendida principalmente por políticos y científicos para promover sus intereses». El ejemplo del negacionismo del cambio climático, que se ha convertido en un lugar común de la retórica conspiracionista, demuestra que no basta con establecer la incoherencia lógica de los argumentos esgrimidos por los conspiracionistas para entender las razones de sus posiciones, ni para convencerles de que se contradicen y de que, por tanto, deben dejar de negar el calentamiento global. Esto supone olvidar el hecho de que tienen ganas de creer en lo que creen, y dejar de preguntarse por las razones que tienen para creer en ello. Sin duda, un análisis crítico de su argumentación demuestra que sostienen tesis incompatibles como que: (1) la temperatura global no puede medirse con precisión, y (2) las temperaturas globales han descendido[215]. Los anticonspiracionistas ingenuos creen triunfar de esta manera: víctimas de la irracionalidad, los conspiracionistas quedarían definitivamente refutados y desacreditados a sus ojos. Pero hay que admitir que «rechazar la negación del cambio climático por considerarla meramente irracional no explica por qué esta creencia es importante para quienes la sostienen y por qué se resisten tanto a que se les cuestione sobre bases fácticas»[216]. Por tanto, hay que asumir que los creyentes conspiracionistas no están dispuestos a cuestionar su visión del mundo ni sus convicciones políticas, con las que su negación del calentamiento global es coherente. Se trata de una coherencia extralógica, que se despliega en el imaginario de los individuos.

La agnotología es el estudio de la «producción cultural de la ignorancia»[217], que puede obedecer tanto a mecanismos ciegos como a individuos o grupos que quieren sacar provecho comercial o político de ella. La producción deliberada de ignorancia en un campo implica ocultar la información verdadera, lo que alimenta, por ejemplo, la negación de la eficacia de las vacunas, al igual que la negación de la realidad del calentamiento global.

Uno podría apresurarse a creer que bastaría con educar a la gente en el pensamiento crítico para luchar contra la tentación conspiracionista. Pero esto sería pasar por alto el hecho de que con la conspiración el pensamiento crítico cae en la trampa. Al igual que la democracia puede volverse contra sí misma[218], el espíritu crítico, absorbido por la creencia conspiracionista, se vuelve contra sí mismo. El gran truco de los conspiracionistas aguerridos es monopolizar la postura crítica, hasta el punto de presentarse como la encarnación misma del pensamiento crítico, que rechaza todos los dogmas y no respeta ningún tabú. En numerosos ámbitos, el espíritu de la Ilustración puede volverse contra sí mismo, cuando de diversas maneras se instrumentaliza la libertad de cuestionar, dudar y examinar[219]. Y no siempre es fácil trazar una línea clara entre el ejercicio del pensamiento crítico y sus simulacros, sobre todo cuando son obra de estrategas cínicos particularmente hábiles.

Los razonamientos conspiracionistas se presentan a menudo como simulacros de razonamientos políticos o científicos. Esto es lo que los hace aceptables, y en ocasiones atractivos. Son bien conocidas las famosas palabras pronunciadas por August Bebel, uno de los principales líderes de la socialdemocracia alemana, a principios de los años noventa del siglo XIX: «El antisemitismo es el socialismo de los imbéciles». Habría que precisar que dichos imbéciles a menudo actúan de buena fe y no son necesariamente malvados. Se equivocan de objetivo debido a una combinación de sus hábitos mentales y sus déficits cognitivos, que pueden ser ligeros. A lo largo del siglo XIX, de hecho, los socialistas se vieron constantemente tentados por el antisemitismo, a veces hasta el punto de caer en él. Y este antisemitismo era en gran parte de inspiración conspiracionista, en la medida en que se alimentaba del mito Rothschild. Hoy en día, el conspiracionismo es el anticapitalismo de los imbéciles, pero también su sociología y su ciencia política, en el momento en que se sitúan a la extrema derecha o a la extrema izquierda. De ahí la banalización de las creencias conspiracionistas en el ámbito de las ciencias sociales académicas, caracterizadas por una fuerte impregnación izquierdista.

La estupidez no solo se encuentra entre los conspiranoicos

probados, ya sean ingenuos o sofisticados. También hay que reconocerla en muchos actores políticos. Frente a las acusaciones conspiracionistas que pretenden explicar fracasos de diversa índole –tanto de una política reformista como de una revolución– por referencia a intenciones maliciosas y, por tanto, a enemigos ocultos, debemos recurrir a la regla de razonamiento conocida como «navaja de Hanlon» (regla formulada en 1980 por el programador estadounidense Robert J. Hanlon): «Nunca atribuyas a la malicia lo que la estupidez basta para explicar». También se sabe que entre quienes ostentan el poder es más frecuente el sesgo de autocomplacencia, mediante el cual tratamos de atribuirnos nuestros éxitos a nosotros mismos y nuestros fracasos a la malicia de los demás. Este sesgo ayuda a explicar por qué los gobernantes tienden a adoptar «teorías de la conspiración» para eludir sus responsabilidades.

Más que denunciar un complot de traidores o acusar al «Estado profundo», a menudo es suficiente con señalar la estupidez o incompetencia de los responsables de dichos fracasos. Pero sería ingenuo esperar que estos admitieran su estupidez o incompetencia. Les corresponde a los individuos tentados por las explicaciones conspiracionistas aplicar ellos mismos la navaja de Hanlon para dejar de alimentarse de creencias falsas o dudosas sobre los acontecimientos que les resultan desagradables.

Los anticonspiracionistas realistas deben someter los discursos conspiracionistas a análisis críticos, aunque sin esperar llevar a los conspiracionistas fanatizados a rechazar sus creencias. Pero sí pueden esforzarse por disuadir a los indecisos de dejarse seducir por la avalancha de relatos conspiracionistas disponibles en las redes sociales, así como por impedir que los conspiracionistas ocasionales, atenazados por la duda y la ansiedad, se aferren a historias que los tranquilizan y consuelan provisionalmente, mientras los envenenan lentamente. Porque el conspiracionismo es un remedio venenoso, un *pharmakon,* lo que convierte a los conspiracionistas en una variedad de «farmacómanos», más difíciles de tratar que los simples toxicómanos.

---

[203] Hare, 1979, p. 248.

[204] Bartlett & Miller, 2010.

[205] Douglas, Sutton, Jolley & Wood, 2015.

[206] Stokes, 2015.

[207] COMPACT, 2020, p. 11.

[208] Sunstein & Vermeule, 2009; Goertzel, 2010.

[209] Berthoz, 2010.

[210] Sunstein, 2012, p. 71-85, y 2014.

[211] Orosz *et alii,* 2016; Schmitt *et alii,* 2018.

[212] Schmid & Betsch, 2019.

[213] Lewandowski, Cook & Lloyd, 2018.

[214] Warner & Neville-Shepard, 2014; Nyhan & Zeitzoff, 2018.

[215] Lewandowsky, Cook & Lloyd, 2018.

[216] COMPACT, 2020, p. 12.

[217] Proctor & Schiebinger, 2008; Girel, 2013.

[218] Gauchet, 2002.

[219] Danblon *et alii,* 2009.

Conclusión

El problema general con el que se encuentra cualquier interpretación de la ola conspiracionista contemporánea puede formularse del siguiente modo: ¿se trata de un fenómeno patológico, resultado de una paranoia ordinaria alimentada por rumores y *fake news* a medida que se propagan sin control por Internet? ¿O se trata del surgimiento de una contracultura que, a través de enunciados contestatarios y «antisistema», permitiría a los disidentes, especialmente a los jóvenes, imponerse frente a las autoridades, los expertos y los defensores de las «tesis oficiales» y así, mediante la transgresión consciente y el recurso a un contradiscurso, construirse polémicamente una identidad social? Desde esta última perspectiva, los conspiracionistas son ante todo rebeldes que quieren «matar al padre», es decir, atacar a los detentadores del saber y del poder en las sociedades de vigilancia y control cuya extensión y refuerzo se ven favorecidos por la globalización de la información. A partir de ahí, los conspiracionistas parecen desempeñar el papel de un «síntoma social»[220], que, ante todo, hay que analizar, explicar y comprender.

Para los partidarios de este enfoque antropológico, en el que prevalece la voluntad de comprender, debemos guardarnos de creer que podemos limitarnos a refutar las tesis conspiracionistas contrastándolas con expertos. No podemos convencer a quienes se adhieren a «verdades alternativas» de sus errores o ilusiones asegurándoles que están equivocados, declarándoles incultos o estúpidos, o intentando desacreditarlos. Combatir el conspiracionismo de este modo es contraproducente: el principal efecto perverso de una denuncia patologizadora o criminalizadora de los conspiracionistas es que se corre el riesgo de reforzar las creencias conspiracionistas en lugar de debilitarlas.

Para comprender la persistencia y el atractivo de las creencias conspiracionistas a pesar de las críticas que suscitan, es necesario asumir que responden a una demanda de sentido y coherencia que, en las sociedades complejas, es tanto mayor cuanto que la incertidumbre y la sospecha alimentan el desconcierto. La banalización de la sospecha conlleva la erosión de la confianza y, por tanto, del vínculo social[221], y alimenta así la ansiedad. Recordemos las agudas definiciones proporcionadas por el *Littré*[222]:

La desconfianza hace que uno no confíe en absoluto; el recelo hace que uno confíe solo con precaución. El desconfiado teme ser engañado; el receloso cree que será engañado.

No resulta sorprendente que el recelo aumente en contextos de ansiedad. El recelo es una actitud psicosocial natural y necesaria que permite a los individuos tomar buenas decisiones. Lo que distingue negativamente a los conspiracionistas es su propensión a deslizarse del recelo a la desconfianza y a encerrarse en ella. La postura conspiracionista es una patología del recelo. Su mundo imaginario se asemeja a la «sociedad de desconfianza» que, en Hobbes, es en cierto modo la verdad del «estado de naturaleza», es decir, el reino del miedo al otro y de la «guerra de todos contra todos».

Si la necesidad de coherencia y tranquilidad se encuentra en todos los individuos, en el caso de los conspiracionistas se satisface, independientemente de una auténtica búsqueda de la verdad, cuando se confirman sus convicciones más arraigadas, enmascaradas por la postura de la sospecha. Porque dudan de todo, menos de sus propias creencias. La hipersospecha se concluye con un hiperdogmatismo: «Dudar de todo para dejar de dudar del todo»[223]. Para los conspiracionistas, dudar de todo es una forma de no dudar de nada. La satisfacción de la necesidad de coherencia se reduce a una conformidad de la información recibida por el sujeto con sus creencias previas.

Los seres humanos son animales sociales menos racionales que crédulos. Están dispuestos a creer lo que satisface sus expectativas o deseos, seleccionando, sin tener clara conciencia de ello, los esquemas interpretativos que se ajustan a su visión del mundo o son compatibles con ella. En 1943, el refinado escéptico Bertrand Russell señalaba: «El hombre es un animal crédulo y necesita creer en *algo*. A falta de buenas razones en las que creer, se conformará con las malas»[224]. Por eso se puede afirmar que las creencias conspiracionistas «forman parte de la condición humana[225]».

El conspiracionismo, tal y como es observable hoy en día, puede definirse como el pensamiento de la sospecha de uso común en la era de la información globalizada. Pero también puede verse como la reinvención de ciertas representaciones y creencias míticas o religiosas, que responden a necesidades psíquicas permanentes. El rechazo del azar y el miedo al caos disponen permanentemente a los humanos, sobre todo cuando no son seguidores de la religión del Progreso, según la terminología empleada en las narraciones conspiracionistas. Les resulta difícil, si no imposible, seguir la afirmación de Zbigniew Brzezinski, según la cual «la historia es mucho

más producto del caos que de la conspiración»[226].

Para los adeptos del conspiracionismo, el enemigo invisible y diabólico explica todas las desgracias humanas y, al mismo tiempo, reencanta el mundo, aunque sea poblándolo de demonios. Hay en esto una forma de racionalización tranquilizadora del curso de los acontecimientos. Y es muy difícil disipar las ilusiones cuando funcionan como alimento psíquico o como simples calmantes.

---

[220] Cueille, 2020.

[221] Bazin & Tavoillot, 2012, p. 129-132; Hunyadi, 2020.

[222] Antiguo diccionario de la lengua francesa publicado a finales del siglo XIX y que destaca por su enfoque más literario que puramente descriptivo *(N. de la T.)*.

[223] Nicolas, 2014.

[224] Russell, 2009, p. 64.

[225] Uscinski, 2020, p. 125.

[226] Zbigniew Brzezinski, «Quotation of the Day», *The New York Times,* 18 de enero de 1981.

Bibliografía

ABALAKINA-PAAP M., Stephan W. G., Craig T. y Gregory W. L., «Beliefs in Conspiracies», *Political Psychology,* 20 (3), 1999, pp. 637-647.

AISTROPE T., *Conspiracy Theory and American Foreign Policy,* Manchester, Manchester University Press, 2016.

ANGENOT M., *Dialogues de sourds. Traité de rhétorique antilogique,* París, Mille et Une Nuits, 2008.

–, «La pensée conspiratoire. Une histoire dialectique et rhétorique?», en E. Danblon y L. Nicolas (dir.), *Les Rhétoriques de la conspiration,* París, CNRS Éditions, 2010, pp. 25-42.

APPELROUTH S., «The Paranoid Style Revisited: Pseudo-Conservatism in the 21 Century», *Journal of Historical Sociology,* 30 (2), junio de 2017, pp. 342-368.

ASPREM E. y Dyrendal A., «Conspirituality Reconsidered: How Surprising and How New is the Confluence of Spirituality and Conspiracy Theory?», *Journal of Contemporary Religion,* 30 (3), septiembre de 2015, pp. 367-382.

BALE J.M., «Political Paranoia v. Political Realism: On Distinguishing Between Bogus Conspiracy Theories and Genuine Conspiratorial Politics», *Patterns of Prejudice,* 41 (1), febrero de 2007, pp. 45-60.

BARKUN M., *A Culture of Conspiracy: Apocalyptic Visions in Contemporary America,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2003.

–, «L'interversion des faits et de la fiction: les Illuminati, le Nouvel Ordre mondial et autres complots» (entrevista con M. Barkun), en D. Burstein y A. de Keijzer (dir.), *Les Secrets révélés de "Anges et Démons" [2004],* trad. G. Rivest, Monaco, Éditions Alphée, 2005, pp. 184-196.

–, «Les théories du complot comme connaissance stigmatisée» (trad. B. Rollet), *Diogène,* n.º 249-250 enero-junio 2015, p. 168-176.

BARON S.W., *Histoire d'Israël. Vie sociale et religieuse* [1957], t. IV: *Rencontre de l'Orient et de l'Occident,* trad. A. R. Picard, París, Puf, 1961.

BARRON B., Morgan K., Towell T., Altemeyer B. y Swami V., «Associations Between Schizotypy and Belief in Conspiracist Ideation», *Personality and Individual Differences,* vol. 70, 2014, pp. 156-159.

BÄRSCH C.E., «Der Jude als Antichrist in der NS-Ideologie», *Zeitschrift für Religions und Geistesgeschichte,* 47 (2), 1995, p. 160-188.

BARTLETT J. y Miller C., *The Power of Unreason: Conspiracy Theories, Extremism and Counter-Terrorism,* Londres, Demos, 2010.

BASHAM L., «The Need for Accountable Witnesses: A Reply to Dentith», *Social Epistemology Review and Reply Collective,* 5 (7), 2016, pp. 6-13 [en línea: social-epistemology.com/2016/07/08/the-need-for-accountable-witnesses-a-reply-to-dentith-lee-basham].

BASHAM L. y Dentith M. R. X., «Social Science's Conspiracy-Theory Panic: Now Want to Cure Everyone», *Social Epistemology Review and Reply Collective,* 5 (10), 2016, pp. 12-19 [en línea: philpapers.org/archive/BASSSC.pdf].

BAZIN L. y Tavoillot P.-H., *Tous paranos? Pourquoi nous aimons tants les complots…,* La Tour d'Aigues, Éditions de l'Aube, 2012.

BÈGUE L. *et alii,* «"There Is No Such Thing as an Accident", Especially When People Are Drunk», *Personality and Social Psychology Bulletin,* 36 (10), octubre de 2010, pp. 1301-1304.

BENNETT D. H., *The Party of Fear: From Nativist Movements to the New Right in American History,* Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press, 1988; 2 ed. Nueva York, Vintage Books, 1995.

BERCÉ Y.-M. y Guarini E. F. (dirs.), *Complots et conjurations dans l'Europe moderne,* Actas del coloquio internacional, Roma, 30 de septiembre-2 de octubre de 1993, Roma, Publications de l'École française de Rome, 1996.

BERGER J.M., *Extremism,* Cambridge (Massachusetts) y Londres, The MIT Press, 2018.

BERGMANN E., *Conspiracy & Populism: The Politics of Misinformation,* Londres, Palgrave Macmillan, 2018.

BERKE J.H. *et alii* (dir.), *Even Paranoids Have Enemies: New Perspectives on Paranoia and Persecution,* Londres y Nueva York, Routledge, 1998.

BERLET C., «Anti-Masonic Conspiracy Theories: A Narrative Form of Demonization and Scapegoating», en A. de Hoyos y S. B. Morris (dir.), *Freemasonry in Context: History, Ritual, Controversy,* Lanham (Maryland), Lexington Books, 2004, pp. 273-300.

–, «Protocols to the Left, Protocols to the Right: Conspiracism in American Political Discourse at the Turn of the Second Millenium», en R.A. Landes y S. T. Katz (dir.), *The Paranoid Apocalypse: A Hundred-Year Retrospective on "The Protocols of the Elders of Zion",* Nueva York y Londres, New York University Press, 2012, pp. 186-216.

BERLET C. y Lyons M. N., *Right-Wing Populism in America: Too Close for Comfort,* Nueva York y Londres, The Guilford Press, 2000.

BERTHOZ A., «La manipulation mentale des points de vue, un des fondements de la tolérance», en A. Berthoz, C. Ossola y B. Stock (dirs.), *La Pluralité interprétative,* París, Collège de France ("Conférences"), 2010 [en línea: 24 de junio de 2010, conferences-cdf.revues.org/228].

BESSI A., Coletto M. *et alii,* «Science vs Conspiracy: Collective Narratives in the Age of Misinformation», *PLoS ONE,* 10 (2), 2015a [en línea: journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0118093].

BESSI A., Zollo F., Del Vicario M., Scala A., Caldarelli G. y Quattrociocchi W., «Trend of Narratives in the Age of Misinformation», 14 de agosto de 2015b [en línea: journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0134641].

BIEBERSTEIN J. R. (von), *Die These von der Verschwörung (1776-1945). Philosophen, Freimaurer, Juden, Liberale und Sozialisten als Verschwörer gegen die Sozialordnung,* Berne, Herbert Lang, y Fráncfort del Meno, Peter Lang, 1976; 2ª ed. 1978; nueva edición ampliada, *Der Mythos von der Verschwörung,* Wiesbaden, Marix Verlag, 2008.

–, «The Story of the Jewish-Masonic Conspiracy (1776-1945)», *Patterns of Prejudice,* 11 (6), noviembre-diciembre 1977, pp. 1-8, 21; «Zur Geschichte der Verschwörungstheorien», en H. Reinalter (ed.), *Verschwörungstheorien. Theorie – Geschichte – Wirkung,* Innsbruck, Studien Verlag, 2002a, pp. 15-29.

–, *«Jüdischer Bolschewismus». Mythos und Realität,* con prefacio de E. Nolte, Dresde, Éditions Antaios, 2002b.

BILEWICZ M., Cichocka A. y Soral W. (dir.), *The Psychology of Conspiracy: A Festschrift for Miroslaw Kofta,* Londres y Nueva York, Routledge, 2015.

BILLIG M., *Fascists: A Social Psychological View of the National Front,* Londres y Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1978.

–, «The Extreme Right: Continuities in Anti-Semitic Conspiracy Theory in Post-War Europe», en Roger Eatwell et Noël O'Sullivan (dirs.), *The Nature of the Right,* Londres, Pinter Publishers Limited, 1989, pp. 146-166.

BONNAY D. y Cozic M., «Principe de charité et sciences de l'homme», en T. Martin (dir.), *Les sciences humaines sont-elles des sciences?,* París, Vuibert, 2011, pp. 119-158.

BORENSTEIN E., *Plots Against Russia: Conspiracy and Fantasy After Socialism,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2019.
BOUDON R., «Du sociologisme à la sociologie» (junio de 1983), prefacio a *La Logique du social. Introduction à l'analyse sociologique* [1979], Paris, Hachette, «Pluriel», 1983, pp. 9-17.
–, «À quoi sert la sociologie?», *Cités,* n.º 10, 2002, pp. 133-156.
–, Prefacio a P. Sanchez, *La Rationalité des croyances magiques,* Ginebra, Librairie Droz, 2007, pp. 11-13.
BRATICH J.Z., *Conspiracy Panics: Political Rationality and Popular Culture,* Albany (Nueva York), State University of New York Press, 2008.
BRAYARD F., *Auschwitz. Enquête sur un complot nazi,* París, Seuil, 2012.
BRENT J. y Naumov V. P., *Le Dernier Crime de Staline. Retour sur le "complot des blouses blanches"* [2003], trad. Élie Robert-Nicoud, París, Calmann-Lévy, 2006.
BRONNER G., «L'effet "Fort" et les damnés du mythe du complot», *Raison publique,* n.º 16, junio de 2012, pp. 55-66.
–, *La Démocratie des crédules,* París, Puf, 2013.
–, «Pourquoi les théories du complot se portent-elles si bien? L'exemple de *Charlie Hebdo», Diogène,* n.º 240-250, enero-junio de 2015, pp. 9-20.
–, «La sociologie et le risque du raisonnement *is fecit cui prodest»,* en A. Duraffour, P. Gumplowicz, G. Kauffmann, I. de Mecquenem y P. Zawadzki (dirs.), *La Modernité disputée,* París, CNRS Éditions, 2020a, pp. 117-121.
–, «L'État profond, c'est la stigmatisation du caractère illusoire supposé du monde, et du pouvoir en particulier» (discurso recogido por J. Grandin de l'Éprevier), 22 de julio de 2020b [en línea: **www.lopinion.fr/edition/economie/gerald-bronner-l-etat-profond-c-est-stigmatisation-caractere-illusoire-220759**].
BROTHERTON R., «Towards a Definition of "Conspiracy Theory"», *PsyPAG Quarterly,* 88, 2013, pp. 9-14.
–, Sus*picious Minds: Why We Believe Conspiracy Theories,* Nueva York y Londres, Bloomsbury Sigma, 2015.
BROTHERTON R. y French C.C., «Belief in Conspiracy Theories and Susceptibility to the Conjunction Fallacy», *Applied Cognitive Psychology,* 28 (2), marzo de 2014, pp. 238-248.
–, «Intention Seekers: Conspiracist Ideation and Biased Attributions of Intentionality», *PLoS ONE,* 10 (5), 13 de mayo de 2015 [en línea: **journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0124125**].
BROTHERTON R., French C. C. y Pickering A. D., «Measuring Belief in Conspiracy Theories: The Generic Conspiracist Beliefs Scale», *Frontiers in Psychology,* 4 (279), 2013, pp. 1-14.
BRUNNER J., *Pourquoi nous racontons-nous des histoires? Le récit au fondement de la culture et de l'identité* [2002], trad. anónima, París, Retz, 2010.
BUTTER M., *Plots, Designs and Schemes: American Conspiracy Theories from the Puritans to the Present,* Berlín, Walter de Gruyter, 2013.
–, *The Nature of Conspiracy Theories* [2018], trad. inglesa. S. Howe, Cambridge (Reino Unido), Polity Press, 2020.
BUTTER M. y P. Knight, «Combler le fossé. L'avenir des recherches sur les théories du complot» (trad. N.G. Albert), *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio de 2015, pp. 21-39.
–, «The History of Conspiracy Theory Research: A Review and Commentary», en J. E. Uscinski (dir.), *Conspiracy Theories and the People Who Believe Them,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2019, pp. 33-46.
BUTTER M. y Knight P. (dir.), *Routledge Handbook of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2020.
BUTTER M. y M. Reinkowski (dirs.), *Conspiracy Theories in the United States and the Middle East: A Comparative Approach,* Berlín y Boston, Walter de Gruyter, 2014.

BYFORD J., *Conspiracy Theories: A Critical Introduction,* Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011
–, «Beyond Belief: The Social Psychology of Conspiracy Theories and the Study of Ideology», en C. Antaki y S. Condor (dirs.), *Rhetoric, Ideology and Social Psychology: Essays in Honour of Michael Billig. Explorations in Social Psychology,* Londres, Routledge, 2014, pp. 83-94.
CAMPION-VINCENT V., *La Société parano. Théories du complot, menaces et incertitudes,* París, Payot, 2005; «Note sur les entrepreneurs en complots», *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio de 2015, pp. 99-106.
CAMPION-VINCENT V. y Renoard J.-B. (dir.), «Les théories du complot aujourd'hui», *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio 2015.
CANTWELL Jr. A., *Queer Blood: The Secret AIDS Genocide Plot,* Los Ángeles, Aries Rising Press, 1993.
CASSAM Q., *Conspiracy Theories,* Cambridge (Reino Unido), Polity Press, 2019.
CAUMANNS U. y M. Niendorf (eds.), *Verschwörungstheorien. Anthropologische Konstanten – historische Varianten,* Osnabrück, Fibre Verlag, 2001.
CAZEAUX G., *Odyssée 2.0. La démocratie dans la civilisation numérique,* París, Armand Colin, 2014.
CICHOCKA A., Marchlewska M. y Zavala A. G. (de), «Does Self-Love or Self-Hate Predict Conspiracy Beliefs? Narcissism, Self-Esteem, and the Endorsement of Conspiracy Theories», *Social Psychological and Personality Science,* 7 (2), marzo de 2016, pp. 157-166.
COADY D. (dir.), *Conspiracy Theories: The Philosophical Debate,* Aldershot, Hampshire (UK), Ashgate Publishing, 2006.
–, «Are Conspiracy Theorists Irrational?», *Épistémè,* 4 (2), junio de 2007, pp. 193-204.
–, *What to Believe Now: Applying Epistemology to Contemporary Theories,* Malden (Massachusetts) y Oxford (UK), Wiley-Blackwell, 2012.
–, «Conspiracy-baiting and Anti-rumour Campaigns as Propaganda», en M.R.X. Dentith (dir.), *Taking Conspiracy Theories Seriously,* Londres, Rowman & Littlefield, 2018, pp. 171-187.
COHN N., *Histoire d'un mythe. La "Conspiration" juive et les "Protocoles des sages de Sion"* [1967], trad. L. Poliakov, Paris, Gallimard, 1967.
COMPACT EDUCATION GROUP, *Guide des théories du complot,* trad. S. Delouvée y A. Lantan, marzo de 2020 [en línea: **conspiracytheories.eu/_wpx/wp-content/uploads/2020/06/COMPACT_Guide-French.pdf**].
CRICHLOW D. T., Korasick J. y Sherman M. C. (dir.), *Political Conspiracies in America: A Reader,* Bloomington (Indiana), Indiana University Press, 2008.
CUBITT G., «Conspiracy Myths and Conspiracy Theories», *Journal of the Anthropological Society of Oxford,* 20 (1), 1989, pp. 12-26.
–, *The Jesuit Myth: Conspiracy Theory and Politics in Nineteenth-Century France,* Nueva York y Oxford, Clarendon, 1993.
CUEILLE J., *Le Symptôme complotiste. Aux marges de la culture hyper-moderne,* Toulouse, Érès, 2020.
DAGNALL N., Drinkwater K., Parker A., Denovan A. y Parton M., «Conspiracy Theory and Cognitive Style: A Worldview», *Frontiers in Psychology,* vol. 6, 2015 [en línea: **www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4340140/**].
DANBLON E. *et alii, Les Lumières contre elles-mêmes? Avatars de la modernité,* París, Kimé, 2009.
DANBLON E. y L. Nicolas (dirs.), *Les Rhétoriques de la conspiration,* París, CNRS Éditions, 2010.
–, «Rhétorique et topique de la conspiration», *Raison publique,* n.º 16, junio de 2012, pp. 33-42.
DARD O., *La Synarchie. Le mythe du complot permanent,* París, Perrin, 1998.

DARWIN H., Neave N. y Holmes J., «Belief in Conspiracy Theories: The Role of Paranormal Belief, Paranoid Ideation and Schizo- typy», *Personality and Individual Differences,* 50 (8), junio de 2011, pp. 1289-1293.
DAVIS D.B. (ed.), *The Fear of Conspiracy: Images of Un-American Subversion from the Revolution to the Present,* Ithaca (Nueva York) y Londres, Cornell University Press, 1971.
DEAN J., *Aliens in America: Conspiracy Cultures from Outerspace to Cyberspace,* Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1998.
DÉFOURNEAUX M., «Complot maçonnique et complot jésuitioque», *Annales historiques de la Révolution française,* año 37, n.º 180, abril-junio de 1965, pp. 170-186.
DEHAVEN-SMITH L., *Conspiracy Theory in America,* Austin (Texas), University of Texas Press, 2013.
DEL GOLETO D. y M. Kostova, «Schizotypie et cognition sociale», *Psychologie et neuropsychiatrie cognitives (PSN),* 14 (4), 2016, pp. 29-44.
DELOUVÉE S., «Répéter n'est pas croire. Sur la transmission des idées conspirationnistes», *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio de 2015, pp. 88-98.
DENTITH M. R. X., *The Philosophy of Conspiracy Theories,* Londres, Palgrave Macmillan, 2014.
–, «When Inferring to a Conspiracy might be the Best Explanation», *Social Epistemology,* 30 (5), 2016, pp. 572-591.
–, «The Problem of Conspiracism», *Argumenta,* 3 (2) 2018, pp. 327-343 [en línea: **www.academia.edu/28690673/The_Problem_of_Conspiracism**].
–, «Expertise and Conspiracy Theories», *Social Epistemology,* 32 (3), 2018, pp. 196-208.
–, «Conspiracy Theories on the Basis of the Evidence», *Synthese,* 196 (6), junio de 2019, pp. 2243-2261.
DENTITH M. R. X. y M. Orr, «Secrecy and Conspiracy», *Episteme,* 15 (4), diciembre de 2018, pp. 433-450.
DENTITH M. R. X. (dir.), *Taking Conspiracy Theories Seriously,* Nueva York y Londres, Rowman & Littlefield, 2018.
DIEGUEZ S., *Total Bullshit! Au cœur de la post-vérité,* París, Puf, 2018.
–, «Pourquoi les complotistes manquent-ils d'imagination?», 10 de septiembre de 2020 [en línea: **www.conspiracywatch.info/pourquoi-les-complotistes-manquent-ils-dimagination.html**].
DIEGUEZ S., G. Bronner *et alii,* «"They" Respond: Comments on Basham *et alii's* "Social Science's Conspiracy-Theory Panic"», *Social Espistemology and Reply Collective,* 5 (12), enero de 2016, pp. 20-39.
DOUGLAS K. M. y Sutton R. M., «The Hidden Impact of Conspiracy Theories: Perceived and Actual Influence of Theories Surrounding the Death of Princess Diana», *The Journal of Social Psychology,* 148 (2), 2008, pp. 210-222.
–, «Does it Take One to Know One? Endorsement of Conspiracy Theories is Influenced by Personal Willingness to Conspire», *British Journal of Social Psychology,* 50 (3), septiembre de 2011, pp. 544-552.
DOUGLAS K. M., Sutton R. M. y Cichocka A., «The Psychology of Conspiracy Theories», *Current Directions in Psychological Science,* 26 (6), diciembre de 2017, pp. 538-542 [en línea: **www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC5724570/**].
DOUGLAS K. M., Sutton R. M., Jolley D. y Wood M. J., «The Social, Political, Environmental, and Health-Related Consequences of Conspiracy Theories: Problems and Potential Solutions», en M. Bilewicz, A. Cichocka y W. Soral (dirs.), *The Psychology of Conspiracy: A Festschrift for Miroslaw Kofta,* Londres y Nueva York, Routledge, 2015, pp. 183-200.
DOUGLAS K. M., Uscinski J. E., Sutton R.M. *et alii,* «Understanding Conspiracy Theories», *Political Psychology,* 40 (supl. 1), febrero de 2019, pp. 3-35.

DROZ J., «La légende du complot illuministe et les origines du romantisme politique en Allemagne», *Revue historique,* vol. 226, octubre de 1961, pp. 313-338.
DUNNING D., «The Dunning-Kruger Effect: On Being Ignorant of One's Own Ignorance», en J. M. Olson et M. P. Zanna (dirs.), *Advances in Exprimental Social Psychology,* vol. 44, Ámsterdam, San Diego y Londres, Academic Press y Elsevier, 2011, pp. 247-296.
DYRENDAL A., «Hidden Knowledge, Hidden Powers: Esotericism and Conspiracy Culture», en E. Asprem y K. Granholm (dirs.), *Contemporary Esotericism,* Londres, Equinox-Acumen, 2013. pp. 200-225.
DYRENDAL A., Robertson D.G. y Asprem E. (dirs.), *Handbook of Conspiracy Theory and Contemporary Religion,* Leyde, Brill, 2018.
FENSTER M., *Conspiracy Theories: Secrecy and Power in American Culture,* Minneapolis (Minnesota), y Londres, University of Minnesota Press, 1999.
–, «Un manque d'imagination: récits en concurrence sur le 11 Septembre» (trad. B. Rollet), *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio de 2015, pp. 177-189.
FINE G. A., Campion-Vincent V. y Heath C. (dirs.), *The Social Impact of Rumor and Legend: Rumor Mills* [2005], New Brunswick (New Jersey) y Londres, Aldine Transaction, 2009.
FINE G. A. y Turner P. A., *Whisper on the Color Line: Rumor and Race in America,* Berkeley y Los Ángeles (California), University of California Press, 2001.
FOURQUET J., «Enquête complotisme 2019: focus sur le mouvement des "Gilets jaunes"», 11 de febrero de 2019 [en línea: **jean-jaures.org/nos-productions/enquete-complotisme-2019-focus-sur-le-mouvement-des-gilets-jaunes**].
FRANKFURT H. G., *On Bullshit,* Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 2005.
–, *De l'art de dire des conneries,* Paris, UGE, «10/18», 2006.
FRANKS B., Bangerter A. y Bauer M.W., «Conspiracy Theories as Quasi-Religious Mentality: An Integrated Account from Cognitive Science, Social Representations Theory, and Frame Theory», *Frontiers in Psychology,* vol. 4, julio de 2013 [en línea: **www.frontiersin.org/articles/10.3389/fpsyg.2013.00424/full**].
FRANKS B., Bangerter A., Bauer M. W., Hall M. y Noort M. C., «Beyond "Monologicality"? Exploring Conspiracist Worldviews», *Frontiers in Psychology,* vol. 8, 20 de junio de 2017 [en línea: **www.frontiersin.org/articles/10.3389/fpsyg.2017.00861/full**].
FURET F., *Penser la Révolution française,* París, Gallimard, 1978.
GARDELL M., *In the Name of Elijah Muhammad: Louis Farrakhan and the Nation of Islam,* Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 1996.
GAUCHET M., «Le démon du soupçon» (entrevista), *L'Histoire,* n.º 84: «Vrais et faux complots», diciembre de 1985, pp. 49-56; texto revisado y puesto al día en *Les Collections de L'Histoire,* n.º 33: «Complots, secrets et rumeurs», octubre-diciembre de 2006, pp. 60-67.
–, *La Démocratie contre elle-même,* París, Gallimard, «Tel», 2002.
GAYTE A., «Alex Jones, figure de proue du conspirationnisme américain», 10 agosto de 2018 [en línea: **www.lemonde.fr/ameriques/article/2018/08/10/alex-jones-figure-de-proue-du-conspirationnisme-americain_5341325_3222.html**?].
GINZBURG C., *Le Sabbat des sorcières* [1989], trad. M. Aymard, París, Gallimard, 1992.
GIRARD P.R., «Monroe, Marilyn», en P. Knight (dir.), *Conspiracy Theories in American History: An Encyclopedia,* Santa Barbara (California), ABC-CLIO, 2003, vol. 2, pp. 498-500.
GIRARDET R., *Mythes et mythologies politiques,* París, Seuil, 1986.
GIREL M., «Agnotologie: mode d'emploi», *Critique,* n.º 799, diciembre de 2013, pp. 964-977.

–, «La difficile étude de l'ignorance», 7 de octubre de 2017 [en línea: **www.lemonde.fr/idees/article/2017/10/07/mathias-girel-la-difficile-etude-de-lignorance_5197600_3232.html**].
GILMAN R.M., *Behind World Revolution: The Strange Career of Nesta H. Webster,* Ann Arbor (Michigan), Insight Books, 1982.
GOERTZEL T., «Belief in Conspiracy Theories», *Political Psychology,* 15 (4), noviembre de 1994, pp. 731-742.
–, «Conspiracy Theories in Science», *EMBO Reports,* 11 (7), 11 de junio de 2010, pp. 493-499 [en línea: **www.embopress.org/doi/10.1038/embor.2010.84**].
–, «The Conspiracy Meme», *The Skeptical Inquirer,* 35 (1), enero-febrero de 2011; en línea: **www.csicop.org/si/show/the_conspiracy_meme**.
GOLDBERG R. A., *Enemies Within: The Culture of Conspiracy in Modern America,* New Haven (Connecticut) y Londres, Yale University Press, 2001.
GOLDSCHLÄGER A. y Lemaire J.-Ch., *Le Complot judéo-maçonnique,* Bruselas, Éditions Labor et Espace de Libertés, 2005.
GOLDWAG A., *Cults, Conspiracies, and Secret Societies,* Nueva York, Vintage Books, 2009.
GRAUMANN C. F. y Moscovici S. (dirs.), *Changing Conceptions of Conspiracy,* Nueva York, Berlín y Heidelberg, Springer, 1987.
GRAY M., *Conspiracy Theories in the Arab World: Sources and Politics,* New York, Routledge, 2010.
–, «Conspiracy Theories in the Middle East», en M. Butter y P. Knight (dirs.), *Routledge Handbook of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2020, pp. 624-637.
GRZESIAK-FELDMAN M., «The Effect of High-anxiety Situations on Conspiracy Thinking», *Current Psychology,* 32 (1), 2013, pp. 100-118.
GUGENBERGER E., Petri F. y Schweidlenka R., *Weltverschwörungstheorien. Die neue Gefahr von rechts,* Viena y Munich, Franz Deuticke Verlagsgesellschaft, 1998.
HAGEMEISTER M., «*The Protocols of the Elders of Zion:* Between History and Fiction», *New German Critique,* 103, 35 (1), primavera de 2008, pp. 83-95.
–, *Die "Protokolle der Weisen von Zion" vor Gericht. Der Berner Prozess 1933-1937 und die "antisemitische Internationale",* Zúrich, Chronos Verlag, 2017.
HAMPSON N., «La Contre-Révolution a-t-elle existé?», en F. Lebrun y R. Dupuy (eds.), *Les Résistances à la Révolution,* Actas del coloquio de Rennes (17-21 de septiembre de 1985), París, Éditions Imago, 1987, p. 462-468.
HAQUET C., «Georges Soros, l'obsession de Viktor Orbán», 3 de abril de 2018 [en línea: **www.lexpress.fr/actualite/monde/europe/george-soros-l-obsession-de-viktor-orban_1997136.html**].
HARAMBAM J., *Contemporary Conspiracy Culture: Truth and Knowledge in an Age of Epistemic Instability,* Nueva York, Routledge, 2020.
HARDIN R., «The Crippled Epistemology of Extremism», en A. Breton, G. Galeotti, P. Salmon y R. Wintrobe (dirs.), *Political Extremism and Rationality,* Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 3-22.
HARE R. M., «On Terrorism», *The Journal of Value Inquiry,* 13, 1979, pp. 241-249.
HEIDER F. y Simmel M., «An Experimental Study of Apparent Behavior», *The American Journal of Psychology,* 57 (2), 1944, pp. 243-259.
HEIL J., «Thomas of Monmouth and the Protocols of the Sages of Narbonne», en R. Landes y St. T. Katz (dirs.), *The Paranoid Apocalypse:A Hundred-Year Retrospective on The Protocols of the Elders of Zion,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2012, pp. 56-76.
HERTZKE A. D., *Echoes of Discontent: Jesse Jackson, Pat Robertson, and the Resurgence of Populism,* Washington, Congressional Quarterly Press, 1993.
HIBBARD C. M., *Charles I and the Popish Plot,* Chapel Hill (Carolina del Norte), The University of North Carolina Press, 1983.

HOFSTADTER R., «The Paranoid Style in American Politics» (conferencia pronunciada en noviembre de 1963; 1964), en *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays* [1965], Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1996, pp. 3-49.
–, trad. J. Charnay: *Le Style paranoïaque. Théories du complot et droite radicale en Amérique,* prefacio de de Ph. Raynaud, París, François Bourin Éditeur, 2012, p. 41-87.
HUNYADI M., *Au début est la confiance,* Lormont, Le Bord de l'eau, 2020.
IFOP, «Enquête sur le complotisme», diciembre 2017 [en línea: **jean-jaures.org/sites/default/files/redac/commun/productions/2018/0108/115158_-_rapport_02.01.2017.pdf**].
JAMIN J., *L'Imaginaire du complot. Discours d'extrême droite en France et aux États-Unis,* Ámsterdam, Amsterdam University Press, IMISCO-AUP Dissertations Series, 2009.
JOHNSON G., *Architects of Fear: Conspiracy Theories and Paranoia in American Politics,* Los Ángeles (California), Jeremy P. Tarcher, 1983.
–, «Sur la piste des Illuminati: une recherche journalistique sur le "complot visant à dominer le monde"», en D. Burstein (dir.) y A. de Keijzer (dir.), *Les Secrets révélés de "Anges et Démons"* [2004], trad. G. Rivest, Monaco, Éditions Alphée, 2005, pp. 171-184.
JOUANNA A., «Le thème polémique du complot contre la noblesse lors des prises d'armes nobiliaires sous les derniers Valois», en Y.-M. Bercé y E.F. Guarini (dirs.), *Complots et conjurations dans l'Europe moderne,* Actas del coloquio internacional, Roma, 30 de septiembre-2 de octubre de 1993, Roma, Publications de l'École française de Rome, 1996, pp. 475-490.
KAY J., *Among the Truthers: A Journey Through America's Growing Conspiracist Underground,* Nueva York, HarperCollins, 2011.
KEELEY B.L., «Of Conspiracy Theories», *The Journal of Philosophy,* 96 (3), 1999, pp. 109-126 [en línea: **www.skeptiker.ch/wp-content/uploads/2013/09/Of-conspiracy-theories.pdf**].
KELLNER D., «The X-Files and Conspiracy: A Diagnostic Critique», en P. Knight (dir.), *Conspiracy Nation: The Politics of Paranoia in Postwar America,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2002, pp. 205-232.
KEYES R., *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life,* Nueva York, St. Martin's Press, 2004.
KNIGHT P., *Conspiracy Culture: From the Kennedy Assassination to The X-Files,* Londres y Nueva York, Routledge, 2000.
–, (dir.), *Conspiracy Nation: The Politics of Paranoia in Postwar America,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2002.
–, (dir.), *Conspiracy Theories in American History: An Encyclopedia,* Santa Barbara (California), ABC-CLIO, 2003, 2 vol.
KREIS E. (presentado por), *Les Puissances de l'ombre. Juifs, jésuites, francs-maçons, réactionnaires… la théorie du complot dans les textes,* Paris, CNRS Éditions, 2009.
KRIVINE J.-P., «Vaccination. Peurs, rumeurs et obscurantisme», *Science… et pseudo-sciences. Revue de l'AFIS,* n.º 289, enero de 2010, pp. 38-43.
KRUGER J. y Dunning D., «Unskilled and Unaware of It: How Difficulties in Recognizing One's Own Incompetence Lead to Inflated Self-Assessments», *Journal of Personality and Social Psychology,* 77 (6), diciembre de 1999, pp. 1121-1134.
LAFRANCE A., «The Prophecies of Q: American Conspiracy Theories Are Entering a Dangerous New Phase», *The Atlantic,* junio de 2020 [en línea: **www.theatlantic.com/magazine/archive/2020/06/qanon-nothing-can-stop-what-is-coming/610567/**].
LAGRANGE P., *La Rumeur de Roswell,* París, La Découverte, 1996.
LAKATOS I., «Criticism and the Methodology of Scientific Research Programmes»,

Proceedings of the Aristotelian Society, New Series, vol. 69, 1968-1969, pp. 149-186 [en línea: **personal.lse.ac.uk/robert49/teaching/ph201/week05_xtra_lakatos.pdf**].

–, *Histoire et méthodologie des sciences. Programmes de recherche et reconstruction rationnelle* [1986], trad. C. Malamoud y J.-F. Spitz bajo la dirección de L. Giard, introducción de L. Giard, Paris, Puf, 1994.

Landes R. y S. T. Katz (dirs.), *The Paranoid Apocalypse: A Hundred-Year Retrospective on the Protocols of the Elders of Zion,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2012.

Lantian A., *Croyez-vous aux théories du complot?,* Grenoble, PUG et UGA Éditions, 2018.

Lantian A., Muller D., Nurra C. y Douglas K.M., «"I Know Things They Don't Know!" The Role of Need for Uniqueness in Belief in Conspiracy Theories», *Social Psychology,* 48 (3), 2017, pp. 160-173.

LeBoeuf R.A. y Norton M.I., «Consequence-Cause Matching: Looking to the Consequences of Events to Infer Their Causes», *Journal of Consumer Research,* 39 (1), 2012, pp. 128-141.

Ledoux A. (dir.), «Le complot dans l'imaginaire politique contemporain» (dossier), *Raison publique,* n.º 16 de junio de 2012.

Lee B., «Radicalisation and Conspiracy Theories», en M. Butter y P. Knight (dirs.), *Routledge Handbook of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2020, pp. 344-356.

Le Forestier R., *Les Illuminés de Bavière et la Franc-Maçonnerie allemande* [1915], reimpresión, Milán, Archè, 2001.

Leman P. J. y Cinnirella M., «A Major Event Has a Major Cause: Evidence for the Role of Heuristics in Reasoning About Conspiracy Theories», *Social Psychological Review,* 9 (2), 2007, pp. 18-28.

Leroy M., *Le Mythe jésuite. De Béranger à Michelet,* París, Puf, 1992.

Lewandowsky S., Cook J. y Lloyd E., «The "Alice in Wonderland" Mechanics of the Rejection of (Climate) Science: Simulating Coherence by Conspiracism», *Synthese,* 195 (1), 2018, pp. 175-196.

Lomborg B., «Setting the Right Global Goals», *Project Syndicate,* 20 mayo de 2014 [en línea: **www.project-syndicate.org/commentary/bj-rn-lomborg-identifies-the-areas-in-which-increased-development-spending-can-do-the-most-good**].

Mabovitz N., «La Turquie, proie du complot juif mondial selon Erdogan et ses partisans», 22 de marzo de 2015 [en línea: **www.conspiracywatch.info/La-Turquie-proie-du-complot-juif-mondial-selon-Erdogan-et-ses-partisans_a1383.html**].

Mandik P., «Shit Happens», *Episteme: The Journal of Social Epistemology,* 4 (2), 2007, pp. 205-218 [en línea: **philpapers.org/archive/GARSH.pdf**].

Marcus G.E. (dir.), *Paranoia Within Reason: A Casebook on Conspiracy as Explanation,* Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1999.

Marie J.-J., *Les Derniers complots de Staline. L'affaire des Blouses blanches,* Bruselas, Complexe, 1993.

Mashuri A. y Zaduqisti E., «The Effect of Intergroup Threat and Social Identity Salience on the Belief in Conspiracy Theories over Terrorism in Indonesia: Collective Angst as a Mediator», *International Journal of Psychology Research,* 8 (1), 2015, pp. 24-35.

Mason F., «A Poor Person's Cognitive Mapping», en P. Knight (dir.), *Conspiracy Nation: The Politics of Paranoia in Postwar America,* Nueva York y Londres, New York University Press, 2002, pp. 40-56.

McClure J., Hilton D. J. y Sutton R. M., «Judgments of Voluntary and Physical Causes in Causal Chains: Probabilistic and Social Functionalist Criteria for Attributions», *European Journal of Social Psychology,* 37 (5), 2007, pp. 879-901.

MELLEY T., *Empire of Conspiracy: The Culture of Paranoia in Postwar America,* Ithaca (Nueva York) y Londres, Cornell University Press, 2000.
–, «A Symptom of Mass Cultural Anxiety», 5 de enero de 2015 [en línea: **www.nytimes.com/roomfordebate/2015/01/04/are-conspiracy-theories-all-bad-17/a-symptom-of-mass-cultural-anxiety**].
–, «Conspiracy in American Narrative», en M. Butter y P. Knight (dirs.), *Routledge Handbook of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2020, pp. 427-440.
MERLAN A., *Republic of Lies: American Conspiracy Theorists and Their Surprising Rise to Power,* Nueva York, Metropolitan Books, 2019.
MISHRA P., *L'Âge de la colère. Une histoire du présent* [2017], trad. D. Vitalyos, París, Éditions Zulma, 2019.
MONIER F., *Le Complot dans la République. Stratégies du secret, de Boulanger à la Cagoule,* París, La Découverte, 1998.
–, (ed.), *Complots et conspirations en France du* XVIII *au* XX *siècle,* Valenciennes, Presses universitaires de Valenciennes, 2003.
MORIN E., *La Rumeur d'Orléans* [1969], edición completada con *La Rumeur d'Amiens,* París, Seuil, «Points Essais», 1982.
MOSCOVICI S., «The Conspiracy Mentality» (trad. inglesa de K. Stuart), en C.F. Graumann y S. Moscovici (dirs.), *Changing Conceptions of Conspiracy,* Nueva York y Berlín, Springer-Verlag, 1987, pp. 151-169.
MOULLOT P., «Covid-19: Bill Gates au cœur des théories du complot», 20 de mayo de 2020 [en línea: **www.liberation.fr/checknews/2020/05/20/covid-19-bill-gates-au-coeur-des-theories-du-complot_1788822**].
MUIRHEAD R. y Rosenblum N. L., *A Lot of People Are Saying: The New Conspiracism and the Assault on Democracy* [2019], con prólogo de los autores, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2020.
NICOLAS L., «L'évidence du complot: un défi à l'argumentation. Douter de tout pour ne plus douter du tout», *Argumentation & Analyse du discours,* n.º 13, 2014 [en línea: **aad.revues.org/1833**].
–, «Jésuites, Juifs, francs-maçons: la rhétorique au service de la conspiration», *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio de 2015, pp. 75-87.
–, «Les théories du complot comme miroir du siècle. Entre rhétorique, sociologie et histoire des idées», *Questions de communication,* n.º 29, 2016, pp. 307-325 [en línea: **journals.openedition.org/questionsdecommunication/10491**].
–, «Les théories du complot à la lumière de leur rhétorique», 17 de mayo de 2017 [en línea: **theconversation.com/les-theories-du-complot-a-la-lumiere-de-leur-rhetorique-77811**].
NYHAN B. y Zeitzoff T., «Fighting the Past: Perceptions of Control, Historical Misperceptions, and Corrective Information in the Israeli-Palestinian Conflict», *Political Psychology,* 39 (3), 2018, pp. 611-631 [en línea: **www.zeitzoff.com/uploads/2/2/4/1/22413724/nyhan_zeitzoff_fighting_past_polpsych.pdf**].
OBERHAUSER C., «Freemasons, Illuminati and Jews: Conspiracy Theories and the French Revolution», en M. Butter y P. Knight (dirs.), *Routledge Handbook of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2020, pp. 555-568.
OLIVER J. E. y Wood T. J., «Conspiracy Theories and the Paranoid Style(s) of Mass Opinion», *American Journal of Political Science,* 58 (4), octubre 2014, pp. 952-966.
OLMSTED K.S., *Real Enemies: Conspiracy Theories and American Democracy, World War I to 9/11,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2009.
OROSZ G., Krekó P., Paskuj B., Tóth-Király I., Böthe B. y Roland-Lévy C., «Changing Conspiracy Beliefs through Rationality and Ridiculing», *Frontiers in Psychology,* 7 (1525), 13 de octubre de 2016 [en línea: **www.frontiersin.org/articles/10.3389/fpsyg.2016.01525/full**].

PANTAZOPOULOS A., «De quelques traits de la judéophobie complotiste en Grèce», 19 de octubre 2017 [en línea: **www.conspiracywatch.info/de-quelques-traits-de-la-judeophobie-complotiste-en-grece.html**].

PARISH J. y Parker M. (dirs.), *The Age of Anxiety: Conspiracy Theory and the Human Sciences,* Oxford (Reino Unido) y Malden (Massachusetts), Blackwell Publishers, 2001.

PELKMANS y Machold R., «Conspiracy Theories and Their Truth Trajectories», *Focaal: A Journal of Global and Historical Anthropology,* vol. 59, 2011, pp. 66-80.

PETERS M.A., «On the Epistemology of Conspiracy», *Educational Philosophy and Theory,* 22 de marzo de 2020 [en línea: **www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/00131857.2020.1741331?src=recsys**].

PFAHL-TRAUGHBER A., «"Bausteine" zu einer Theorie über "Verschwörungstheorien": Definitionen, Erscheinungsformen, Funktionen und Ursachen», en H. Reinalter (ed.), *Verschwörungstheorien. Theorie – Geschichte – Wirkung,* Innsbruck y Viena, Studien Verlag, 2002, pp. 30-39.

PIGDEN C.R., «Popper Revisited, or What is Wrong with Conspiracy Theories?», *Philosophy of Social Sciences,* 25 (1), 1995, pp. 3-34.

–, «Une superstition moderne: la fausseté en soi des théories de la conspiration» (2006; trad. [parcial] N. Cauvin), *Agone. Histoire, Politique & Sociologie,* n.º 47, 2012, pp. 15-27.

–, «Are Conspiracy Theorists Epistemically Vicious?», en K. Lippert-Rasmussen, K. Brownlee y D. Coady (dirs.), *A Companion to Applied Philosophy,* Malden (Massachusetts) y Oxford, Wiley-Blackwell, 2017, cap. IX, pp. 120-132.

PIPES D., *The Hidden Hand: Middle East Fears of Conspiracy,* Nueva York, St. Martin's Press, 1996.

–, *Conspiracy: How the Paranoid Style Flourishes and Where It Comes From,* Nueva York, The Free Press, 1997.

POLIAKOV L., *La Causalité diabolique. Essai sur l'origine des persécutions,* París, Calmann-Lévy, 1980.

POPPER K.R., *The Open Society and Its Enemies* [1945], 5.ª ed. revisada, Londres, Routledge y Paul Kegan, 1966, 2 vol.; trad. (parcial) J. Bernard y Ph. Monod, París, Seuil, 1979, 2 vol.; *Conjectures et réfutations. La croissance du savoir scientifique* [1963; 4.ª ed. revisada, 1972], trad. M.-I. y M. Buhot de Launay, París, Payot, 1985.

PROCTOR R.N. y Schiebinger L. (dir.), *Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance,* Stanford (California), Stanford University Press, 2008.

PUYBAREAU B., «Les révélations d'Edward Snowden: de l'indignation à la légalisation des pratiques de surveillance», 4 de junio de 2020 [en línea: **www.open-diplomacy.eu/blog/revelations-snowden-pratiques-agences-surveillance-renseignement**].

REICHSTADT R., «Conspirationnisme: un état des lieux», Fondation Jean-Jaurès, Observatoire des radicalités politiques, nota n.º 11, 24 de febrero de 2016 [en línea: **https://jean-jaures.org/sites/default/files/note-radic-pop-N%25C2%25B011.pdf**].

–, «Le conspirationnisme dans l'opinion publique française», Fondation Jean-Jaurès, 7 de enero de 2018 [en línea: **jean-jaures.org/nos-productions/le-conspirationnisme-dans-l-opinion-publique-francaise**].

–, «Enquête complotisme 2019: les grands enseignements», 6 de febrero de 2019 [en línea: **jean-jaures.org/nos-productions/enquete-complotisme-2019-les-grands-enseignements**].

–, «22 % des Français approuveraient l'idée qu'il existe un "complot sioniste mundial"», 11 de febrero de 2019 [en línea: **www.conspiracywatch.info/22-des-francais-approuveraient-lidee-quil-existe-un-complot-sioniste-mondial.html**].

–, *L'Opium des imbéciles. Essai sur la question complotiste,* París, Grasset, 2019.
REICHSTADT R., Igounet V. y Debono E., *Complotisme et négationnisme: un panorama,* París, Observatoire du conspirationnisme, informe 2018, abril de 2019, p. 52.
REINALTER H., «Le rôle des "boucs émissaires" dans les théories du complot» (trad. M. Gilli), en M. Gilli (ed.), *Les Limites de siècles. Lieux de ruptures novatrices depuis les temps modernes,* Besançon, Presses universitaires franc-comtoises, 1998, pp. 301-320.
–, (ed.), *Verschwörungstheorien. Theorie – Geschichte – Wirkung,* Innsbruck, Studien Verlag, 2002.
RENARD J.-B., «Les rumeurs négatrices», *Diogène,* n.º 213, enero-marzo de 2006, pp. 54-73.
–, «Qu'est-ce que le conspirationnisme?», *Diplomatie,* n.º 73, marzo-abril de 2015, pp. 38-42.
–, «Les causes de l'adhésion aux théories du complot», *Diogène,* n.º 249-250, enero-junio de 2015, pp. 107-119.
ROBERTS J.M., *The Mythology of the Secret Societies* [1972], Londres, Watkins Publishing, 2008; trad. C. Butel: *La Mythologie des sociétés secrètes,* París, Payot, 1979.
ROBERTSON D.G., «David Icke's Reptilian Thesis and the Development of New Age Theodicy», *International Journal for the Study of New Religions,* 4 (1), 2013, pp. 27-47.
–, *UFOs, Conspiracy Theories and the New Age: Millennial Conspiracism,* Londres y Nueva York, Bloomsbury, 2016.
ROBINS R. S. y Post J. M., *Political Paranoia: The Psychopolitics of Hatred,* New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1997.
ROKEACH M., *The Open and Closed Mind: Investigations into the Nature of Belief Systems and Personality Systems,* Nueva York, Basic Books, 1960.
ROLLAND P., «Marat ou la politique du soupçon», *Le Débat,* n.º 57, noviembre-diciembre de 1989, pp. 129-148.
ROSS L. y Lepper M. R., «The Perseverance of Beliefs: Empirical and Normative Considerations», en R. A. Shweder y D.W. Fiske (dirs.), *News Directions for Methodology of Behavioral Science: Faillible Judgment in Behavioral Research,* San Francisco, Jossey-Bass, 1980, pp. 17-36.
ROSSET E., «It's No Accident: Our Bias for Intentional Explanations», *Cognition,* 108 (3), septiembre de 2008, pp. 771-780.
ROTHSTEIN M., «The Family, UFO's and God: A Modern Extension of Christian Mythology», *Journal of Contemporary Religion,* 12 (3), 1997, pp. 353-362.
RUSSELL B., «An Outline of Intellectual Rubbish» [1943, 1950], en *The Basic Writings of Bertrand Russell,* New York, Routledge Classics, 2009.
SCHILLER M. y El Difraoui A., «Les forces obscures. Théories du complot dans le monde arabo-musulman», *Diplomatie,* n.º 173, marzo-abril de 2015, pp. 44-48.
SCHMID Ph. y Betsch C., «Effective Strategies for Rebutting Science Denialism in Public Discussions», *Nature Human Behavior,* 3 (9), septiembre de 2019, pp. 931-939; en línea: **www.nature.com/articles/s41562-019-0632-4**.
SCHMITT J. B., Rieger D., Ernst J. y Roth H.-J., «Critical Media Literacy and Islamist Online Propaganda: The Feasibility, Applicability and Impact of Three Learning Arrangements», *International Journal of Conflict and Violence,* vol. 12, 2018, pp. 1-19.
SIMMEL G., *Philosophie de la mode* [1905], trad. A. Lochmann, Paris, Éditions Allia, 2013.
SIMONSEN K. B., «Antisémitism and Conspiracism», en M. Butter y P. Knight (dirs.), *Routledge Handbook of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2020, pp. 357-370.
SINGH R., *The Farrakhan Phenomenon: Race, Reaction, and the Paranoid Style in*

American Politics, Washington, Georgetown University Press, 1997.
SPARK A., «New World Order», en Peter Knight (dir.), *Conspiracy Theories in American History: An Encyclopedia,* Santa Barbara (California), ABC-Clio, 2003, pp. 536-539.
SPERBER M., «La conception policière de l'Histoire» (1953), en *Le Talon d'Achille,* París, Calmann-Lévy, 1957, pp. 75-103.
STOCZKOWSKI W., *Des hommes, des dieux et des extraterrestres. Ethnologie d'une croyance moderne,* París, Flammarion, 1999.
STOKES P., «Why Conspiracy Theories Aren't Harmless Fun», *The Conversation,* 26 de junio de 2015 [en línea: **theconversation.com/why-conspiracy-theories-arent-harmless-fun-43923**]
–, trad. R. Reichstadt: «Les théories du complot ne sont pas juste de petites histoires rigolotes», 28 de julio de 2015 [en línea: **www.slate.fr/story/104844/theories-complot-histoires-rigolotes**].
SUNSTEIN C.R., *Anatomie de la rumeur* [1999], trad. P. Hersant, prefacio de F. Clément, epílogo de S. Werly, Ginebra, Éditions Markus Haller, 2012.
–, *Conspiracy Theories and Other Dangerous Ideas,* Nueva York, Simon & Schuster, 2014.
SUNSTEIN C. R. y Vermeule A., «Conspiracy theories: Causes and Cures», *The Journal of Political Philosophy,* 17 (2), 2009, pp. 202–227.
SWAMI V., Chamorro-Premuzic T. y Furnham A., «Unanswered Questions: A Preliminary Investigation of Personality and Individual Difference Predictors of 9/11 Conspiracist Beliefs», *Applied Cognitive Psychology,* 24 (6), septiembre de 2010, pp. 749-761.
SWAMI V., Coles R., Stieger S., Pietschnig J., Furnham A., Rehiml S. y Voracek M., «Conspiracist Ideation in Britain and Austria: Evidence of a Monological Belief System and Associations Between Individual Psychological Differences and Real-World and Fictious Conspiracy Theories», *British Journal of Psychology,* 102 (3), agosto de 2011, pp. 443-463.
SWAMI V., Voracek M., Stieger S., Tran U. S. y Furnham A., «Analytic Thinking Reduces Belief in Conspiracy Theories», *Cognition,* 133 (3), 2014, pp. 572-585.
TAGUIEFF P.-A., *Les Protocoles des Sages de Sion. Faux et usages d'un faux* [1992], nueva edición refundida, París, Berg International y Fayard, 2004.
–, *La Foire aux «Illuminés». Ésotérisme, théorie du complot, extrémisme,* París, Fayard y Mille et Une Nuits, 2005.
–, *L'Imaginaire du complot mondial. Aspects d'un mythe,* París, Fayard y Mille et Une Nuits, 2006.
–, *L'Illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique* [2002], nueva edición ampliada, París, Flammarion, 2007.
–, *Court Traité de complotologie,* seguido de *Le «Complot judéo-maçonnique»: fabrication d'un mythe apocalyptique moderne,* París, Fayard y Mille et Une Nuits, 2013.
–, *Pensée conspirationniste et «théories du complot». Une introduction critique* [2015], nueva edición revisada y ampliada, Toulouse, Uppr Éditions, 2016.
–, *Criminaliser les Juifs. Le mythe du «meurtre rituel» et ses avatars (antijudaïsme, antisémitisme, antisionisme),* París, Hermann, 2020a.
–, *Hitler, les* Protocoles des Sages de Sion *et* Mein Kampf. *Antisémitisme apocalyptique et conspirationnisme,* París, Puf, 2020b.
TAÏEB E., «Logiques politiques du conspirationnisme», *Sociologie et sociétés,* 42 (2), otoño de 2010, pp. 265-289.
–, «Les théories du complot: un discours politique», *Diplomatie,* n.º 73, marzo-abril de 2015, pp. 49-52.
TARDY J.-N., *L'Âge des ombres. Complots, conspirations et sociétés secrètes au XIX siècle,* Paris, Les Belles Lettres, 2015.
THOMAZO R., *Les Grands complots de l'histoire. De Jules César à J.F. Kennedy,* París,

Larousse, 2011.
–, *Les Grands Complots de l'histoire de France,* Paris, Larousse, 2012.
URBANSKI S., «Les théories du complot. Moyen d'explication légitime, pensée irrationnelle, étiquette commode?», *Recherches & Éducations,* n.º 21, febrero de 2020 [en línea: **journals.openedition.org/rechercheseducations/8311**].
USCINSKI J. E., *Conspiracy Theories: A Primer,* Lanham (Maryland) y Londres, Rowman & Littlefield, 2020.
USCINSKI J. E. (dir.), *Conspiracy Theories and the People Who Believe Them,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2019.
USCINSKI J. E. y Parent J. M., *American Conspiracy Theories,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2014.
USCINSKI J. E., Parent J. M. y Torres B., «Conspiracy Theories Are for Losers», enero de 2011 [en línea: **www.joeuscinski.com/uploads/ConspiraciesareforlosersAPSA.pdf**].
VAN DER LINDEN S., «What a Hoax: Why People Believe in Conspiracy Theories», *Scientific American Mind,* 24 (4), 2013, pp. 41-43.
–, «The Conspiracy-Effect: Exposure to Conspiracy Theories (about Global Warming) Decreases Pro-Social Behavior and Science Acceptance», *Personality and Individual Differences,* vol. 87, diciembre de 2015, pp. 171-173 [en línea: **http://dc-20788-1635065795.us-east-1.elb.ama-zonaws.com/system/files/research/documents/conspiracypaid.pdf**].
VAN DER TEMPEL J. y Alcock J. E., «Relationships Between Conspiracy Mentality, Hyperactive Agency Detection, and Schizotypy: Super-natural Forces at Work?», *Personality and Individual Differences,* vol. 82, agosto de 2015, pp. 136-141.
VANKIN J. y Whalen J., *Conspirations* [2001, 2004], trad. D. Galhos, París, Le Cherche Midi, 2007.
VAN PROOIJEN J.-W., «Why Education Predicts Decreased Belief in Conspiracy Theories», *Applied Cognitive Psychology,* 31 (1), enero-febrero de 2017, pp. 50-58 [en línea: **onlinelibrary.wiley.com/doi/epdf/10.1002/acp.3301**].
–, *The Psychology of Conspiracy Theories,* Londres y Nueva York, Routledge, 2018.
–, «Empowerment as a Tool to Reduce Belief in Conspiracy Theories», en J. E. Uscinski (dir.), *Conspiracy Theories and the People Who Believe Them,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2019, pp. 432-442.
VAN PROOIJEN J.-W. y Jostmann N. B., «Belief in Conspiracy Theories: The Influence of Uncertainty and Perceived Morality», *European Journal of Social Psychology,* 43 (1), 2013, pp. 109-115.
VAN PROOIJEN J.-W. y Krouwel A. P. M., «Mutual Suspicion at the Political Extremes: How Ideology Predicts Belief in Conspiracy Theories», en M. Bilewicz, A. Cichocka y W. Soral (dirs.), *The Psychology of Conspiracy: A Festschrift for Miroslaw Kofta,* Londres y Nueva York, Routledge, 2015, pp. 79-98.
VAN PROOIJEN J.-W., Krouwel A. P. M. y Pollet T. V., «Political Extremism Predicts Belief in Conspiracy Theories», *Social Psychological and Personality Science,* 6 (5), julio de 2015, pp. 570-578.
VAN PROOIJEN J.-W. y Van Vugt M., «Conspiracy Theories: Evolved Functions and Psychological Mechanisms», *Perspectives on Psychological Science,* 13 (6), noviembre de 2018, pp. 770-788 [en línea: **www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC6238178/**].
VOSS J. L., Federmeier K. D. y Paller K. A., «The Potato Chip Really Does Look Like Elvis! Neural Hallmarks of Conceptual Processing Associated With Finding Novel Shapes Subjectively Meaningful», *Cerebral Cortex,* 22 (10), 2012, pp. 2354-2364.
WAGNER-EGGER P., «"Le salon des éclairés": les sciences sociales face aux théories du complot», en A. Duraffour, P. Gumplowicz *et alii* (dirs.), *La Modernité disputée,* París, CNRS Éditions, 2020, pp. 159-165.
WAGNER-EGGER P. y Bangerter A., «La vérité est ailleurs: corrélats de l'adhésion aux

théories du complot», *Revue internationale de psychologie sociale,* 20 (4), 2007, pp. 31-61.
WAGNER-EGGER P. y Delouvée S., «Les croyances conspirationnistes», en N. Gauvrit y S. Delouvée (dirs.), *Des têtes bien faites. Défense de l'esprit critique,* París, Puf, 2019, pp. 159-178.
WALKER J., *The United States of Paranoia: A Conspiracy Theory* [2013], Nueva York y Londres, Harper Perennial, 2014.
WARD C. y D. Voas, «The Emergence of Conspirituality», *Journal of Contemporary Religion,* 26 (1), 2011, pp. 103-121.
WARNER B. R. y Neville-Shepard R., «Echoes of a Conspiracy: Birthers, Truthers, and the Cultivation of Extremism», *Communication Quarterly,* 62 (1), enero-marzo de 2014, pp. 1-17.
WEBMAN E. (dir.), *The Global Impact of The Protocols of the Elders of Zion: A Century-Old Myth,* Londres y Nueva York, Routledge, 2011.
WERTH N., *Les Procès de Moscou* [1987], nueva edición revisada y ampliada, Bruselas, Éditions Complexe, 2006.
WEST H. G. y Sanders T. (dirs.), *Transparency and Conspiracy: Ehnographies of Suspicion in the New World Order,* Durham (Carolina del Norte), Duke University Press, 2003.
WHITSON J. A. y Galinsky A. D., «Lacking Control Increases Illusory Pattern Perception», *Science,* vol. 322, n.º 5898, 2008, pp. 115-117.
WOLFE D., *Marilyn Monroe. Enquête sur un assassinat* [1998], trad. D. Peters *et alii,* París, Albin Michel, 1998.
WOOD M. J., «Propagating and Debunking Conspiracy Theories on Twitter During the 2015-2016 Zika Virus Outbreak», *Cyber- psychology, Behavior, and Social Networking,* 21 (8), 2018, pp. 485-490 [en línea: **www.liebertpub.com/doi/10.1089/cyber.2017.0669**].
WOOD M. J., Douglas K. M. y Sutton R. M., «Dead and Alive: Beliefs in Contradictory Conspiracy Theories», *Social Psychological and Personality Sciences,* 3 (6), noviembre de 2012, pp. 767-773.
WOOD M. J. y Douglas K. M., «"What About Building 7?" A Social Psychological Study of Online Discussion of 9/1 Conspiracy Theories», *Frontiers in Psychology,* 4 (409), julio de 2013 (**doi.org/10.3389/fpsyg.2013.00409**).
YABLOKOV I., «Conspiracy Theories as a Russian Public Diplomacy Tool: The Case of *Russia Today (RT)», Politics,* 35 (3-4), 2015, pp. 301-315.
–, «Conspiracy Theories in Post-Societ Russia», en Uscinski J. E. (dir.), *Conspiracy Theories and the People Who Believe Them,* Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2019, pp. 360-371.
ZELLER B., *Heaven's Gate: America's UFO Religion,* Nueva York, New York University Press, 2014.
ZIPPERSTEIN S.J., «The Conspiracy Theory to Rule Them All», 25 de agosto de 2020 [en línea: **www.theatlantic.com/politics/archive/2020/08/conspiracy-theory-rule-them-all/615550/**].

Título original: *Les théories du complot*

Edición en formato digital: 2025

© Que sais-je ? / Humensis, 2021
© de la traducción: Lucía Alba Martínez, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-868-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.